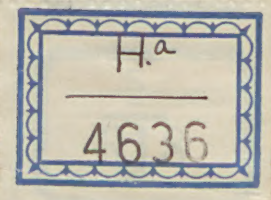
Antonio Gomez

AZÈVES.

2



BIBLIOTECA

DE

EL INDEPENDIENTE.

RECUERDOS SEVILLANOS.

POR

D. Antonio Gomez Azeves,

Individuo de Número de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

TOMO II.

SEVILLA.—1867.

Imprenta y Litografía de EL INDEPENDIENTE, Escobas 44.

San Sebastian del Campo.

I.

En un estendido y alegre prado de las afueras de Sevilla, collacion de San Bernardo, levántase la recien restaurada ermita de San Sebastian del Campo, la cual hace pocos años que ha dejado de servir para cementerio público.

Este célebre santuario debió su remota fundacion á los piadosos soldados que bajo las órdenes de San Fernando hicieron la gloriosa conquista. El pueblo sevillano agradeci-

do, muy de antiguo, á los favores del invencible mártir, celebrada en su capilla grandes funciones religiosas, singularmente en el mes de Noviembre ó de los difuntos. Allí concurría lo mas selecto de Sevilla; allí podian estudiarse con harto provecho las costumbres hispalenses.

Las damas sevillanas de los siglos XIV, XV y XVI galanas como la Diosa de Citeres en nada se parecían á las de las demás edades. Honestas y religiosas buscaban siempre en sus naturales amores un fin santo y duradero. Tenian amadores, pero los trataban con mucha cortesanía y rescato. Así hubo en aquellos tiempos en Sevilla tan galantes, finos y cumplidos caballeros.

El 20 de Enero de cada año, dia en que la Iglesia celebra á San Sebastian iban las hermosas jóvenes de Sevilla á rezar á la ermita de este bendito mártir.

San Sebastian,
Mocito y galan,
Saca las niñas,
A pasear.

Esta era una famosa romería ó paseo, al cual concurrian todas las personas notables

de Sevilla. Allí veíanse mezclados amigablemente el clero y la magistratura, las letras y las almas, la plebe y la nobleza. Allí estaban nuestras damas despojadas de sus ricos atavíos y vestidas de humildes telas. Sus dulcísimos rostros faltos de afeites y sus cabezas de adornos parecian mas agradables y encantadores.

En la puerta de la capilla se rifaban á pregon, rosarios, medallas, estampas, palomas, tórtolas y flores por cuyo motivo las gentes se apiñaban allí formando una mása impenetrable.

Los novios regalaban à las novias todo lo que sacaban en las rifas, teniéndose por mal caballero à quien no lo hacia.

A veces estos dulces regalos los conservaban las mugeres hasta la muerte, pues era como una especie de garantía para la felicidad del matrimonio.

De esta sana manera las sencillas gentes de aquellas piadosas generaciones, dignas de ejemplo y de eterna memoria, celebraban los dias y las fiestas de los santos de su devocion ó de su amparo.

II.

En el año de 1582, concurrieron á esta piadosa romería los pintores alemanes Mase Andrés de Moravia, vecino de la collacion de San Pedro el Real y Mase Fox de la del Salvador, los cuales estaban trabajando en el rico palacio de Regina para la señora doña Teresa de Zúñiga, duquesa de Béjar, conocida en Sevilla à causa de sus cuantiosas limosnas y caudales por la *Gran Duquesa*.

Concluida la funcion religiosa salieron de la ermita para entrar en Sevilla por la puerta de Jerez.

No bien venian fronteros al convento de San Diego, cuando Mase Andrés de Moravia mirando á una jóven, que acompañada de su familia traia el mismo camino que ellos, dijo á su amigo:

—Mase Fox, ¡qué muger tan hermosa! Una mirada suya vale mas que todas las glorias del mundo!

—Sí, Mase Andrés, bellísima. Pero ¿vais á olvidar à Adelaida la *Rosa de Moravia*?

—¡Qué *Rosa de Moravia*, en comparacion [illegible] *Rosa de Andalucía*! El tipo bético, vi-

vo y apasionado tiene muchos mas encantos Mase Fox, que el de nuestra pátria adusto y frio.

—Ya lo creo. Pero ¿y la buena correspondencia y la noble felicidad entre los amantes no son cosas dignas de suma atencion? ¿Quereis serle infiel à Adélaida, despues de los juramentos que salieron de vuestros lábios, cuando nos despedimos de ella? ¿No suenan ya, Mase Andrés en vuestro oidos, aquellas tiernas palabras, entrecortadas por las làgrimas ardientes que se resbalaban por sus blancas mejillas?

—Andrés, no me olvides, no. Vàs á España, al pais de las bellezas, donde la mirada de sus mugeres seduce, la voz aprisiona y el habla encanta. Vàs á la cuna de la gracia y de la hermosura; pero Andrés no me olvides, no. Adios.

—A la verdad Mase Fox, como ya hace algun tiempo no recuerdo ni sus llantos, ni mis juramentos.

—Pues á fé de paisano y compañero, Mase Andrés de Moravia, os aseguro que vuestros procederes no ván ajustados á la sana razon ni á la moral católica, ni son propios tampoco de vuestro nombre ni de vuestra valia.

III.

A los cuatro meses y medio el dia 3 de Junio del mismo año de 1582, por la mañana temprano en la iglesia de San Pedro el Real, veíanse reunidas muchas personas de ambos sexos, entre las que sobresalian, el Maestre Juan Funes, pintor flamenco; Maestre Pedro, pintor aleman y su muger Luisa de Rivera; Mase Fox, tambien pintor aleman como ya se ha dicho y otros varios artífices. Iba à celebrarse el matrimonio de Mase Andrés de Moravia con la bella Isabel de Rivera, cuñada de Maestre Pedro.

El Bachiller Pedro Jimenez Bejarano, cura y Beneficiado propio de esta Iglesia, revestido de los santos ropajes unió para siempre con el dulce indisoluble lazo del matrimonio católico á Mase Andrés de Moravia, aleman, pintor, estatuario y arquitecto juntamente con Isabel de Rivera. Siendo padrinos y testigos entre otros, Mase Fox y el pintor Andrés de Morales, vecino de la collacion de San Miguel.

Entre los parabienes de los amigos y las curiosas miradas de la concurrencia salieron nuestros novios de San Pedro el Real para

dirigirse á su domicilio, donde los aguardaba un alegre banquete, en el que se vieron á todos los buenos artífices que en aquella dulce época florecian en Sevilla.

Mase Andrés de Moravia é Isabel de Rivera amándose como quiere Jesucristo, vivieron con la blanda paz de los Serafines, siendo durante sus vidas modelos de santos esposos.

LA CASA DE LA PADILLA.

I.

En la calle de la Morería, collacion de la parroquia de San Pedro el Real, que hoy por el derribo de los cuarteles de tropas, forma la fachada del lado de entre Oriente y Norte de la plaza del Príncipe Don Alfonso, habia en el siglo XVI una casa llamada de la Padilla, donde habitaban varias humildes familias,

Contábase entre sus vecinos á un viejo soldado invàlido de nuestros invencibles tercios,

el cual ocupaba una pequeña vivienda alta. Era un ilustre campeon, que venciendo à los enemigos de su pátria, se cubrió en muchos combates, de los inmarcesibles laureles de la victoria.

Padecia el infeliz de fuertes tenaces dolores reumáticos en las rodillas, contraidos en sus largas campañas, los cuales, casi siempre, lo tenian postrado en el lecho.

Asistíalo, por mera caridad, el sábio doctor Andrés Zamudio de Alfaro, médico de Cámara del rey Don Felipe II, sin haber conseguido nunca quitarle, por mas métodos curativos que habia ensayado, sus inaguantables dolencias.

Todas las noches, desde las Oraciones hasta las Animas, venia á visitarlo un soldado, camarada antiguo suyo, hombre erudito y festivo, manco del brazo y mano izquierda.

Habian militado juntos en Europa y en Africa, tomándose, uno á otro, el tierno cariño que acrecienta mas y mas el trueno de los cañones, el golpe de las lanzas y el *ay* de los moribundos.

Aquellos ingénuos vecinos se reunian en la sala del invàlido, para pasar sabrosos ratos, oyendo los originales chistes del soldado, en el gracioso relato de su vida militar. El *manco*, que así le llamaban todos, estaba muy qu?

rido de los sencillos moradores de la casa de la Padilla.

II.

Una noche el doctor Zamudio de Alfaro, viéndolo por primera vez, rió, en extremo, con las delicadas sales del *manco*. Movido de curiosidad, entabló con él este diálogo.

—¿Quién eres?

—Un hombre, *hecho y derecho*.

—Ya lo veo: pero un hombre, *hecho y derecho* que oculta su orígen, bajo ese noble, aunque humilde traje de soldado.

—No lo oculto, Señor: bien lo manifiesto. Soy un pobre desventurado hijo-dalgo.

—¿Dónde moras?

—Cerquita de aquí, Señor: en una sala alta, mejor diré zaquizamí del cuartel de la Cava, en Triana.

—¿Cómo te llamas?

—Miguel.

—¿Cual es tu pàtria?

—Alcalà de Henares, en Castilla la Nueva.

—¿Has batallado por el Rey?

—Muchas veces.

—¿En dónde?

—En Lepanto, donde quedé lisiado de este brazo, á bordo de una valerosísima galera, en Tunez y en otras varias funciones de guerra. Aquí està todavía vivo, aunque no sano, mi inseparable compañero de armas y de peligros, que puede decir à vuestra señoría mis bravas hazañas, peleando por mi Dios y por mi Rey.

—¿Es verdad Jacinto?

—Sí: Miguel, verdad es.

Contestó el viejo soldado, reclinando su calva cabeza sobre las almohadas y rompiendo sus lábios en apagados suspiros de antiguas amargas memorias.

—Pues entonces, Miguel, dijo el doctor Alfaro, poco has ascendido en la milicia, para tantas proezas, como tienes hechas en ella.

—Poco, Señor, poquísimo: nada. No ha estado para mí la fortuna en la carrera de la caprichosa Palas: pero en otra gloriosísima...

Aquí concluyó este curioso diálogo.

III.

A los pocos dias, el doctor Andrés Zamudio de Alfaro, fué convidado, por Don Juan

de Arguijo, à un rico festin de los que, á menudo, acostumbraba tener en su casa, hoy con puerta á la calle de la Compañía, número 9, moderno, collacion de San Andrés, este generoso caballero, este espléndido Mecenas sevillano.

Sentados à la mesa, llamó mucho la atencion del doctor Alfaro, ver en su cabecera, presidiéndola, entre Fernando de Herrera y Mateo de Aleman, al mismo soldado de la casa de la Padilla, el cual sostenia con ellos una risueña animadísima conversacion.

Como á mediados del banquete, levantóse Don Juan de Arguijo, y tomando con la mano derecha una copa de oro, llena del dulce Benaxila, y con la izquierda una linda corona de rosas y de amarantos, brindó de esta suerte:

—Señores: por la gloria literaria del soldado Miguel de Cervantes Saavedra, Príncipe de los ingenios españoles, que hoy presidiendo este sábio banquete, nos honra con su presencia.

Los convidados fueron uno tras otro, brindando por Miguel de Cervantes, el cual, con cara modesta, lleno de alborozo, daba à todos las mas espresivas gracias.

IV.

Entonces el doctor Zamudio de Alfaro, tomándole la corona á Don Juan de Arguijo, y acercándose, con pasos y modos cortesanos, á Cervantes, le habló así:

—Erudito é ilustre soldado: los primeros escritores de Sevilla, aquí reunidos, te ofrecen esta corona de flores. Yo, aunque el último de todos, tengo la alta inapreciable dicha de sentarla sobre tus ardientes sienes. ¡Ojalá que nunca se marchiten sus lozanas hojas: ni se descoloren sus pintorescos matices!

Miguel de Cervantes reconoce al médico de Felipe II, le aprieta la mano, lo abraza, diciéndole al oido estas frases ternísimas.

—Señor doctor Alfaro: aquí teneis al Manco de Lepanto, al camarada de Jacinto Perea, de vuestro pobre enfermo, al soldado de la casa de la Padilla y á Miguel de Cervantes Saavedra.

EL SEÑOR DE LOS AFLIGIDOS.

I.

A las siete de una hermosa mañana de l primavera de 1718, un hombre flaco y pàli do estaba de rodillas, con la cabeza baja los brazos en cruz, ante el altar del *Señor d los afligid s* de la recien incendiada parroqui de Santa Marina. Su agradable figura, su limpias ropas, sus peinados cabellos y sus fer vientes rezos, llamaban la atencion de to dos.

Mas de dos horas permaneció orando. Be

tres veces el suelo. Levantóse, y con tranquilos pasos, despues de tomar agua bendita salió de la iglesia por su puerta principal.

Un curioso lo siguiò. Vino por la calle Real á las cuatro esquinas del Baron de San Quintin. Entró por la de la Inquisicion, y pasando por frente de los conventos de monjas de las Dueñas y del Espíritu Santo, viólo pararse à hablar con un veneroso religioso franciscano de Nuestra Señora del Valle, à la puerta de la casa de su morada, plaza de San Juan Bautista vulgo de la Palma.

Era el famoso escultor Hita del Castillo, (1) devotísimo de Nuestro Padre Jesus de los afligidos, que, por sus inagotables misericordias, acababa de sanar de unas tenaces calenturas malignas, y habia ido à darle gracias.

El eminente artífice, rindiendo adoracion al amoroso Padre de los afligidos, probaba á las claras su cristiano acontecimiento.

(1) Este insigne varon, por sus [illegible] nes, disfrutó de una mere[illegible] Sostuvo el buen nombre de la escuela sevillana de escultura, en la que tanto habian sobresalido Hernandez, [illegible], Roldan, Montañés, Cano, [illegible] y otros inolvidables maestros. Murió en la collacion de San Juan de la Palma y está sepultado en dicha iglesia

De esta laudable manera, en nuestros venturosos siglos de fé, de amor y de esperanza, los mas aventajados humanistas, los mas célebres pintores, los mas hábiles estatuarios, daban gracias á Dios por su nunca negada clemencia. De esta laudable manera, pagaban nuestros mayores los beneficios que habian recibido del cielo.

EL ORGANISTA.

I.

En el año de 1702, vivía en una pequeña casa de la calle de las Vírgenes, collacion de la parroquia de San Nicolàs de Bari, un jóven organista, á quien la providencia no habia querido dotar de gusto armónico y en cuyas torpes manos, el harpa de David, la cítara de Apolo y la lira de Archias, hubieran sido agrias chicharras, bulliciosas sonajeras, capaces de destrozar los rudos tímpanos de los mas desafinados y sordos oidos. Pero nuestro pobre

organista, nuestro musiquillo de tres al cuarto como todo el que ejecuta una cosa mal, en las artes ó en las ciencias, vivía muy pagado de sí mismo y altamente desvanecido con las piezas que destrozaba en su clave ó en los órganos de las iglesias.

Hijo de un oscuro zapatero del barrio de la Feria, era tosquísimo en su figura y modales. Su negruzca cara estaba empedrada de hondas cicatrices de viruelas, su cuerpo pequeño, huesoso y desairado, su habla tartamuda y por añadidura á todas estas peregrinas bellezas, el aliento no le olia ni à rosas ni à jazmines.

Yendo nuestro musiquillo un domingo bien temprano á tocar el órgano al Convento extramuros de Santo Domingo de Porta-Celi, (1)

(1) Fundado en 1450. El Maestre Sala de los Reyes D. Enrique IV., D. Fernando y doña Isabel: en 1457 le dió agua de la inmediata huerta del Rey, que era suya y parte del terreno, para ensanchar el convento. En 1475 el Almirante de Castilla, labró el claustro y la iglesia de bella forma arquitectónica. Ya derribado como otros muchos, vése convertido en un pedazo de tierra calma. En su altar mayor lucía la excelente estátua de madera, representando al Santo en penitencia, que hoy está en el Museo provincial, obra de las mejores y mas bien estudiadas que salieron de los deliciosos cinceles del inolvidable Juan Martinez Montañés.

se lo encontró una gitana manos á boca en el callejon de la huerta del Rey y le dijo la buenaventura. Aquella falsa agorera le acabó de trastornar el magin de tal modo, qne desde entonces no era otra cosa sino un loco de amores, un loco de remate.

La picaresca gitana, para alijerarle el bolsillo de maravedises, le aseguró con el tono misterioso que ellas acostumbran:

«Que estaba llamado á altos puestos, que una muger labraría su suerte, que volviendo à su casa la encontraría á las oraciones de una noche lloviznosa en un sitio célebre.»

II.

Llegó nuestro organista á su domicilio y desde aquella misma hora comenzó á figurarse, que era un lindo Adonis de las damas mas ricas, de las señoras mas principales de Sevilla.

Continuando en esta locura, ya les escribía cartas amorosas en tono altisonante, ya les mandaba flores de los jardines de las Monjas de San Leandro, de cuyo convento era una tia suya portera: ya, en fin, paseaba muchas

veces al dia las plazas ó las calles donde moraban sus soñadas dulcineas.

Atrevido é incansable, teniendo siempre grabados en la memoria, los falsos augurios, los vaticinios mágicos de la gitana, andaba aquí y allí como un loco desaforado buscando novias.

Una noche lloviznosa, que venía para su casa, encontróse poco despues de las oraciones en la Cabeza del Rey D. Pedro, à una bellísima jóven que á distancia respetuosa la seguía un paje.

Creyendo el majadero que aquella era la misma que la gitana le habia anunciado, dióle uno de los muchos billetes amorosos que á granés traia en el bolsillo. La lindísima dama sorprendida de tan descortés audacia por uno de esos impulsos del libre albedrío, por uno de esos arranques de la voluntad que no tienen esplicacion, tomóselo. ¡Pero cuànto rió al leerlo! Los mas disparatados pensamientos, las mas rudas frases, las mas grotescas pinturas en alto relieve, se encontraban en aquel miserable papelejo. En él dábale en posdata, las señas de su casa.

La ilustre jóven, con la laudable intencion de curarlo radicalmente de aquella triste monomanía, de aquel fatal euloquecimiento; no ignorante de que *la letra con sangre entra* ó

que *de los escarmentados, nacen los avisados*, hizo lo siguiente:

Le contestó al otro dia en el mismo altisonante estilo, diciéndole: que lo esperaba aquella misma noche à las doce, en la plazuela de la Cruz de la Mata, collacion de Omnium Sanctorum, casa de su ama de leche, dándole las señas mas inequivocables de ella, que llamára por la ventanilla baja, próxima á la puerta, pronunciando algo récio estas dos palabras: *Abre Ramona*, que ella al momento saldría á la reja.

III.

No bien los relojes de las torres sevillanas dieron las doce, cuando nuestro malhadado musiquillo golpeaba con una piedra en la ventanilla, diciendo con voz azucarada:

— «Abre, Ramona mia: abre, dulce prenda de mi alma: abre.»

El marido de la nodriza (la cual se llamaba Ramona) hombre tan celoso como de malas pulgas, oyendo requebrar à su muger de aquella manera, armado de un nudoso varejon de

azebuche, saltando de la cama con la velocidad del rayo, salió á la plazuela.

Sorprendido el pobre organista, temblando de miedo, huye como un gamo por la calle del Pepino, pero no le valieron sus piernas.

Antes de llegar á la plazuela de la Cruz de Caravaca, ya tenian sendos varejonazos plantados con mucho primor en las costillas, las cuales le bajeaban que era un gusto.

El marido de Ramona, à su sabor, vino apaleàndolo hasta el barrio de Don Pedro Ponce, hoy la plaza de la Encarnacion y sus confluencias, donde ya de lástima lo dejó bien molidos los huesos.

IV.

Treinta dias de cama y cuatro sangrías le costaron á nuestro nécio organista, los rudos palos del marido de Ramona.

Enmendado de su rara monomanía, corregido de su loca denuncia, olvidó para siempre la fatalísima *buenaventura* de la truanesca gitana.

NOTA.—En el capítulo que lleva por epígrafe «El Señor de Torrijo» en la penúltima plana, línea 10, donde dice veneroso religioso, léase venerable religioso.

LOS DOS HERMANOS.

I.

A fines del siglo XVI, vivian en la calle de las Cabezas, despues de los Terceros y hoy del Sol, collacion de la parroquia de Santa Catalina, un clérigo anciano llamado D. Anselmo, con un hermano suyo nombrado don Ignacio, Caballero de la Orden de Calatrava, naturales de Méjico, hijos legítimos de unos señores cordobeses, los cuales despues de haber juntado un inmenso caudal en aquellas posesiones españolas, vinieron á domiciliarse en Sevilla.

A los pocos años murieron los padres, en su testamento, como era tan comun en aquellos felices dias de piedad, dejaron muchas ricas mandas à los conventos y hospitales de Córdoba y Sevilla.

Los dos hermanos heredaron por partes iguales muchas pingües fincas y copiosos tesoros.

El amor, la paz y la armonía reinaban entre ellos. Eran piadosos y caritativos, cualidades que los hacian estimables sobre manera, vivian sin ostentacion ni lujo alguno, era su casa el amparo de los necesitados, nadie traspasaba sus umbrales que no saliera socorrido abundantemente. El huérfano, la doncella, la casada, la viuda, el enfermo, encontraban siempre en los dos hermanos unos cariñosos bienhechores. Los ejercicios católicos, las crecidas limosnas y las visitas diarias á los impedidos de aquella numerosa pobre feligresia, formaban los únicos dulcísimos entretenimientos de estas dos angelicales criaturas.

Para su servicio no tenian mas que dos mugeres ancianas que sus padres habian traido de las Indias. ¡Quién no creería que estos varones ejemplares vivieran à salvo de las asechanzas de los perversos!

II.

Juntos una tarde todos los ladrones de Sevilla, en la casa del Tio Rompe-tripas, calle del Peso de la Harina, hoy de la Luna, les dijo:

—Muchachos, teneis que hacer mañana en la noche una gran faena. Tú, Boliche y tú Zambullo y tú tambien Carituerto, la vais á llevar à cabo. Esos dos hermanos que viven en la calle de las Cabezas, en la casa grande, de zaguan descubierto, tienen muchos doblones que sus difuntos padres trajeron de las Indias y es menester que vengan para acá. Pasado mañana habeis de entregarme ó sus doblones ó sus bofes.

—Entrambos, para hacer el mandado completo.

Interrumpió Boliche.

—En la casa, continuó el Tio Rompe-tripas, no hay mas gente que los dos hermanos, llenos de alifabes y dos viejas criadas, las cuales se estàn cayendo muertas. Con despacharlos á todos para el otro mundo, les hareis un gran servicio.

Ningun sitio me parece mas bueno para

esconderos que la cuadra que tiene puerta al zaguan descubierto. En ella estareis hasta media noche y entonces podreis hacer la operacion con mas seguridad y à vuestro gusto sin temor de los pícaros cuadrilleros.

Las palabras del maestro Rompetritas quedáronse grabadas en la memoria de sus discípulos, los cuales, como vamos á ver ahora no se apartaron ni un apice de ellas.

III.

Poco antes de las oraciones, Boliche, Carituerto y Zambullo, abriendo la puerta de la cuadra con una hàbil ganzúa se escondieron agachapados como liebres dentro do los hondos pesebres de madera.

A las Animas, una de las viejas criadas rezando un Padre Nuestro à San Dimas, bajó con un farolito encendido y poniéndolo en el suelo cerró con llave, candado y barra la puertta de la calle.

Dos gallardos capitanes do caballos corazos de nuestros invencibles soldados de Italia sobrinos de los amos, cada uno con su asistente, que viniendo á Càdiz de Nàpoles pasaban á Córdoba, su pàtria, pararon en la casa

aquella noche. Ignorábanlo por fortuna los truanes.

IV.

El reloj de la morisca torre de San Màrcos acababa de dar las dos, cuando los ladrones salieron de la cuadra. Ayudados de la misma diestra ganzúa abrieron el porton del pàtio y subiendo las escaleras hicieron lo mismo con él, que de estas daba paso á los corredores altos. La vil avaricia el horrible perverso deseo de matanza, iban por instantes acrecentándose màs y màs en aquellos inicuos corazones. Pero Dios que vela por los suyos, no permitió que los malvados llegáran á perpetrar sus infames deseos, ni sus abominables crímenes.

Al pequeño ruido de los pasos de los ladrones, uno de los asistente, de sueño ligerísimo, despertó y saltando de la cama, acercàndose à la del otro le dijo en voz baja:

—Arriba, camarada: que por lo que yo he sentido hay mala gente en casa.

Armados de sus terribles carabinas, salieron à los corredores altos. Los ladrones al verlos, escondiéronse con mucho tiento de-

trás de un viejo biombo que estaba en un rincon.

—Amigos, dijo Zambullo: nos ha salido la criada respondona. Vinimos por lana y vamos á salir trasquilados. ¡Ojalá que no dejemos aquí nuestros pellejos!

Ya á este tiempo los dos capitanes de caballos corazos, habiendo sentido á los ladrones, salieron tambien à los corredores, armados de sus valientes espadas toledanas.

Los ladrones trataron de huir. Tirando de pronto el biombo al suelo, corren presurosos para salirse á la calle, más ya no era tiempo. Los capitanes y los asistentes los atacan con denuedo y todos tres quedaron muertos dentro de la casa. Boliche murió antes de llegar á la puerta de las escaleras, atravesado por el corazon de un carabinazo: Carituerto en los corredores bajos, de una fuerte estocada en los pulmones y Zambullo en el zaguan, de un balazo en la cabeza.

De esta ejemplar manera pagaron aquellos malvados sus viles delitos, y las mismas armas que en los memorables campos de Italia habian servido para sostener el glorioso nombre de la grande España, vinieron en las casas de Sevilla á librar al parentesco, á la virtud y á la inocencia de los furibundos puñales de los asesinos.

El tio Rompe-tripas, al saber por la mañana la ocurrencia, rodeado de todos sus discípulos, exclamó con tono lastimero:

—¡Amigos, mal lance han hechado esta noche los muchachos! ¡Cómo ha de ser, percances de nuestro oficio! ¡Ánimo y á otro!

ZALAGARDA Y CARA SUCIA.

I.

Serian las tres de la tarde del dia 9 de Febrero de 1822, cuando dos mal encarados mancebos llegaron pedestremente por el camino de la Armada à la venta de Barrancos, término de la villa de Dos-hermanas.

El mayor llamàbase Zalagarda y el menor Cara Sucia. Entrambos desde niños habian sido compañeros inseparables de fechurías en Málaga, su pàtria, Granada, Cádiz y otras poblaciones.

Una hermose muchacha los recibiò á sus puertas; ofreciéndoles dos grandes vasos de aguardiente de la no lejana hacienda de Seiza.

En lo interior de la venta oíanse panderetas y palillos. Era una alegre funcion que tenian varios vecinos de la cercana villa de Dos-hermanas, con motivo del casamiento de la hija de uno de ellos, con el hijo del ventero. Zalagarda y Cara Sucia, à ruegos de la muchacha, entraron en la habitacion de la fiesta. Todos los que estaban en ella les hicieron gran lugar. Cara Sucia con suma pillería bailó el tango habanero y la gabota presidaria, y Zalagarda con ademanes sáfios y graciosos representó un pasillo de sainete. Los dos bribones fueron justamente aplaudidos. Todos los concurrentes les dieron vasos de vino de Benaxila. Tanto bebieron que se embriagaron.

Ya era media noche cuando despertados de la tremenda borrachera, pusiéronse en marcha para Sevilla.

II.

La luna levantábase mas allá de la hacienda de doña María. Un fresco vientecillo movía blandamente las hojas de los arbustos. El canto melancólico de los buhos y el rudo tañido de los cencerros de las vacadas, daban

á aquellos campos en claro oscuro múy difícil de pintar.

Antes de llegar à las Ventas de Guadaira, dijo Zalagarda á Cara Sucia:

—Vamos por fin á Sevilla, allí viviremos à gusto. Por la mañana temprano ya conoceremos al tio Taravilla y à la tia Medialuna.

Un maestro como el tio Taravilla, continuó, está de nones en toda Andalucía. El tio Andobales de Granada, el tio Monicaco de Màlaga, el tio Zorro muerto de Córdoba y el tio Cachiporro de Cádiz: son niños de teta para el viejecito de la calle de Macasta. Sabe mas que Brijan. El mismísimo Mengue no es tan malo ni sutil.

—A la verdad, repuso Cara sucia, que las madres paren pocos gachones como nuestro tio Taravilla. Bien te acordarás lo que de él nos contaba en Málaga Peripote.

—¡Y tanto como me acuerdo!

Contestó Zalagarda.

III.

Todavía no habia salido el sol cuando nuestros pilluelos entraron en Sevilla por la puerta del Osario, dirigiéndose á la calle de Ma-

asta. Una vieja, á quien preguntaron, los puso en los umbrales del tio Taravilla.

Al entrar en el zaguan de la casa dijo Cara sucia con tono grave.

—Todo, amigo Zalagarda, se consigue y se alcanza en este mundo. Ya estamos en la casa del tio Taravilla. De aquí á nada tendremos el gusto de ver al hombre mas ladino, al viejo mas juncal de toda España.

El tio Taravilla, embozado en un capote negro de cordoncillo que le tapaba su gran joroba, con una redesilla de seda castaña, unos calzones de estameña del mismo color y unos grandes zapatos con orejeras y hevillas de metal blanco, salió á recibirlos.

—Bien venidos seais, caballeros, les dijo dàndoles las manos. Desde ayer por la mañana os estamos esperando. Pronto vendrá la tia Medialuna, que ha ido á ver à una sobrina suya que està de parto. Entren ustedes y se sentarán mientras viene.

No tardó mucho tiempo cuando la tia Medialuna llamó à la puerta.

—Ya está ahí mi hembra, dijo el tio Taravilla. Ahora vereis una vieja con zandunga, y corrió á abrirle.

Vestida con un refajo de balleta parda, mantilla de tira, pelo remangado, color verdinegro, cara afilada, cuerpo de alambre y un

gran rosario en la mano, entró de la calle la tia Medialuna.

—Estos son, hija mia, le dijo el tio Taravilla, los dos zagales de Màlaga que nos envia nuestro buen amigo el tio Monicaco. Prepàrales algo para comer; pues traerán ganillas.

—¡Y bastantes!

Dijo Cara sucia.

Mientras tanto que la muger del tio Taravilla aderezaba la comida, se entretenia este en escribir en una libreta muy rota y mugrienta de manoseada.

Zalagarda y Cara sucia miraban con mucha curiosidad el aspecto y la ornamentacion de aquella casa misteriosa.

Un pátio cuadrilongo, tres angostos corredores bajos con siete carcomidos pilares de madera y seis tornapuntas de hierro, dos grandes talleros en los ángulos, cinco pequeñas viviendas bajas con sus puertas y ventanas à los corredores, una encogida cocina, una cuadra oscurísima y un corralillo casi cubierto con una no podada parra, cuyas bajas tapias caian à la huerta de Santa Marina, esto era, en resúmen, lo que formaba la casa del tio Taravilla.

El mueblaje tambien era escaso y pobre. con sillas de Benacazon, con asientos de tomi-

za, á mesas de pino, à malos cuadros y peores espejos, estaba reducido todo su ornato.

—Aquí teneis, dijo el maestro levantándose de la mesa en que escribía, y acercándose á los malagueños el libro de caja de nqestro comercio para este año de 1822. Ahora lo empiezo, pero podeis leer lo que llevo escrito.

Al acabar estas palabras dió la libreta á Zalagarda, quien tomàndola en sus manos comenzando por su primera hoja útil, leyó de esta manera.

IV.

EL LIBRO NEGRO.

Lista de algunos asesinatos que se han de ejecutar en este presente año de 1822.

Primero. A D. Braulio Talavera de Almonacid, procedente del reino de las Dos Sicilias ó de Quintos Infiernos, por haber estafado en el juego de naipes á nuestra hermandad, burlándose despues de ella, le abrirá Benito el Pastiri cuatro clarabollas en la bar-

riga, por las cuales largue su mala sangre y peor alma.

Segundo. Al tunante del Alguacil de los Veinte, que despues de recibir de nuestras manos todas las semanas ricas y cuantiosas propinas, traidoramente prendió dias pasados al Manquillo, le regalará Andrés el Tiñoso ocho navajazos que no se los quite de encima ni la madre que lo parió.

Tercero. A Currillo el Chato, natural de Medina Sidonia, por haber vendido y revelado algunos secretos de nuestra cofradía le dará Juanon el Bolero diez plumazos hasta rematarlo.

Cuarto. A Perico el Zoquete, vecino de Jaen y estante en Sevilla, infame delator del gran robo al tio Alfayate, le arrimarà Miguelon el Zurdo una indulgencia plenaria que lo lleve à mejor vida.

EL LIBRO DE PLATA.

Catálogo de algunas puñaladas, trancazos, palizas, bofetadas, puntapiés y tirones de orejas que se han dado ó se darán en este presente año de 1822.

Primero. A un estudiante de medicina

que vive en la collacion del Salvador, tres puñaladas en las nalgas por enamorado fastidioso. No están dadas. Pagaron media onza.

Segundo. Al palanquin de la Aduana dos buenas palizas por servilon. Estàn dadas con todas las reglas del arte. Pagaron seis duros por mano de dos milicianos locales, sus compañeros de palanca.

Tercero. Al tio Agundio el panadero, catorce palos por charlatan embustero. Todos están dados: seis mas de regalo. Pagaron un doblon.

Cuarto. Al zapatero del Baratillo, seis guantadas por borracho sempiterno. Todas estàn cumplidas á buen sabor. Pagaron cuarenta reales.

Quinto. Al albañil de la calle del Sol ocho bofetadas de cuello vuelto por brujo y gruñidor. Están satisfechas cuatro al fiado; quedan otras cuatro. Pagarán seis ducados.

Sesto. Al tendero de la Alfalfa ocho puntapiés, por feo y mal esposo. Aunque no dados todavía; están satisfechos. Pagaron cien reales.

Séptimo. Al tio Palaustre, que viene á vender leche de cabras á Sevilla y en la Fuente del Arzobispo la hace agua pura, veinte tirones de orejas y romperle los càntaros

en las costilla. Ya están ejecutadas ambas cosas. Pagaron setenta y cuatro reales.

Octavo. A un ajamel de la Albóndiga doce garrotazos por desvergonzado y maldiciente. Todavía se deben y por eso no se ha cumplido el encargo. Pagarán veinticuatro pesetas.

EL LIBRO DE ORO.

Memoria de los navajazos, puñaladas, zurras, tundas, rasguños y soplamocos que se han dado ó se han de dar en este presente año de 1822.

Primero. Al tabernero de Triana, cuatro navajazos morrudos por carero y desconfiado. No están cumplidos. Pagaron doscientos reales á cuenta de mayor cantidad.

Segundo. Al librero del Sagrario, dos puñaladas de à jeme por adúltero y descomponedor de matrimonios honrados. No estàn dadas. Pagaron cuarenta pesos fuertes.

Tercero. Al tio Silvestre el de la Carretería conocido por Chupitin, seis razguños en la cara por chismoso. Están hechos. Los pa-

gó á precio muy subido un barbero de Madrid.

Cuarto. A un señoron de la parroquia de San Vicente, ocho soplamocos por cabron consentido. Ya están plantados y cobrados. Pagaron tres onzas de oro.

Quinto. Al polainero del barrio del Salvador que yo sé como se llama, una zurra á quita-pellejo por mentiroso y alcahuete. No està dada. Pagaron ocho doblones.

Sesto. A un mercader de calle Francos, una tunda barbalona por fachendoso, soberbio, usurero y engañador de mugeres. Está dada con toda legalidad. Pagaron cien ducados.

V.

Concluida la lectura de tan curiosos libros, el maestro Taravilla preguntó à su muger, que seguia guisoteando en la cocina.

—¿No acabas Medialuna? Ven ya, hija mia; pues por las señales que veo estàn en un hilo los estòmagos de nuestros huéspedes.

Esto decia el Maestro, cuando un fuerte al-

dabonazo que se oyó en la puerta de la calle lo hizo levantar para abrirle.

Acompañado de un hombre como de treinta años, alto de cuerpo, de cara adusta, moreno de color, remellado del ojo izquierdo y con grandes patillas negras, entró en el pàtio diciendo:

—Aquí teneis caballeros, al diestro, al astuto, al sábio Miguelillo el Zanano, mi mas aprovechado discípulo. No tenia doce años de edad cuando le comencé à enseñar el oficio; desde las primeras lecciones conocí su vasto ingenio y su aplicacion sin ejemplo. Ahora que cuenta treinta de vida y diez y ocho de gloriosa enseñanza. ¿Qué bolsa estará segura de sus uñas?

—Ninguna.

Contestó el Zanano.

Puesta la mesa por la tia Medialuna y sentados á ella los dos malagueños, acompañados del Zanano, satisfacieron su hambre à las mil maravillas con buenas presas de lomo frito, aceitunas gordales de la hacienda de la Torrecilla y scudos vasos del tinto de Villanueva del Ariscal.

Acabada la comida salieron por mandato del tio Taravilla con el Zanano á visitar la ciudad, teatro que habia de ser dentro de breve tiempo de sus glorias raterescas.

Reçorrieron el Baron de San Quintin, el Angostillo de San Andrés, el Meson del Moro, la Botica de las Aguas, la Cabeza del Rey Don Pedro, la Cruz de los Polaineros, la Javanilla y otros muchos sitios muy buenos para dejar sin camisa al mas pintado.

Muy entrada la noche volvieron de su larga espedicion á la casa del tio Taravilla. Este, llevándolos à una de las salas en la cual hibia dos camas, una mesa y cuatro sillas, les dijo:

—Esta es, señores, vuestra vivienda. Yo quisiera hospedaros en unos salones como los del Alcázar ó los del Palacio Arzobispal, pero hoy no produce para tanto el oficio y á quien dà lo que tiene no se le puede pedir mas.

—¡Bien, bien, tio Taravilla!

Exclamaron los dos malagueños.

VI.

Eran las siete de una clara noche de mediados de Febrero de 1822. La plaza de San Francisco estaba llena de curiosos. Muchos

milicianos nacionales formando ruedas y círculos y agarrados de las manos unos de otros, dando vuelta al rededor, bailaban á brincos, cantando estas groseras é insolentes coplillas:

Un servil está malo,
Con calentura:
Mátale una gallina,
Dale las plumas.
¡Hola!
Aquí todito es gloria.
¡Digo!
Se acabó el despotismo.
¡Muera!
Vaya de regocijo, de fiesta vaya.
Vaya de fiesta, de fiesta vaya.
Vaya usted con cuidado,
Compadre Roque:
Que los serviles quieren,
Darnos garrote.
¡Hola!
Un servil està malo,
¿Qué le daremos?
Caldo de caracoles,
Que crian cuernos.
¡Hola!

En otros círculos cantaban el Trágala de esta manera:

Trágala ó muere,
Vil servilon:
Tú que no quieres,
Constitucion.
Tràgala, tràgala,
Tràgala perro,
Trágala, trálaga,
que no hay remedio.

En otras ruedas, en fin, el Entierro de los serviles.

Mientras los atolondrados milicianos nacionales bailaban y cantaban alegremente Zalagarda y Cara sucia, corriendo al rededor de los anchos círculos, enmedio de aquella confusion y algazara les iban robando con mucha sutileza los cordones de sables, los pañuelos, las espadas y los dineros que podian.

De cuando en cuando Zalagarda daba un fuerte grito, diciendo:

—¡Viva Riego!

Los milicianos nacionales mirábanlo con agrado.

El bribon de Cara sucia tambien alzaba su voz clamando.

—¡Viva Riego sin mandil y los hijos de Padilla!

—Estos dos mozuelos son de los nuestros, son comuneros.

Vamos à llevàrnoslos al café del Turco, (1 para convidarlos.

Dijo un nacional á otro.

Al escuchar nuestros dos truanes este razonamiento con mucha habilidad se deslizaron, ocultándose entre las gentes.

¡Qué apuro! si el local nos lleva al Turco y tenemos que beber con tantos diablos.

Dijo Zalagarda á Cara sucia, cuando venian por la plaza del Salvador.

—Entonces, repuso Cara sucia, somos descubiertos y nos dán mas sablazos que arenas llevan los mares, y encima una paliza que nos chupamos los dedos de gusto.

—Vàmanos à la calle de Macasta, dijo Zalagarda; que ya por esta noche hemos acabado bien y en paz nuestras faenas. ¡Cuànto vá á reirse el tio Taravilla cuando le entreguemos tantos pañuelos, tantos cordones de sables de plata y oro y estas cinco espadas! Por el pronto vá á creer que hemos saqueado la Maestranza entera.

El tio Taravilla que estaba acompañado de su muger y de la vieja tia Candonga, chalana y vendedora de las ropas y alhajas roba-

(1) Hoy de los Suizos, en la calle de las Sierpes número 15 moderno.

das, holgó mucho con las espadas, los pañuelos, los dineros y los cordones de sables.

Al tomarlos en sus manos dió un hondo fuerte suspiro, como recordando alguna cosa extraordinaria ó algun episodio célebre de su vida.

Preguntando por Cara sucia, que por qué suspiraba, esclamó.

—¡Ay! Suspiró Cara sucia: porque estas espadas, estos pañuelos y estos cordones de sables me traen à la memoria mi mocedad y la muerte de un Rey en un cadalzo.

El mismo dia que guillotinaron á Luis XVI en Paris, que por cierto estaba el cielo muy nublado, como cubierto de luto por aquel bàrbaro regicido: mi compadre el tio Perendengues que ya està en la tierra de la verdad y yo, robamos tambien en la plaza de la Resolucion muchas charrateras, pañuelos y cordones de sables de plata y oro á los guardias nacionales que bailaban, cantando la Marsellesa y la Caramañola.

Los bullangueros y los alborotadores son en todas partes iguales, cortados por un misma tijera.

Mientras están metidos en broma, mientras están metidos en danza, olvídanse de todo, hasta de que viven.

Aquellos con su Marsellesa y su Caramañola, y estos con su Himno de Riego, su Trágala y su Entierro de los Serviles se dejan quitar sin sentirlo, las calzetas y los calzoncillos blancos.

—No sabia yo que habia usted estado en Francia.

Le dijo Zalagarda.

—Si estuve, contestó el Maestro, todo el tiempo de la furiosa revolucion. Mi compadre el tio Perendengues y yo éramos soldados del Regimiento de Milicias Provinciales de Sevilla y desertados en el Valle de Andorra por unas travesurillas, fuimos entrambos á París donde logramos muchos buenos negocios, enmedio de aquella espantosa confusion. Bastantes alegres dias pasamos en París. ¡Qué ciudad tan grande! ¡qué gentío! ¡qué algazara! ¡qué bullicio! Y cuidado que cuando nosotros estuvimos, nos decian que estaba despoblada por causa de la revolucion. Dinero, ropa, vino, comida, todo nos sobraba.

Pero enmedio de aquella abundancia no podíamos mirar con ojos enjutos tanta sangre ni tanta carnicería. A carretadas llevaban à la guillotina. Sacerdotes, jóvenes, ancianos, mugeres, todos iban mezclados y revueltos unos con otros, poniendo los gritos y los alaridos en el cielo.

Yo me escapé una tarde en una tabla. Si nó me valgo de mis finas trazas, tambien me zampan on la maldita carreta y sin comerlo ni beberlo me cortan el pescuezo. ¡Todavía apesar de los veinte y nueve años que han pasado tiemblo de horror al acordarme.

Siempre teníamos que andar huyendo de aquellos fornidos sanculotes, con sus gorros colorados, sus picas y sus lanzas, para no recibir el tremendo golpe de la cortante cuchilla que en un santi-amen ó en un abrir y cerrar de ojos le dividía à uno la cabeza del cuerpo. A esto llamaban aquellos inícuos, en tono de burla, un papelazo en el cuello.

—¡Qué atrocidad!

Exclamaron todos los oyentes.

—Parece imposible, continuó el tio Taravilla, que las mugeres puedan parir hombres tan sanguinarios ni crueles, como los que en aquella aciaga y triste época se reunieron en París.... . . . .

Tambien entre ellos contàbanse algunos españoles. Siempre de España ha de haber su poquito, aunque sea en los infiernos.

Yo conocí por una rara casualidad á un Guzman, que despues fué guillotinado y á un jòven clérigo muy sabijondo, natural de la villa de Utrera, llamado el Abate Marchena, el mismo, el mismísimo, que vejete, rechon-

cho y mas feo que el no tener, está ahora ahí en el púlpito de la Sociedad Patriótica, establecida en el Convento de Regina Celi, charlando por los codos y alborotando el cotarro.

—¡Valiente mascaron de navío! ¡Qué avéchucho!

Exclamaron á una voz los cuatro oyentes muertos de risa.

—¡Bien se pudiera llevar al sabijondo por cosa rara à la Historia Natural de Madrid!

Añadió la tia Medialuna.

Todos quedaron muy complacidos con la breve, pero curiosa relacion del tio Taravilla, en l is que á lijeras pinceladas, á grandes rasgos, habia hecho el mas fiel retrato de la revolucion francesa, de la horrible muerte de su inocente y bondadoso Rey y de las crueles matanzas de tantos desgraciados á los cortantes filos de la guillotina ó à las aceradas puntas de las picas de aquellos bàrbaros sanculotes, vergonzoza mengua del siglo XVIII y afrenta eterna de la humanidad entera.

La tia Candonga antes de ausentarse los convidó con mucha instancia para una comilona de familia que al dia siguiente su cumpleaños iba á dar en su casa.

VII.

Eran las doce de la mañana de un hermoso dia del mes de Febrero de 1822. El sol alumbraba con toda su limpieza los alrrededores de la parroquia de Santa Lucía. La inmediata calle del Aceituno hallábase solitaria. Unos tras de otros iban llegando los convidados á la casa de la tia Candonga.

Esta matrona insigne, sentada á la puerta en un sillon de brazos, los recibía con los honores de la etiqueta truanesca.

Ya habian entrado todos los convidados, cuando Zalagarda y Cara Sucia envueltos en sus capas ecijanas, llegan tambien.

—Habeis venido los últimos. ¡Valiente flema!

Les dijo la tia Candonga con su voz enojosa y cascarreña.

—Vaya, tia Candonga, que no hemos tardado tanto; pues en la puerta del Sol nos acaban de dar las doce del reloj de San Agustin y esta es la hora de la cita.

Repuso Cara sucia.

La tia Candonga cerrò la puerta y despues de atravesar un jardinillo enraron en la sala del banquete.

Vivas muestras de alegrías viéronse en los semblantes de todos los concurrentes por la llegada de los dos amigos.

La tia Medialuna acercóse à Zalagarda con un gran vaso del rubio de Villanueva del Ariscal, diciéndole:

—Toma, bijo mio, bebe por nuestra salud, que Dios sabe lo que nos espera.

—¡La gloria!

Contestó Zalagarda.

¡O el infierno!

Dijo Cara sucia.

Enmedio de la sala hallàbase una larga mesa de pino. Cubríala un limpio mautel muselina basta. Platos de Triana, hogazas de Alcalá de Guadaira, botellas negras de vidrio y cubiertos de peltre, acababan de enriquecerla.

A la una todos los convidados tomaron asiento. En la cabecera de la mesa estaba el tio Taravilla, teniendo á la derecha à la tia Candonga y à la izquierda á su muger la tia Medialuna. A los lados y piés fueron sentándose indistintamente los demàs convidados. Zalagarda sentóse entre Juana la Vizquilla y

montañés de la calle de las Aguilas, esquina á la de Caraballo. Las tristes campañas de las monjas de Santa María de Jesus llamaban á coro. Los serenos embozados en sus mantas cruzaban por todas partes, cuando Zalagarda y Cara sucia que venian huyendo desde Santa Lucía paràronse á su puerta para que el amo de la tienda les diera cuatro vasos del rico aguardiente de Villalba que en ella acostumbraba vender.

—Esta noche, dijo Zalagarda á Cara sucia, no vamos á ir á casa con las manos vacías. Pues nos llevaremos para allà lo menos dos relojes, cuatro onzas y dos capas; pero cuidado Cara sucia con herir á nadie ni del mas leve puntazo, pues harto trabajo tiene al que lo dejan en este tiempo tan frio á la luna de Valencia ó como el galllo de Moron, cacareando y sin plumas.

Bien pronto cumpliòse la profesía de Zalagarda.

En la calle de la Alhóndiga dejó Cara sucia á un caba'lero en camisa, llevàndose hasta los suspensorios ó tirantes, y en la plaza de San Màrcos atacó Zalagarda á un maestro botinero y despues de haberlo espoliado completamente lo amarró á una de las columnas del porche de la Iglesia conocidas con el nombre de las Beatas de San Màrcos.

de Grazalema, (Serranía de Ronda), en estas dos coplas:

En Carmona hay una fuente
De catorce á quince caños,
Con un letrero que dice:
¡Viva el polo de Tobalo!
A las rejas de la càrcel
No me vengas á llorar,
Ya que no me quitas penas,
No me las vengas à dar.

Rufina la Conera, la muchacha mas bonita de los Humeros, tomando en sus manos la guitarra cantó con mucho donaire estas alegres rondeñas:

Dicen que tú no me quieres,
No me dá pena maldita;
Que la mancha de la mora,
Con otra verde se quita.
Mas vale saber que haber,
Dice la comun sentencia;
Que el pobre puede ser rico,
Y el rico no compra ciencia.

¿Quién podrà narrar con todos sus pasajes las curiosas escenas de este banquete rateresco?

¿Quién podrá pintar con verdaderos colores, con adecuadas tintas los cuadros de esta pillezca comilona?

Nadie.

Las viejas y asquerosas figuras del tio Taravilla, de la tia Medialuna y de la tia Candonga, el aire rufianesco de Zalagarda, Cara sucia, Miguelillo el Zanano, Perico el Temeron y Alfonsillo el Palurdo, la desenvoltura, en fin, de Juana la Vizquilla, Vicenta la Gallardona, Rufina la Cunera y Mariquilla la Ganza, son indescriptibles.

Sus risas, sus dichos, sus esclamaciones, sus posturas y hasta sus originales movimientos de cabezas y de manos, no son para pintarse con verdadero parecido en papel ni en lienzo, porque casi superan las fuerzas de la inteligencia humana.

Conclnida la comilona, ya de noche, cada cual se fué à su casa desuniéndose amigablemente aquella sáfia reunion.

VIII.

Una opaca lamparilla alumbraba la taberna

del tio Agonía, en la calle Enladrillada, collacion de Santa Lucía.

Cuatro famosos jaques recostados contra su mugriento mostrador empinàbanse muy bonitamente sendos vasos del agridulce de Cantillana.

Zalagarda y Cara sucia entraron en la taberna..

Al poco tiempo los desaforados gritos del tio Agonía, pidiendo socorro, dá à conocer la pendencia quo hay en su casa.

Por una leve disputa sobre las plazas de toros de Sevilla y Ronda, Zalagarda y Cara sucia trabâron un duro combate de navajazos con los cuatro jaques, dos de los cuales llenos de profundas heridas estaban tendidos en el suelo revolcándose en su sangre.

Viéndose nuestros dos malagueños en tan apurado lance, en tan fatal aprieto, para no caer en las manos de la justicia huyeron presurosos de aquellos lugares.

IX.

Solitaria del todo encontrábase la tienda de

Perico el Temeron, y Cara sucia entre Inecilla la Gorda y Miguelillo el Zanano.

Un gran plato con menudo del barrio de San Bernardo, cuyo olor abria las ganas de comer, abrió el banquete. El tio Taravilla tomando un vaso lleno del espumoso vino tinto y dirigiéndose á Juana la Vizquilla, le dijo:

—Toma, salerosa, bebe por mi salud, la tuya y la de todos los presentes.

A este brindis los demàs pusiéronse de pié y con las cabezas y las manos levantadas, exclamaron á una voz:

—¡Viva Juana la Vizquilla!

A poco la mesa cubrióse de nuevo, con varios platos de almejas, pedazos de chorizo asado y tajadas de pescada frita. El alegre ruido de los platos, de los vasos y de las cucharas formaban una bellísima armoniosa gastronomía.

Siguió una ensalada de romanillas con bastantes cebollas y dieron fin á esta comilona con unas naranjas de la huerta de Miraflores.

La tia Candonga levantóse y tomando una guitarra diósela á Perico el Temeron el cual cantó el muy justamente celebrado polo, compuesto por Cristóbal Marin, natural de la villa

Presentada toda la rapiña en la casa del tio Taravilla fué valuada en cuatro mil reales. Con los dos mil se quedó el maestro y los otros dos mil fueron repartidos entre los malagueños.

La tia Candonga recibió tambien una buena propina por el trabajo de vender las ropas y las albajas robadas.

X.

El reloj de la arabesca torre de San Márcos dà las diez de la noche del dia 26 de Febrero de 1822. La mas tenebrosa oscuridad domina en el horizonte. Un profundísimo silencio reina en la calle de Macasta, collacion de Santa Marina.

Todas las puertas de sus humilde casas están cerradas.

Dentro de una óyense los alegres arpegios de las guitarras, el murmullo de las conversaciones y el ruido de los bailoteos y de las risotadas. Allí hállanse reunidos en jolgorio los mayores truanes, los primeros ladrones

de Sevilla. Allí el tio Taravilla y la tia Medialuna son los reyes de la fiesta.

Zalagarda y Cara sucia andan de una á otra parte, llevando à los charranes concurrentes platos de alfajores, rosquetes, pestiños y polvorones, y hondas copas henchidas del dulce moscatel y del rico manzanilla.

Todo allí es baquico, todo allí es lubrico, todo allí es cinico.

Manolilla la Pellejera, la mozuela mas tuna de la Resolana tomando en sus manos una guitarra canta seguidillas que son escuchadas con mucha atencion, en las cuales resaltaban las dos siguientes:

Viva siglos y siglos
Tio Taravilla;
Viva tia Medialuna,
Viva Sevilla.

Viva Santa Marina,
Sus alredores;
Donde habitan los majos,
Mas valentones.

Pepillo el Macareno, gran valenton del Niño perdido, baila el fandango con Rafaela la Cunera donde ostentan entrambos su aire garvoso y zandunguero.

Rosarillo la Pelona, el sol de la Javanilla canta à lo flamenco ó gitano con sumo esmero y gusto las dos siguientes quintillas:

Por la Iglesia Mayor,
No quiero pasar:
Porque ha muerto
Mi compañerita,
La van à enterrar.

Ya vienen los frailes,
Ya vienen los curas:
Para llevarse
A mi compañera,
À la sepultura.

Al son de la pandereta que toca Inesilla la Pajuata, baila la tia Candonga unas mollares con Mariquilla la Ganza de San Julian, en las que hace su rara lijereza.

El tio Taravilla y la tia Medialuna por último, como reyes del festin, ejecutan un gracioso pasillo de sainete provocando á todos los convidados á la risa y á desenvoltura. El mismo Caco al ver las libertinas contorciones de tan infernal pareja hubiera roto en largas y estrepitosas carcajadas.

Un tremendo bastonazo dado en la puerta de la calle hace callar á todos repentinamen-

te. Mas amarillos que la cera míranse unos á otros de hito en hito.

La tia Medialuna con fingida voz de grajea pregunta:

—¿Quién?

Una voz gruesa y dominante contesta:

—¡La Justicia!

A esta asustadora palabra todos tiemblan, todos se estremecen, todos se horripilan y poniéndose de pié corren á libertarse de aquel gran peligro.

No huyen con mas pavor ni velocidad los conejos de los montes, cuando oyen los ladridos de los perros y los tiros de los cazadores, como huyeron nuestros gandules al oir la Justicia.

Atropellándose unos con otros, despues de haber apagado los candiles, salen por una puerta de los corredores al corralillo, cuyas bajas tapias daban á la huerta de Sta. Marina.

La tia Medialuna temblando como una azogada, les decia en voz baja:

—Salvémonos, hijos mios. Salvémonos todos. ¡Qué no nos cojan esos pícaros!

Rompiendo los sarmientos de la parra y saltando, ayudados de una mesa, el caballete de las bajas tapias, desaparecieron todos como por encanto, como si se los hubiera tragado la tierra.

Cansados el alguacil mayor de vagos, lo tres serenos y los cuatro soldados que lo acompañaban, de buscarlos en valdo por la huerta y las casas vecinas, retiráronse con el gran disgusto de no haberlos preso, para que pagáran sus grandes crímenes.

Sevilla, en fin, no volvió à ver mas en su recinto á ninguno de estos malvados; librándose para siempre de sus zambras vergonzosas y criminales raterías.

A UN AMIGO.

BATALLADORES OLVIDADOS.

Sevilla 4 de Agosto de 1863.

Mi estimado amigo: La curiosa pregunta de Vd. sobre los Almirantes y los Generales, que en los tres últimos siglos han vivido en Sevilla, me proporciona la dulce ocasion de darle à conocer algunos que todavía están descansando entre el pavoroso silencio de los panteones.

Sus contemporáneos los vieron fallecer, sin derramar ni una flor en sus sepulcros:

sus descendientes no repararon esta grave falta: la Providencia, no sé por qué, me ha destinado á mí para hacerlo, despues de tantos años como han corrido. Dichoso yo, una y mil veces, que, dándoles la mano, para que se levanten, los voy á sacar de las negras sombras de sus tumbas! Aquí tiene usted ya á estos valientes capitanes, á estos bizarros batalladores, que, tan sin razon, España tenia olvidados.

ALMIRANTES.

Alonso de Chaves Galindo.—Vivia en 1590 en la collacion de San Pedro el Real. Murió en 1607 en la parroquia de San Vicente, donde está sepultado.

Sebastian de Ayala.—Vivía en 1612 en la collacion del Sagrario.

Miguel Ruiz de Vidacabal.—Murió el miércoles 12 de Diciembre de 1618 en la collacion de Santa María Magdalena, segun la partida siguiente:—En miércoles 12 de Diciembre de 1618 se enterró en San Francisco el Almirante Miguel Ruiz de Vidacabal, que ha-

bia fallecido en la collacion de Santa María Magdalena. Hizo testamento ante Gaspar de Leon, escribano de Sevilla; dejo por sus albaceas á Martin Ruiz de Vidacabal, su hermano y al Capitan Lúcas de Urquiaga.

Tomàs de Lavaspur, Caballero de la Orden de Alcántara.—Vivía en 1620 en la collacion del Sagrario. En este mismo año fué padrino de bautismo en San Pedro el Real, de Melchor, hijo del Capitan D. Pedro Jimenez de Enciso, sobrino del poeta dramàtico y de doña María de Vilches, su legítima muger, el cual habitaba en la casa de sus padres los Marqueses del Casal, calle, entonces de Don Pedro del Alcàzar, hoy de los Alcázares número 1.º moderno.

Gaspar de Vargas.—Vivía en 1620 en la parroquia de Santa María Magdalena. En 1626 dijéronse en esta Iglesia cincuenta misas rezadas por su almà; díjolas por mandamiento del Sr. Gobernador eclesiástico el Capellan del Regente de la Real Audiencia. Un hijo del Almirante, llamado Juan, contrajo matrimonio en San Vicente el jueves 10 de Octubre de 1629 con doña Ana María de Tamayo, hija del Contador Juan de Tamayo. Fué testigo entre otros, el General Joan de Hermosilla.

Francisco Diaz Pimienta.—Vivía en 1635

en la parroquia de Santa Cruz. En Mayo de 1645, por mandato del Rey D. Felipe IV echó en Sevilla una leva de 400 hombres, para la Armada Real del mar Occéano. Lea V. estas dos curiosas cartas del Duque de Medina Sidonia al Ayuntamiento sevillano.

I.

«Su Magestad que Dios guarde me ordena por carta de 5 de Mayo (de que remito á V. S. copia) disponga en la mejor forma que me pareciere y con mayor brevedad algun número de gente para guarnicion de la Armada considerando la estrechez del tiempo, falta de gente y obligaciones de defensa con que queda esta costa, no he repartido á los lugares sino á razon de un vecino por ciento; y cumpliendo con las órdenes de su Magestad, doi quenta á V. S. para que en los lugares de Villamartin, Lebrija y las Cabezas, ordene V. S. á las Justicias ordinarias lo ejecuten así, y entreguen la gente al capitan D. Bernardo Sanchez Sagramina, que lleva dinero para su remision, y para la costa que el Comisario que la villa nombrare hubiese de causar hasta entregallos al Sr. Almirante Gene-

ral Francisco Diaz Pimienta, y lo mismo tengo suplicado á su Magestad escriva à V. S. para que sea mas inmediata la gratificacion deste servicio, en cuyo intermedio suplico à V. S. se gane tiempo por la brevedad con que su Magestad ordena salga la Armada y ser gente precisa para su guarnicion. Dios guarde á V. S. muchos años como deseo. Salúcar á 19 de Mayo de 1645.»

El Duq de Medina.

II. [illegible]

«El Sr. Almirante General Francisco Diaz Pimienta me escrive que está resuelto à salir en toda esta semana á cumplimiento de apretadas órdenes que tiene de su Magestad, aunque sea dejando navíos, y por que desde 19 deste tengo dado aviso á V. S. conforme su Magestad me lo manda en esas órdenes de 5 de henero y dos de febrero de que remito á V. S. copia para que ordene á la Justicia de Lebrixa i las Cabezas guarde las mias de que no he tenido respuesta. Antes por carta que he visto del Sr. Asistente puedo entender se quiere volver á armar competencia sobre punto vencido me ha parecido tambien remitir á

V. S. copia de la Zedula de su Magestad con esta carta duplicando el despacho de 19 y deseando siempre que estas materias se ejecuten de tal manera que cumpliendo yo con la obligacion de estos cargos, quede V. S. muy servido de mí. Dios guarde i conserve à V. S. muchos años como deseo. Sanlúcar á 22 de Maio de 1645.»

El Duq de Medina.

Melchor de Torralva, marido de doña María de Palacios y Romero.—Vivía en 1638 en la collacion del Salvador.

Pedro Nuñez de Villavicencio, Caballero de la Orden de Calatrava, Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion de Sevilla, marido de doña María de Sandier y padre del pintor ilustre, discípulo de Murillo.—Vivía en 1638 en la collacion de Santa Catalina Mártir.

Juan Nuñez de Villavicencio, su hermano, tambien Caballero de Calatrava y Familiar de la Inquisicion de Sevilla, marido de doña Josefa de Sandier, hermana de doña María.—Vivía en 1638 en la parroquia de San Bartolomé. Tuvieron un hijo llamado Nuño de Villavicencio, tambien Caballero de la Orden de Calatrava y Conde de Cañete.

Francisco Martinez de Granada.—Vivía en Sevilla en 1671.

Francisco de Pineda Salinas, Almirante de Flota, Caballero del Hàbito de Santiago.—Vivía en 1681 en la parroquia de Santa Cruz.

Guillen de Rivera Casaus, Almirante de Flotas de S. M.—Vivia en Sevilla en 1685.

Pedro Carrillo.—Vivía en 1687 en la collacion de la parroquia de San Martin.

Leonardo de Lara, Caballero del hábito de Santiago, Almirante de la Armada de los Galeones de S. M. y de las Flotas de tierra firme.—Vivía en 1693 en la collacion de San Vicente Mártir. En este mismo año bautizóse en dicha Iglesia una esclava suya natural del Reino de Bosnia en Turquia.

Francisco Antonio Justiniano, marido de doña Sebastiana, María, Antonia Sandier y Villavicencio.—Vivía en 1716 en la calle de San Pedro Mártir, collacion de Santa María Magdalena. Su hermano D. Gregorio Manuel Justiniano, Senador de la Serenísima República de Génova, estuvo casado con doña Teresa Espinosa, parienta de los Condes del Aguila.

Manuel de Almonacid Lopez Pintado, primer Marqués de Torreblanca del Aljarafe y Vizconde de Cabrejas, Caballero de la Orden de Santiago; veinticuatro perpétuo de Sevilla y Comandante general del departamento de

Càdiz.—Vivía en 1744 en la parroquia de Santiago el Mayor, vulgo el Viejo. Nació el año de 1679 de nobles padres, en la villa de Tembleque, provincia de la Mancha, diócesis de Toledo. Siguió la ilustre carrera de la marina llamando la atencion de sus maestros. Contrajo matrimonio en Sevilla, casa número 12 moderno, calle de la Jamardana, esquina à la de Meson del Moro, parroquia de Santa Cruz, con la virtuosa é ilustre señora doña Inés Solanó de Leon, de la cual tuvo varios hijos. (1) Mandó la escuadra que bloqueó á Barcelona el dia 2 de Febrero de 1713, salvadora del ejército de S. M. D. Felipe V. Leal y valiente servidor de su Dios y de sus Reyes fué uno de los marinos españoles màs esclarecidos de su siglo. Ya viudo, murió en la suntuosa casa, levantada á sus expensas, calle de Santiago número 19 moderno, el dia 21 de Octubre de 1745, siendo sepultado á los dos dias en la contigua iglesia del convento de Monjas Santa María de los Reyes, en panteon propio, á los piés del Altar de la Santísima Trinidad, donde en una hermosa là-

(1) Su nieto, D. Fernando, tercer Marqués de Torreblanca, fué dignísimo director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, á la que tengo la honra de pertenecer.

pida de mármol blanco se lee este epitafio:

«Aquí yace el Excmo. Sr. D. Manuel Lopez de Almonacid Pintado, Caballero de la Orden de Santiago, Marqués de Torreblanca, del Aljarafe, Vizconde de Cabrejas, Teniente general de la Real Armada de S. M. que falleció á 21 de Octubre de 1745 á los 68 años de su edad.»

Pide rueguen à Dios por él.

R. Y. P.

En el centro del escudo de armas dice:

«Fueron con sol y vinieron los que á los moros vencieron.»

Generales.

El Mariscal Diego Caballero.—-Vivía en 1549 en la collacion de Santa Cruz. Fué sepultado en la Capilla del Mariscal de esta San-

ta Iglesia Metropolitana. Allí están tambien su padre el Mariscal Pedro Caballero y otros muchos personajes de su ilustre familia.

Alvaro de Flores.—Vivía en 1590 en la parroquia de San Pedro el Real.

Juan Gutierrez de Garibay.—Vivía en Sevilla en 1598. En este mismo año contrajo matrimonio en el suntuoso palacio de la Duquesa de Béjar doña Teresa de Zúñiga, conocida en Sevilla por la Gran Duquesa, collacion de San Pedro el Real, el Capitan Gabriel de Rojas y Paramo con doña Isabel del Castillo, siendo testigo entre otros nobilísimos varones el General Juan Gutierrez de Garibay.

Andrés Muñoz el Bueno, Artillero Mayor. —Vivía en 1607 en la collación del Sagrario.

Rodrigo Tello de Guzman, Maese de Campo, Caballero de Justicia de la Orden de San Juan de Jerusalen.—Vivía en 1607 en la parroquia de San Vicente Mártir.

Francisco de Nova.—Vivía en 1618 en la collacion de San Miguel.

Fernando de Souza, Caballero de la Orden de Santiago, marido de doña Juana Farfan de los Godos.—Vivía en 1619 en la parroquia de San Vicente Mártir. Tuvieron una hija llamada Giomar y en 1629 un hijo llamado Fran-

cisco Antonio, entrambos bautizados en la referida iglesia.

Juan de Flores Rabanales.—Vivía en 1620 en la collacion de Santa María Magdalena. En este mismo año se enterró en dicha iglesia á un esclavo suyo, llamado Francisco.

Joan de Hermosilla.—Vivía en Sevilla en 1629.

Alonso de Moxica, marido de doña María Bocanegra y parients del sábio doctor Sancho de Moxica, catedrático de Prima en la Universidad de Canones del colegio del Maese Rodrigo.—Vivía en 1630 en la parroquia de San Pedro el Real.

Pedro de Escobar Malgarexo.—Vivía en 1630 en la collacion de Santa Cruz.

Antonio de Oquendo, Caballero del Hábito de Santiago.—Vivía en Sevilla en 1635.

Sancho de Urdanivia.—Vivía en Sevilla en 1641.

Antonio de Ulloa Lemos, Maese de Campo.—Vivía en Sevilla en 1641.

Pedro Ursua de Arizmendi.—Vivía en Sevilla en 1647.

Juan de Velazco, Veinticuatro de Sevilla.—Vivía en 1650.

Nicolás de Córdoba, Caballero de la Orden de Santiago.—Vivía en Sevilla en 1673.

Lope de Mendoza, Mate de Luna, descen-

diente de los Reyes de Aragon, Caballero de la Orden de Calatrava, General de Artillería de las Armadas del Mar Occéano, Alguacil Mayor de Sevilla. Murió en 1675 en su hermosa casa, calle del Cristo, collacion de San Vicente Màrtir. Lleváronlo á enterrar á Santa María Magdalena, Capilla de Nuestra Señora de la Palma, que era de su propiedad. Tuvo dos mugeres legítimas, doña Blanca de Quadros que murió en 1622 y sepultóse en la misma Capilla de Nuestra Señora de la Palma y doña María Pinto de Leon que le sobrevivió.

José Fernaadez de Santillana.—Vivía en 1690 en la parroquia de Santa María Magdalena.

Alonso de Madariaga, Gaviria Marmolejo, Marqués de la Zauceda, Caballero del Hábito de Alcántara, Gobernador y Maese de Campo de la Ciudad de Alcántara.—Vivía en Sevilla en 1693.

Lope de Mendoza, Mate de Luna, tambien descendiente de los Reyes de Aragon, marido de doña Leonor del Alcàzar y Zúñiga, Caballero de la Orden de Santiago, General de Artillería de las Armadas del Mar Occéano.—Vivía en 1695 en su casa, calle del Cristo, collacion de San Vicente Mártir.

Pedro de Soto Herrera, Maestre de Campo, marido de doña Margarita Clemente Ardáz.—

Vivía en 1700 en la parroquia de San Pedro el Real.

Francisco Tello y Portugal, Caballero del Hàbito de Alcántara, Marqués de Saucèda, Veinticuatro de Sevilla y Maestre de Campo de sus Milicias, marido de doña María Saavedra, Marquesa de Paradas y de la ilustre familia de doña Leonor de Portugal y Colon, Condesa de Gelves, cantada por el grande Fernando de Herrera, con el nombre poético de Eliodora. Murió en 1702 en su casa, calle del Naranjo número 7 moderno, collacion de Santa María Magdalena. Condujéronlo á su enterramiento en la Iglesia de las Monjas Gerónimas de Santa Paula, collacion de San Márcos. Fueron sus padres Juan Gutierrez Tello, Caballero de la Orden de Santiago y doña Isabel de Portugal, su legítima mujer, los cuales murieron tambien en la misma calle y casa, su madre en 6 de Octubre de 1648 y están enterrados en el mismo panteon de las religiosas de Santa Paula.

Miguel de Cos Oreña Gayon y Hoyos, Caballero del Hábito de Santiago, Maestre de Campo.—Vivía en 1703 en la collacion de San Pedro el Real.

Diego Fernandez de Santillan, Caballero de la Orden de Santiago.—Vivía en 1704 en la parroquia del Salvador.

Fernando Manuel de Bustamante y Bustillos, Capitan General de la provincia de Trascala, en las Indias.—Vivía en 1707 en la collacion de San Vicente Màrtir.

Sancho Manuel de Villanueva Estrada y Manrique, natural de Madrid, Caballero de la Orden de Alcàntara, Gentil Hombre de S. M. Teniente General de la Artillería de las Armadas y Flotas de las Indias, Veinticuatro de Sevilla y Juez de contrabandos y del Almirantazgo en ella por S. M.—Vivía en 1716 en la parroquia de San Vicente Mártir.

Ciertamente era una bárbara injusticia haber olvidado nuestras crónicas á estos magnánimos varones, que tantas glorias dieron á la heróica España.

Vencedores los unos en las aguas de Lepanto, los mares de las Indias ó las costas de Holanda: triunfadores los otros en los campos de Pavia, los muros de Brada ó las orillas del Tessino, bien merecian los dulces y apetecidos honores de la fama y de la celebridad.

Ellos, en la punta de sus espadas llevaron el temible nombre de la grande España á los más escondidos rincones del mundo: ellos lucharon con denuedo, lo mismo en las frias riberas de Albion, que en los ardientes are-

14

nales de la Mauritania: ellos, en fin, caidos sobre la cubierta de los navíos ó el polvo de los campos, saliéndoles la sangre á borbotones, enimando á sus soldados, victoreaban con épico entusiasmo, á su Dios, à su pàtria y á sus Reyes.

Ya que he tenido la buena suerte de encontrarlos en los archivos parroquiales de Sevilla, quiero sacarlos de los lógbregos enterramientos, donde, desconocidos del munda yacían tristemente.

Yo no sé si habré hecho bien ó mal, pero mi corazon y mi españolismo me dicen que he cumplido con un deber sagrado: porque se necesitaría tener entrañas de fiera para dejar envueltos en las tinieblas del olvido à unos personajes tan leales á su Dios y à sus Reyes, á unos soldados que asombraron á Europa con sus fabulosas hazañas; á unos hombres, en fin, que llenaron cumplidamente su grande mision sobre la tierra.

Dichosamente, el siglo actual, amigo mio, aunque bajo otros puntos de vista malo y aniquilador, ha reparado estas grandes faltas de los anteriores.

Hoy á ninguno que vale algo, lo rodea el sudario de la muerte ni lo cubre la tierra sin que una pluma mas ó menos docta escri-

ba su vida y sus méritos; dando á conocer sus hechos mas gloriosos ó sus mejores creaciones.

Dios me guarde à V. muchos años como deseo.

Antonio Gomez Azêves.

EL AMO DE MI CASA.

I.

En el último mes del Otoño de 1740 estando en Roma un caballero sevillano, que iba en peregrinacion á Jerusalen, quiso pasar por tierra á Nàpoles, para ver los famosos campos de batalla, en los cuales sus paisanos y amigos D. José Carrillo de Albornoz, Duque de Montemar y D. Jaime de Guzman y Davalos, Marqués de la Mina, habian triunfado muchas veces de los tercos germanos.

Dulcemente entretenido en consultar aquellos lugares tan gloriosos para las armas españolas, no llegó á Nápoles hasta Marzo del año venidero.

Hospedóse en aquella linda córte en la casa de un primo suyo, el cual habia mucho tiempo que estaba ausente de Sevilla su pátria. En breve el cansancio del camino lo llevó al lecho, pero fué en balde; porque el incesante golpeteo de un martillo de palo, cuyo ruido monótono salia por las ventanas bajas de una casa frontera, no le dejó cerrar los ojos.

Levantado à la mañana siguiente, preguntóle á su deudo la causa de aquel incansable fastidioso ruido.

—Ese ruido que te ha mortificado tanto, es un ruido de gloria.

Le dijo su primo.

—¡De gloria!

Contestó el caballero sevillano con extrañeza.

—Sí, de gloria; pues sale de las celestiales manos de un insigne escultor, que hoy, venturosamente florece en Nápoles.

—¿Cómo se llama?

—Juan Bonavita.

—¿Tienes algunas creaciones suyas?

—Ayer mismo me ha acabado una pequeña escultura, figurando el bendito Patriarca.

El ropaje, las manos y los piés son escelentes; pero todo, la cabeza es una de las mas bellas que pueden esculpir los cinceles humanos. Todavía la tiene en su taller. Ven conmigo y la verás.

II.

Habiendo atravesado la angosta calle, entraron en la casa del artífice, el cual seguia en su obrador trabajando sin descanso. Recibiólos con fina agradable cortesía.

—¿Sois sevillano?

Le preguntó al caballero.

—Sí.

Entonces Juan Bonavita lleno de ardoroso entusiasmo, dándose una palmada en la frente, esclamó:

—¡Ah: contemporáneo del dulce Gerónimo Hernandez, del severo Pedro Roldan y del delicado Juan Martinez Montañés! Con cuánto placer conservo yo en mi memoria, las inmortales creaciones de aquellos grandes maestros del arte cristiano-hispalense!

—Cuando embarcado, vuelvas de Tierra Santa, toca en Nàpoles, te lo regalaré para que lo lleves à España.

Así sucedió. El caballero trajo á Sevilla esta lindísima estátua, la cual, hoy, de la propiedad de mi esposa doña María del Amparo Souza y Aguilar y bajo el sencillo nombre de «El amo de mi casa,» por la humilde devocion que la tenemos, luce en ella, firmada en a peana: «Joannes Bonavita fecit. Neapoli 1741.»

UNA PROMESA CUMPLIDA.

I.

Casi todas las noches del invierno de 1521, poco despues de Oraciones, un hombre desconocido, con traje de paño azul, puesto de rodillas, en la parroquia de San Ildefonso, ante el tabernáculo de Nuestra Señora del Coral, su patrona, oraba con devocion fervorosísima.

Las personas timoratas que à aquellas horas, para rezar el santo rosario, concurrian á la misma iglesia, habian hecho alto en él por

sus miradas tranquilas, su noble semblante y sus blandas maneras. Aquel hombre desapareció. Nadie volvió á verlo. Unos á otros se preguntaban por su paradero. Nadie lo sabia. El hombre forastero, el hombre del traje de paño azul era un arcano tenebroso, un misterio impenetrable que solamente Dios podia conecer.

II.

Al cabo de cuatro años, una noche á la misma hora, el hombre desconocido, en traje de penitente, con la cabeza baja y una vela encendida en la mano, contaba alabanzas y ponia flores, conchas y corales sobre el banco del tabernáculo de Nuestra Señora del Coral.

Era el famoso navegante Sebastian Elcano, que llegaba á Sevilla en su nao «Victoria», de dar la vuelta alrededor del mundo: siendo el primero que logró conseguir tan gallarda conquista.

Habia ofrecido á la Vírgen Santísima traerle flores, conchas y corales de todos los paises de la tierra, si lo sacaba con bien de sus àrduas y peligrosas navegaciones y venia á cumplir la promesa.

Las mismas gentes, al reconocerlo, llenas de religioso entusiasmo, lo abrazaron, dándole la más cumplida enhorabuena. Entonces el insigne é inolvidable navegante, miràndolas con ternura, exclamó:

¡Con María nada es imposible! ¡Sin María todo se malogra!

LOS DISCIPLINANTES.

I.

A las dos de la madrugada de una oscura noche del mes de Mayo, el respetable golpeteo de las disciplinas oíanse dentro de los muros romanos de la puerta de Córdoba, collacion de la parroquia de San Julian. De cuando en cuando los rezos y los ayes salidos de làbios penitentes, venian á dar realce á aquella católica escena.

La oscuridad de la noche, el leve murmullo del viento, el funerario canto de los buhos,

puestos en las carcomidas almenas de las murallas, el monótono rechinamiento de las norias de las huertas extramuros, mezclados con el crujidero de los disciplinazos formaban una religiosa cadencia.

II.

A la opaca luz de las estrellas percibíanse confusamente dos bultos negros fronteros á la puerta de la ermita de San Hermenegildo, de los cuales partía el ruido de las disciplinas.

Un valeroso capitan de las Indias, que estaba temporalmente en Sevilla y vivía en un jardin cercano, tomando su espada, salió á los muros, dirigiéndose hàcia los bultos negros. Con tono arrogante desenvainándola al acercarse á ellos, le preguntó al de la derecha que como el otro estaba arrodillado.

—¿Quién sois?

—Miguel Pecador, que viene á estos silenciosos lugares á cumplir una penitencia.

—¿Y vos?

—Bartolomé Pecador, que tambien viene á estos muros solitarios à descargar su conciencia.

—¿Ambos teneis un mismo apellido?

—No: cada uno tiene el suyo.

—¿Cuàl es el vuestro?

—Mañara.

—¿Y el vuestro?

—Murillo.

— ¡Qué estraña aventura!

¡Mañara! ¡Murillo! repite dos veces el capitan de las Indias lleno de asombro. ¡Mañara! continúa, el caballero de Calatrava, el padre de los ancianos pobres de Sevilla. ¡Murillo! el pintor de los Angeles, el pasmo de los artífices del mundo.

Entonces el piadoso capitan de las Indias, envainando la espada, con voz conmovida y pesarosa esclamó así:

—¡Ay! perdonadme, señores; si he venido, brusca é imprudentemente, á romper vuestras santísimas ocupaciones. Yo tambien he derramado mi sangre muchas veces peleando en los campos de batalla por las verdades católicas. La fé arde en mi corazon. Pedid à Dios por mí. ¡Èl sea con vosotros!

Diciendo esto, retiróse tranquilamente.

Los dos amigos, Mañara y Murillo, llenos de alegría, por la cristiana, caballerosa arenga

del capitan de las Indias, guardaron los rosarios y las disciplinas; besaron la tierra; levantáronse, y dando gracias á Dios, volvieron á sus casas, situadas en la parroquia de S. Bartolomé.

LA PESTE.

I.

Eran las seis de la mañana del dia 18 de junio de 1649. Consternada Sevilla con la horrible mortanda que hacía en sus moradores la implacable *landre*, lloraba amargamente. Plázas despobladas, calles desiertas, iglesias solitarias, era el triste panorama que ofrecia la hermosa sultana del Guadalquivir. Solamente el sordo ruido del *Santo Oleo*, las ligeras pisadas de las mulas de los médicos, los apagados ayes de los moribundos y las piado-

sas exhortaciones de los religiosos agonizantes rompian su hondísimo silencio.

Un carro lleno de cadàveres, titado por dos caballos, paró á la puerta de una casa, calle de la Cruz de la Parra, hoy párte de la de los Monsalves, collacion de la Magdalena. Dos sepultureros sacan de ella. casi arrastrando, el lívido amoratado cadàver de un hombre, arrojándolo en el carro. Llantos de dolor y fuertes gemidos se oyen en el fondo de la casa,

—Este pobre pronto ha caido.

Dijo uno de los sepultureros.

—Tan pronto que anoche á las ánimas se encontraba bueno, y esta madrugada á las cuatro ya estaba con Dios. ¡Qué làstima de hombre! Y lo peor es cómo deja á su familia, que vivía de su trabajo, sin recurso alguno.

Contestó una vieja desde una ventanilla alta frontera.

El carro comenzó á andar hácia el cementerio. La cabeza y las manos de aquel difunto iban colgando. Sus cabellos caián sobre una de las ruedas, la cual con su continuo torno, arrancándoselos en delgadísimos mechones, los enmarañaba entre los rayos ó los dejaba salpicados por el suelo.

Llega, pues, el carro à la honda zanja, abierta fuera de la puerta de Triana à mano izquierda. Los enterradores desenganchando

los caballos, arrojan de un golpe en ella todos los cadàveres. En esto dos hombres vestidos de rigoroso luto, llegan á los bordes de la horrorosa zanja. El mas jóven arrójase precipitadamente, con unas tigeras en la mano, sobre aquel yerto cadáver, y cortàndole un rizo de pelo metiéndolo en una caja de filigrana, y tirándosela á su compañero, que lleno de làgrimas, con la cabeza baja, miraba aquella triste escena, exclamó así:

—Maestro: ahí teneis la última memoria del grande escultor de María, del famoso escultor del Calvario, del desventurado Juan Martinez Montañés, que revuelto entre estos hombres oscuros, entre estos humildes menestrales, queda sepultado para siempre. Guardadla, sí: guardadla como un riquísimo tesoro.

Quien habló fué Francisco Polanco, uno de los mejores discípulos de Zurbaràn, al insigne maestro D. Juan de Valdés Leal.

NOTAS.

1.ª En el recuerdo de Batalladores, olvidados!!! donde dice *Brada*: léase *Breda*.

2.ª En el de *El amo de mi casa*, entre el final de la página 84 y el principio de la 85, no se puso por omision de imprenta, este párrafo:

«El caballero sevillano quedó enamoradísimo del San José. Conociéndolo su pariente, le dijo:»

ROBERTO EL ANGLICANO.

I.

Un dia de la primavera de 1586, entró el famoso maestro Diego de Giron cerca de oraciones, en una de las mas pobres y solitarias iglesias parroquiales de Sevilla. La amortiguada luz que salia de una capilla, contigua á la del Sacramento, llamó su atencion. Acercóse á su reja y vió, sobre un bufete de pino negro, sembrado de viejas gotas de cera, un mez-

quino atabud, dentro del cuál estaba tendido el desgraciado cadáver de un anciano.

Lo triste de la hora, el hondo silencio de la iglesia, interrumpido solamente por el monótono crujidero de las polillas, y sobre todo la imponente vista de aquel cadàver, en cuyo alrededor habia algo de misterioso, levantaron su pensamiento á la contemplacion de la eternidad.

Hincado de rodillas ante el altar mayor, comenzó á orar por el alma del difunto. No léjos dentro de la sacristía, el cura párroco, sentado en un sillon de baqueta á la luz de un farolillo, leia con afan en un libro de pergamino en fólio. Movido de curiosidad, el maestro Giron levantándose y acercàndose al pàrroco que habia sido su discípulo de *Retórica*, le dijo:

—¿Qué lees?

—Maestro, le contestó el cura: la vida curiosa y estraordinaria de ese infeliz difunto, que està de cuerpo presente en aquella capilla.

—¡La historia de ese oscuro anciano! ¡Vaya! ¿Quieres chancearte conmigo? Ese pobre viejo no puede tener historia digna de leerse.

—Pues la tiene, maestro. Aquí está en este

libro, escrita de su puño y letra, en lengua latina, anglicana y española.

—Y ¿cómo ha venido ese libro à tu poder?

—Él mismo me lo dió, poco antes de morir, diciéndome:

«Señor cura: nada poseo ya en la tierra que pueda ofreceros en mis últimas horas, en testimonio de mi gratitud y mi reconocimiento á los paternales beneficios que me habeis hecho, sino este precioso libro. Tomadlo. En él, he escrito en tres idiomas la narracion de mi triste vida. En ella vereis, á claras, la volubilidad caprichosa y las grandes peripecias de la fortuna.

Al acabar estas últimas palabras, dándo un profundo ¡ay! espiró entre mis brazos.

—¿Quién era este hombre?

—Un mendigo, conocido, hace mas de treinta años, en esta collacion, por el nombre de *Roberto el anglicano,* por ser natural de Inglaterra.

—Y ¿qué dice su historia?

—Leedla, y lo vereis.

II.

Entonces el docto maestro Diego de Giron,

tomando el libro en sus manos, comenzó á registrarlo con ansjedad. Llamáronle mucho la atencion ocho sublimes dísticos latinos, que tenia en su preciosa portada, compuestos por el *anglicano*.

—¡Ah! esclamó, dándose una palmada en la frente. Ya recuerdo, ya recuerdo. Este infelíz, segun mi maestro Juan de Mal Lara, con quien tenia una seguida correspondencia epistolar, fué uno de los mas sábios literatos, de los mas eminentes latinos de Inglaterra. En varias ocasiones nos lo citó en su àula de retórica, diciéndonos:

«En Inglaterra florece hoy un rico caballero, amigo mio, perteneciente á la mas alta nobleza sajona, el cuál aficionadísimo á la literatura latina, sabe interpretar profundamente á Virgilio, á Horacio, á Tibúlo, á Ovidio, à Ciceron, à Tàcito y á todos los demás buenos escritores romanos.»

Siguiendo el maestro Giron en la lectura de aquel estimable manuscrito, encontró, con gran contentamiento suyo, por epígrafe al frente de uno de los capítulos, ocho versos latinos, sacados de su hermosa *Elejía*, en la muerte de su primera mujer Luisa de Graxera, hermana de Maria de Ojeda, viuda

del maestro Juan de Mal-Lara (1).

III.

Por el verídico relato de aquel libro, salpicado de bellísimas poesías latinas, inglesas y españolas, *Roberto el anglicano* habia sido uno de los mas poderosos é ilustres persona-

(1) A las noticias biográficas que hemos dado de este eminente literato en el tomo cuarto de la «Revista literaria de Sevilla,» se puede agregar:

El maestro Juan de Mal-Lara de su matrimonio con doña María de Ojeda tuvo una hija llamada doña Gila de Mal-Lara, muger legítima de D. Juan Caro de Consuegra. Tuvo tambien una hermana, llamada doña Catalina de Saucedo, cuyos hijos fueron llamados á la capellanía de Gila Mal-Lara. Entre sus discípulos se cuentan el Cardenal Arzobispo de Sevilla D. Rodrigo de Castro, el maestro Diego de Giron y Francisco Martinez. En Zalamanca oyó las lecciones de los famosos humanistas Leon de Castro, Juan del Cano, y Miguel de Palacios. Tambien oyó allí al comendador Hernan-Nuñez Pinciano, llamado el «Comandante.» En Barcelona asistió al aula de «Retórica» del célebre maestro Francisco de Escobar, que con grande apláuso habia enseñado en Paris y en Roma.

Fueron sus padres Diego de Mal-Lara, pintor de crédito y Beatriz de Ortiz, los cuales en 1563, ya muy ancianos vivian en Sevilla.

jes de la córte de Lóndres. Viajando por Europa, Tierra Santa é Indias occidentales, con el séquito y la pompa de los reyes, había conocido y tratado á todos los mejores prosistas, poetas y artífices del mundo.

Las envidiosas intrigas cortesanas lo proscribieron, confiscándole todos sus inmensos tesoros. Su hermosa mujer acabó sus dias en un cadalso, y sus cuatro pequeños hijos murieron en la cárcel. Huyendo de la muerte à que tambien fué condenado por el mismo inícuo tribunal, vino á refugiarse à la hospitalaria Sevilla, donde viviendo en la oscura condicion de pordiosero, salvóse de las manos alevosas de sus sangrientos perseguidores. El mendigo *Roberto el anglicano* era como nuestro Antonio Perez, un claro espejo de las duras vicisitudes de la vida humana.

IV.

A las once del dia venidero, el maestro Giron y muchos otros humanistas hispalenses, asistieron á los funerales de *Roberto el anglicano*. Sepultàronlo en decorosa tumba, en el suelo de la capilla mayor, junto á las gradas

del presbiterio, sobre la que en rico medallon de mármol blanco, el maestro Diego Giron puso un elegante epitafio latino en verso, que los siglos han borrado. En él esponía ligeramente los principales sucesos de su vida y sus raras desventuras.

El párroco regaló à su maestro aquel precioso autógrafo, titulado: *Vida de Roberto el anglicano.* Diego de Giron guardólo cuidadosamente entre sus mas curiosos libros inéditos. Perdióse, como todos los suyos, en su fallecimiento, acaecido en Sevilla, su pátria, el dia 24 de Enero de 1590, sin que despues nadie haya sabido de su paradero.

LAS DOS ESCULTURAS.

A las diez de la mañana de un hermoso dia de abril, del primer tercio del siglo XVIII, un clérigo, de finos modales, y dos caballeros, vestidos decentemente, llamaban á la puerta de una pequeña casa de barrio de Santa Marina, donde vivía un hábil escultor.

Una mujer vino á abrirla, dirigiéndolos al taller del artífice, el cual, ocupado en sus bellos trabajos, saludó amablemente à los recien venidos, y dándoles cómodos sitiales, les preguntó con tono afabilísimo.

—Señores: ¿en qué puedo serviros?

—No venimos juntos: aunque casualmente hemos entrado así, por llegar á un mismo tiempo al zaguan.

Contestó el eclesiástico.

—Bueno: pues diga, vuestra merced, lo que quiere: que luego lo dirán estos señores.

—Yo quiero, maestro, dijo el Sacerdote, una *Santa Catalina*, que tenga toda la verdad y la valentía que sabeis dar á vuestras aplaudidas obras.

—Mucho, muchísimo me favoreceis, padre mio, con vuestras benévolas calificaciones.

Contestó, risueño, el grave estatuario.

—¿Y vosotros, señores?

—Nosotros, dijo el mas anciano, queremos un *Simon Cirineo* para un Jesús de las Tres Caidas, donde luzcan la pericia y la severidad de vuestros ardientes cinceles.

—Gracias, caballeros, gracias por vuestros inmerecidos elogios. Una *Santa Catalina* y un *Cirineo*, continuó, son obras dificilísimas; pero veremos como salgo con ellas adelante. De aquí á seis meses, tal dia como hoy y à la misma hora: porque tengo mucho trabajo atrasado, vengan, vuestras mercedes, y con el favor de Dios, ya estarán concluidas, pues no creo que la sàbia doncella, mártir, que por su rara elocuencia cristianizó à cincuenta gran-

des filósofos gentiles, ni el varon fuerte que ayudó en sus duras fatigas al Rey del Calvario, me dejarán de ayudar á mí en tan árduas empresas.

El artífice, que es verdadero católico, recibe siempre del cielo la viva llama de la inspiracion y del entusiasmo. Por el contrario, el artífice incrédulo, es lo mismo que la marchita arrugada flor de los campos, falta de lozanías y de matices. Las ardientes saltadoras chispas de la fé nunca lo inflaman. Jamàs en sus creaciones, se vislumbra á Dios, ni al idealismo místico; sino á la tosca materia y á la grosera forma.

Mucho gustó al eclesiástico y á los dos caballeros el corto, pero sábio filosófico razonamiento del artífice.

A los seis meses, el mismo dia y á la misma hora prefijada, estaban á las puertas de la humilde casa del grande escultor Bernardo de Gixon, calle de San Luis, número 57, moderno esquina á la de Macasta, el Cura párroco de Santa Catalina y el Teniente hermano mayor y el secretario de la hermandad del Señor de las Tres Caidas de San Isidoro: aquel por la *Santa Catalina*, que luce en el altar mayor de su parroquia, y estos por el arro-*nte Cirinco* de su antigua piadosa cofradía.

Bernardo de Gixon al entregarles las esculturas con aire noble y franco les dijo:

—Señores ya veis que sé cumplir mis palabras. Ahí están las dos creaciones. Las he trabajado con la conciencia de un artífice y el entusiasmo de un católico. La posteridad las juzgarà.

PEDRO XARAMILLO.

I.

En el año de 1688, vivía en la calle de los Menores, collacion de la parroquia de Santa Cruz, un jóven, malísimo pintor, de feo rostro y tosca compostura, llamado Pedro Xaramillo, el cual deshonraba la Escuela Sevillana, entonces tan floreciente, con sus visibles grotescos mamarrachos.

Habitaba en la casa principal, casi frontera, una dama, la cual al lustre de su vieja alcurnia, juntaba claros talentos, extremada hermosura y cuantiosas riquezas. Era una de

las mugeres mas halagadas, no solamente en Sevilla, su pátria sino de toda Andalucía. Almirantes Reales, Artilleros Mayores, Maeses de Campo, Presidentes de Audiencias, Comendadores de las órdenes militares, Títulos de Castilla y otros varios personages suspiraban por ella y pretendía su mano. Pero á ninguno correspondió jamás, porque viendo al lado de sus buenos padres, se hallaba muy contenta y feliz, en su estado de soltera.

El jóven pintorzuelo, apasionadísimo de sus raros encantos, de sus gentiles atractivos, creyéndose, neciamente, digno de tan encumbrada magnífica señora, la atizbaba y perseguía, con las miradas, desde la puerta y las ventanillas de su humilde casa y hasta desde el oscuro centro de su olvidado taller.

No contento, Pedro Xaramillo, con cométer estas demasías, con hacer estas imprudencias, llevaba su fátuo atrevimiento hasta el punto mismo de mandarle flores, dedicarle *versillos* y escribirle cartas amatorias: *señora de mi vida: estrella de mis ojos: luz de mi alma: dueña de mis pensamientos* y otras frases de la misma estofa, otras palabras del mismo género, con las que la bellísima señora, reía à carcajadas.

Fastidiada la altiva dama, con estos diarios desacatos, hechos á su persona y gerarquía, por un miserable pintorcillo, sin títulos ni merecimientos de ninguna clase, juró, dentro de sí misma, burlarse del mamarrachista, vengàndose á mansalva de sus impertinentes fastidiosas pretensiones.

II.

Un mártes del mes de diciembre, á las once de la mañana lo mandó llamar con un page para que la retratara. Loco de alegria, nuestro pobre Xaramillo, pertrechado de paleta, pinceles, espátulas, tiento, caballete y tintas, corre á su casa.

Inflamado de amor, entra por sus puertas, pasa su zaguan y corredores y, al ir subiendo su ancha descansada escalera, oye una riente voz femenina, que le grita:

«¡Xaramillo: agua va!»

Sobrecojido el ànimo de Xaramillo, con aquel grito inesperado, encogiéndose de hombros, recibió, sin saber de quién, ni cómo, so-

bre su cabeza, brazos y espaldas, un copioso terrible diluvio, que lo empapó, de arriba á abajo.

Desde el cuello hasta los piés,
Queda el pobre chorreando:
Como grulla que se baña,
Allà, en los mares salados.

Temblando de frio y arrojando, como una ballena, agua por todas partes, quedó el malvado pintamonas: pero, con teno vigoroso prorrumpe de esta suerte:

¡Ay; ay: San Telmo bendito!
Aguanoso ha sido el chasco:
Si el chaparron continúa,
Tengo que salir, á nado.

No bien, Pedro Xaramillo, hubo acabado de pronunciar esta estrofilla, cuando dirigiendo sus turbios mojados ojos á las paredes, lleno de pavoroso espanto, leyó una que decía así:

No subas, no: Xaramillo:
Vuélvete atràs como un gamo:
Porque tremenda paliza,
Arriba te está esperando.

Atónito, convulso y pálido, con lo que le estaba sucediendo, mas velóz, que un rayo, baja presuroso la escalera y tirando al vuelo el caballete, la paleta, los pinceles y todos los demás útiles, que llevaba consigo, poseido de fé católica, á fuertes voces esclama:

—*«¡Virgen Santa del Socorro: de buena me habeis librado!»*

III.

Con mucha mas velocidad que corre el galgo tras de la liebre, cuando la encuentra en estendida llanura, Xaramillo se plantó en la calle y con menos de diez saltos, ya había tomado impune seguro asilo, bajo los humildes techos de su casa.

El miedo algunas veces, lejos de entorpecer y retardar los movimientos corporales, les dà prontitud y energía, para que se pueda ejecutar con mas rigor y rapidéz. Esto succedió á nuestro burlado pintorzuelo.

La dama, sus padres y criados, motàndose

de las sandeses del torpe pintamonas, pasaron divertido algunos dias.

Abochornado Pedro Xaramillo, dejando la casa, en que hubitaba, fué á domiciliarse al barrio de San Gil, junto à la Macarena, para no oir las risotadas; ni ser el blanco de las burlas de su vecina.

Cada oreja con su pareja.

NOTA.

En la pàgina 98, donde dice: el desgraciado cadàver: léase «el desgarrapado cadáver.»

LAS CADENAS DE UN CAUTIVO.

I.

Casi todas las mañanas de los años de 1541 y 1542, á los ocho, un clérigo, de arrogante figura y finísimas maneras, saliendo de la calle de los Beatos, hoy de Duque Cornejo, entraba en la parroquia de San Julian, por su puerta del lado de la Epístola. Despues de tomar, con mucha reverencia agua bendita, dirigíase á los piés del retablo de Nuestra Señora de la Hiniesta, Patrona y Madre amorosísima de los infelices cautivos bajo la cruel cimitarra de los bárbaros Sultanes de Berbe-

ría. Arrodillado y en cruz estaba largo tiempo orando devotamente. El cura párroco solía venir algunas mañana à saludarlo con mucho respeto y cortesanía. Los sencillos vecinos de aquel barrio se llenaron de curiosidad.

Vino el año de 1543, y el sacerdote no volvió mas á la Iglesia de San Julian. Con esto se avivó sobremanera la vehemente curiosidad de aquellos humildes feligreses. Todâs las mañanas lo esperaban ansiosos; pero en valde. El sacerdote nunca parecía, siendo para ellos un hondo y oscuro arcano.

II.

A los cuatro años no cumplidos, (1547) cuando ya nadie se acordaba del Ministro del Altísimo, entró en San Julian, á la misma hora y por la misma puerta, acompañado de un hermoso mancebo, vestidos entrambos de penitentes. Traian en sus manos gruesas y retorcidas cadenas de cautivos, las cuales, cantando llenos de alegría un bellísimo himno intitulado: «Las cadenas del cautivo,» que el

tiempo ha perdido infortunadamente, compuesto por el sacerdote, colgaron en el altar de Nuestra Señora de la Hiniesta.

Eran el beneficiado de la parroquia de San Andrés Fernando de Herrera (gloria de nuestro parnaso) y un sobrino suyo, que habia salido milagrosamente, de las horribles mazmorras de Tetuan por la tierna solicitud de la Vírgen Santísima.

II

LOS DESCONOCIDOS.

Todos los domingos, por la tarde, de una cuaresma de principios de este siglo, concurrieron à la ancha iglesia de un convento de monjas de Sevilla, para oir los edificantes sermones de un docto misionero franciscano, dos militares, los cuales jamàs habiànse conocido. El de mas años tenía un continente noble y severo: el otro un aire dulce y tranquilo.

Una tarde el sábio misionero, pintó hàbil-

mente con todas sus negras tintas, con todos sus fatídicos tonos, con todas sus tremendas lejanias, el horrible cuadro político de Europa, en el último tercio del siglo pasado. presentando à Voltayre, á Rousseau, á la revolucion francesa y á sus bárbaros impíos corífeos, llamándolos con mucha oportunidad «los azotes de Dios,» en su verdadero punto de vista.

El numeroso auditorio, al escuchar las elocuentes palabras del predicador, derramaba rios de lágrimas. Las religiosas, en el coro, hacian lo mismo. Solamente dos hombres acostumbrados à los peligros y familiarizados con las tribulacione , firmes, como las rocas de las montañas, dejando pasar las claras lumbres, los altos arranques, los conmovedores vaivenes de la oratoria sagrada, permanecian tranquilos.

II.

La última tarde, concluido el sermon, dándole la mano muy apretada y cariñosa, le dijo el de mas edad al otro:

—«Compañero: quiera el cielo, que ya que hemos tenido el gusto de conocernos en esta santa morada, volvamos, algun dia, á vernos sobre la tierra. Quedaos con Dios.»

Separáronse. El denso velo de la ausencia corrióse entre los dos. Cada cual siguió su destino. Como las hojas secas de los àrboles, que caidas de las ramas al suelo, desperdigan los bravos uracanes; no volvieron á juntarse ni à verse en el mundo.

III.

El uno, capitaneando un buque de guerra, pereció en el combate de Trafalgar. El otro, mandando una batería, murió en las calles de Madrid.

Era el primero, Cosme Damian de Churruca, honra de nuestra Armada naval. Era el segundo, Luis Daoiz, gloria de la artillería española.

LAS PAREDES OYEN.

I.

El martes 4 de Junio de 1652, á las doce de la noche, en la calle de Tinajas, collacion de la parroquia de Omniun Sancturum, (vulgo barrio de la Feria), bajo la ventanilla alta que hay antes de la casa número 1.º moderno, (1) Sebastian Hernandez, vagamundo aguardien-

(1) Esta ventanilla ha desaparecido por la reciente obra de albañilería que le han hecho á la casa, en su fachada.

tero, hijo de la Feria uno de los mas rabiosos é insolentes amotinados, hablaba en voz [illegible]o baja con su antiguo camarada Francisco Portillo, y otros proletarios de su mismo bando, diciéndoles:

«Ahora muchachos, vamos à matar á todos los cornudos, á todos los ricos de Sevilla, que viven en medio de las abundancias y de los placeres.»

—Sí: por supuesto, Sebastian, le contestó Portillo. ¡Buena se la tiene armada nuestro gefe el doctor Filgueiras! De esta hecha ninguno escaparà de nuestras manos: todos van à largar el pellejo.

—¡Bribonazos! ¡ay de ellos! esclamó con tono destemplado y agrio, uno de narices caidas: van á pagar todas juntas las que nos deben. Ya verà *Escupe-doblones*, el Señor del barrio de Santiago, el Viejo, como le dominamos la altanería. ¡Valiente hombre! pues no se ha creido el muy pícaro que somos los pobres plebeyos, negros de Guinea, segun lo malamente que nos trata cuando trabajamos en sus casas, en sus cortijos ó en sus haciendas! Ya verá él lo que le espera mañana en la noche.

—Corramos, corramos, dijo el vagamundo aguardientero, à derribar el gobierno de los

tunos, que nos venden el pan á seis reales la hogaza y todo lo quieren para ellos y nada para nosotros.

—¡Viva el Rey y muera el mal gobierno! Esclamaron todos juntos á una voz, sacando al aire sus puñales y sus dagas.

II.

Una vieja, llena de asombro, había estado escuchando, desde la consabida ventanilla, toda la horrible conversacion, toda la trama infernal de los perversos. Movida la buena anciana por el cristiano deseo de salvar la vida de su bienhechor *Escupe-doblones*, hombre piadoso y rico, el cual vivia en la plazuela de San Leandro, esquina á la calle Imperial, (1) en cuya hermosa casa estaba una hija suya, sirviendo de costurera, olvidando sus años, sus achaques y la turbulenta situacion de Sevilla

(1) Es la casa principal de la calle del Cardenal número 11, moderno, collacion de la porroquia de Santiago el Mayor, vulgo el Viejo.

en aquella horrible noche, fué á avisar prontamente á *Escupe-doblones* del gran peligro que corria su vida, por lo que acababa de escuchar de los inmundos lábios de la embrovecida plebe, al pié de la ventanilla de su habitacion. *Escupe-doblones* regalóla abundantemente por su buena noticia y su santa obra, haciéndole que se quedara en su casa.

III.

Eran las once de la noche siguiente.

La luna, entre oscuras sombras, ocultaba su pálido semblante. Un sordo murmullo, como el que hace el aire cuando agita las hojas de las selvas, oíase dentro de los muros de la desventurada Sevilla. Todo era luto y llanto, ayes y sollozos. Los frailes y las monjas, entonando en sus coros, solemnes cànticos, pedian á Dios templàra su ira.

El infame Sebastian Hernandez el aguardientero, seguido de una turba numerosa de malvados, presentóse delante de la casa de

Escupe-doblones, gritando con descaro y desaforadamente así:

—*Escupe-doblones*, gran cornudo, abra V. la puerta de su casa, que venimos á hacerle una gran visita. Cuidado, que si no la abre por la buena le vamos á pegar fuego.

Una nutrida y certera descarga de arcabucería fué la única justa contestacion que dió *Escupe-doblones* á tan insolente mandato. Los truanes atemorizados, huyendo para salvar sus vidas, en todas direcciones, dejaron unos muertos y otros heridos en la plazuela de San Leandro à diez de sus viles cómplices.

Entonces nuestra buena vieja colmada de alborozo, saliendo con un farolillo encendido en la mano, á una de las anchas ventanas altas de la casa, les dijo de esta suerte:

—«*¡Malditos: las paredes oyen. No: no matareis á Escupe-doblores: pues Dios lo salvará de vuestras rabias y de vuestros puñales!*»

NOTA.—En la página 111, donde dice el malvado pintamonas:» léase «el malhadado pintamonas.»

LA MESA DEL REY.

I.

En los primeros años del último tercio del siglo XVIII, á las doce de la noche del dia despues que se ejecutaba alguna justicia en Sevilla, cuyo reo era condenado por ladron en cuadrilla à que los cuartos colgàranse en los caminos, un hombre alto y airoso, cubierto con un ropon negro, saliendo por la puerta de Carmona, pasaba por la alcantarilla de las madejas, dirigiéndose hácia la Cruz del Campo.
Las horas, los sitios y la magestad con que

caminaba fijaron la atencion de un celoso Cuadrillero de la Santa Hermandad, que vivía junto al monasterio de San Benito.

Una de las noches siguiólo à larga distancia. Llegado el hombre del ropon negro à la Cruz del Campo, arrodillóse y estuvo orando breve rato. Mas avivada con esta ocurrencia la curiosidad del Cuadrillero, sin ser notado, prosigue siguiéndolo.

No lejos de la *Mesa del Rey* (1) comenzó el personaje desconocido à rezar con tono bien inteligible *Padre Nuestros* y *Ave Marias* de *Requiem*. Nuestro Cuadrillero favorecido por los paralelos contigüos olivares, á su sabor lo iba espiando. El personaje, hincado de rodillas á los piés de la *Mesa del Rey* estuvo mas de media hora en profunda y religiosa meditacion.

Levantóse, apoyó sus manos en los bordes de la *Mesa*, besóla tres veces y santiguándose se volvió otras por el mismo camino que había llevado.

Adelantándose el Cuadrillero con el decidido

(1) Formada de un durísimo banco de argamasa, en la que en aquella época y mucho despues, descuartizaban á los ajusticiados por ladrones cuatreros. Está sobre la mano izquierda del camino real de Madrid, cerca de la venta de Amate, á media legua corta de Sevilla

intento de saber ya, quién era; lo esperó en el puente del arrollo del Tamarguillo, mas acá de la Huerta de Rani las.

Al acercarse el personaje, poniéndose en medio del camino, le dijo:

—¡Alto allà!

El hombre desconocido, paróse con fria calma, esperando tranquilo el desenlace de aquella estraña aventura.

—¿Quién sois?

—Aproxímate y lo veràs.

II.

Entonces el cuadrillero, dando algunos pasos hácia el hombre del ropon negro, el cual ya lo habia tirado al suelo, conoció lleno de sorpresa, al sàbio señor D. Gaspar Melchor de Jovellanos, Alcalde de la Cuadra del Crímen de esta Real Audiencia de Sevilla, (1) Turbado con su ràro encuentro, le dijo humildemente:

(1) Tio de mi difunto padre el Sr. D. Juan Lorenzo Gomez del Robledo.

—Siento en el alma, Señor, haberos incomodado y ofendido. Pero perdone V. S., pues no he hecho mas sino cumplir con mis sagrados deberes de Cuadrillero de la Santa Hermandad.

—No lo sientas. Tú has hecho lo que debes como Cuadrillero de la Santa Hermandad. Yo voy à hacer ahora lo que manda la noble y generosa sangre càntabra que circula por mis venas.

Sacando de su bolsillo una onza de oro se la entregó añadiéndole:

—Adios, buen Cuadrillero: cumple siempre así en el servicio público y seràs amado de tus Alcaldes y de tus Provinciales. Ádios.

El cuadrillero, haciéndole respetuosas cortesías, obedeció retirándose prontamente.

Como hemos visto el ilustre señor don Gaspar Melchor de Jovellanos, durante el tiempo que estuvo en Sevilla de Alcalde de la Cuadra del Crímen tenía la piadosa costumbre de ir como cristiano católico, á la *Mesa del Rey* á pedir á Dios por el descanso eterno de las almas de aquellos, que, como recto juez, había condenado por sus delitos á la última pena. ¡Devocion laudabilísima, que honrarà eternamente su buena memoria!

LA HUERFANITA MENDIGA.

IBA una tierna criatura, una pobre niña por las calles de Sevilla, cubierta de harapos, traspasada de frio y desfallecida de hambre, pidiendo limosna de puerta en puerta. Vela un matrimonio rico y compasivo. La llama: la acaricia: le pregunta su nombre: la lleva consigo: la viste: la sienta á su mesa, le mulle blando lecho y la adopta por hija. Su suerte cambia de improviso: su condicion varia repentinamente. Aquella triste niña, que,

sin vereda ni camino, como la hoja seca, arrastrada por los vientos, andaba por el mundo, à merced de la azarosa fortuna, encuentra en sus nuevos padres amparo y amor.

II.

¿Quién ha cambiado su destino?

—Jesucristo.

—¿Con qué?

—Con su misma sábia doctrina; con sus mismos santísimos ejemplos.

—¿Cómo?

—Desatando en el corazon humano claras fuentes de beneficencia y de caridad; limpios caraudales de largueza, de generosidad y de cariño, que unen al hombre con el hombre en dulces y estrechos lazos.

—¿Dónde?

—En su divino libro el Evangelio.

—¿Nadie había hecho esto?

—*Nadie.* Ni la avarienta Tiro, ni la orgullosa Atenas, ni la soberbia Roma, ni la tenaz Cartago, alargaron sus frias manos à la des-

ventura ni á la horfandad. La pobreza era en aquellas grandes naciones, que han hecho tanto ruido, en los anales del linaje humano, un título de mengua, nna marca de oprobio, un baldon inaguantable. ¡Solamente el generoso Rey del Calvario, sentandolo á su mesa, puso, en las arrugadas sienes del mendigo, la corona inmarcecible de la gloria y de la inmortalidad!

LOS DOS COMENDADORES.

I.

En el año de 1548 vivian en Sevilla el comendador Luis Bravo y el comendador Arévalo, magníficos y acaudalados señores. Entrambos frecuentaban las pocas pero escogidas tertulias ó reuniones nocturnas, que entonces había en Sevilla. Entre todas sobresalía, por la calidad de los concurrentes, la del erudito don Francisco de Guzman, marqués de la Algaba, marido de doña Brianda de Rivera, establecida en su rico palacio barreruela

Omnium Sanctorum. (1) En aquellos anchos salones, hoy tan silenciosos, resonaron las músicas acordadas ó escucháronse con sumo placer de los oyentes, las comedias de Juan de la Emina, de Mal-Lara y los versos de los poetas sevillanos Medina, Giron y Herrera.

Allí juntábanse amigablemente la inteligencia y la belleza sevillanas. Allí las hermosas damas lucian sus encantos y sus galas. Era una de ellas la lindísima doña Beatriz de Aleman, parienta cercana del memorable escritor Mateo de Aleman.

Habia dos años que estaba en relaciones amorosas con el comendador Luis Bravo: cuando una noche fué presentado por los caballeros Anton Martin de los Patorcillos y Luis de la Santofimia, á los señores marqueses de la Algaba, en su palacio de la Feria, el comendador Arévalo.

No bien Arévalo hubo visto la gallarda belleza de doña Beatriz de Aleman quedó ciegamente enomorado de ella. Durante el tiempo de la tertulia supo por Luis de Ricassoli las relaciones de aquella dama con el pundonoro-

(1) ¡Qué lástima! No hace muchos meses que la pobre ignorancia ha encalado la preciosa fachada de su balcon principal.

so comendador Luis Bravo. El alma de Arévalo ardía en fuertes arrebatos de ira contra su compañero, el cuál estaba inocente y ageno de todo.

Concluida la tertulia, salieron juntos à la calle: cuando venian por la de Bancaleros, Arévalo, de una manera brusca y descortés desafió *á muerte* à Bravo, quedando aplazado el duelo para la noche siguiente, *entre las doce y la una*, en el muro del convento franciscano de *Nuestra Señora del Valle*, collacion de la parroquia de San Roman, (1) donde concurrirían con

---

(1) En este tiempo lo habitaban unas beatas llamadas de Santa Catalina de la Penitencia, despues los religiosos terceros de San Francisco, hasta que en el año de 1567 á 9 de setiembre tomaron posesion de él los religiosos observantes de la provincia de Andalucía, en los cuales estaba cuando la exclaustracion general en 1835.

Hoy, despues de haber atravesado los arrasadores uracanes de la revolucion, que, derribando sus claustros, profanaron sus celdas, albergues pacíficos de santos y doctos varones, sirve de convento á las esclarecidas religiones del «Sagrado Corazon de Jesus,» dedicadas á la enseñanza de niñas. ¡Quiera el cielo regar, con su benéfico rocío, á este nuevo y puro lirio: para que Sevilla disfrute, años y años, de sus perfumadas gratísimas fragancias!

Para ensanchar el convento ha sido el muro tapiado recientemente.

sus padrinos y el portador de las espadas.

II.

Entre las doce y la una
Anda la mala fortuna.

Eran las doce y cuarto de la noche del dia 16 de Mayo de 1548. Los muros del convento de *Nuestra Señora del Valle* se encontraban solitarios. La luna, rodeada de trasparentes nubecillas, lanzaba à tierra tibios destellos. De cuando en cuando los lamentos de las aves nocturnas, anidadas en los viejos castillejos de aquellas murallas, venian á romper tan hondo silencio. Cinco hombres embozados en sus capas, formando corrillo, hablando de quedo. Eran el comendador Luis Bravò, parroquiano de San Vicente, y su padrino el mariscal Diego Caballero, vecino de Santa Cruz, el comendador Arévalo, feligrés del Sagrario y el suyo Domingo Lopez Barreto, Factor del Rey de Portugal, vecino de la Magdalena, y Leo de Bonhomo, tesorero del duque de Medina-Sido-

nia, parroquiano de S. Miguel, que traia las espadas.

No tardó mucho tiempo sin que estas comenzàran á blandirse por los dos valerosos combatientes. Luis Bravo, mas diestro en la esgrima que Arévalo, dió á este, á los primeros golpes, una profunda estocada en el hombro derecho, de la cual cayó al suelo, revolcándose en su sangre. Levantóse prontamente, y volviendo à tomar la espada, dijo con tono brioso y altanero:

—Comendador Bravo: me habeis herido. Pero sigomos peleando hasta la muerte. No, no será vuestra doña Beatriz de Aleman.

En esto unas luces opacas y unos ecos misteriosos qse se acercaban, por la parte de la puerta de Osario, vinieron à cambiar de repente aquella triste escena.

Todo era obra de Dios, revelada á su humilde sierva la venerable beata doña Luisa de Valdés, vecina de la collacion de San Pedro el Real.

Aquella fatídica procesion fué acercàndose màs y más. Venia delante la manguilla de la parroquia de San Roman. Seguiánla, en dos filas, veinte sayones vestidos de negro con velas amarillas encendidas en las manos. En medio de las dos hileras traian dos atahudes ta-

pados con balletas negras, delante de los que un corpulento sayon, tambien vestido de negro, tocando una destemplada campanilla, con voz asustadora gritaba:

—Para hacer bien y decir misas por las almas de los comendadores Bravo y Arévalo que van à morir en desafío.

Esta horrorosa plegaria, atemorizó de tal manera á los comendadores, que pusiéronse maquinalmente en precipitada fuga, como tambien todos los que le acompañaban. Parados en la plazuela de San Roman, Leo de Bonhomo, varon piadoso, les habló de esta suerte:

—Señores: ¡loado sea Dios! Lo que acabamos de ver en los muros del *Valle,* es una de sus maravillas incomprensibles, de sus grendes misericordias. No quiere qne el pecador muera: sino que se convierta y viva. Arévalo, Bravo, el Señor os llama à penitencia. Hacedla. No desoigais sus voces paternales. Ni nosotros tampoco, que hemos venido a tomar parte en este palenque gentílico, de este desafío. Hagamoa todos penitencia para templar la justa cólera del Cielo. El cristiano debe ser humilde, despreciando altamente las falsas ideas del siglo, los engañadores desvaríos del mundo. El duelo no es para un seguidor de Jesucrito, que perdonó á sus mismos

verdugos: sino para un secuaz de Saturno, que despedazó á sus mismos hijos.»

Este sentido díscurso tuvo grande acogida entre los oyentes. Llenos todos de religiosa amargura lloraron sus culpas, retirándose à sus casas, para seguir los caminos del mas firme arrepentimiento.

Toda Sevilla, sin saber como, supo el desafío de los dos comendadores, habiendo sobre sus causas y resultados, en la tertulia de los Marqueses de la Algaba, muchas ponderaciones y hablillas propias de tales casos.

A los cuatro dias recibió el comendador Luis Bravo una carta de doña Beatriz de Aleman, escrita con conocimientos de sus padres, en la que reprendiéndole ágriamente su ligereza en haber admitido y ejecutado el duelo à muerte con el comendador Arévalo, cortaba para siempre relaciones.

De esta manera castigaban las damas de aqdellos tiempos los deslice y los arrebatos de sus novios. Despues de haberse, bajo todas luces, ventilado el asunto en Consejo secreto de familia, concluian con ellos de una vez. ¡Siglos de pundonor y caballsrismo: cuán pocas señales habeis dejado, por desgracia, entre nosotros!

Nota.

En la nota de la página 134; donde dice religiones: léase: «religiosas.»

LA MISA DE ESPÍRITU SANTO
Y LA DE REQUIEM.

I.

Al amanecer de un hermoso dia de agosto de 1519, en la ya, por la trastornadora revolucion, derribada iglesia del convento de Mínimos de Nuestra Señora de la Victoria, en Triana, comenzóse à celebrar una misa de Espíritu Santo. Los tañidos del campanario, los ecos del órgano y los cantos de los religiosos, mez-

clados con los rezos de los inumerables fieles allí reunidos, hacian una grave y patética consonancia. En el centro de la iglesia unos cuantos hombres de mar, confesados y comulgados, puestos de rodillas con los brazos en cruz y las caras levantadas al cielo oraban fervorosamente. Entre ellos sobresalía uno, que por su noble y gallarda presencia y sus ricas y elegantes vestiduras indicaba ser el gefe.

Concluida la misa, en procesion, salieron todos del templo. Iban delante varias hermandades con sus guiones, sus oriflamas y sus sin-pecados, seguíanlas los nàuticos en dos hileras, yendo el jefe en medio de ellas, y cerraba la procesion la respetable comunidad de la Victoria, dirigida por su Prelado, cantando las *Letanías* de los Santos. Detrás venía, atraida por la curiosidad una numerosa muchedumbre de gentes de todas clases y condiciones.

Llegada á orilla del rio Guadalquivir, llamada el puerto *Camaronero*, una nao con galanos paveses los aguardaba. Habiendo, pues, hecho alto en aquel sitio el Prelado, rociándola con agua bendita, recitó en alta voz algunas oraciones. Poco despues fueron él y todos los religiosos abrazando cordialmente uno por uno á los marcantes en medio de las lágrimas, de

las aclamaciones y de los vivas del inmenso gentío que los rodeaba.

Embarcándose los hombres de mar en la nave, preparáronse para su salida. Entonces el prelado, acercándose más á la barranca del rio, reinando en todas partes un profundísimo silencio, con tono dulce y apostólico les habló así:

—«Hijos mios: el Señor os acompañe en vuestras arriesgadas navegaciones. Valor en la heróica empresa, que ya habeis comenzado. Descubrid y agregad á la corona de España nuevos mares, nuevas islas, nuevos golfos, nuevos estrechos, nuevos vasallos para que todos juntos canten las glorias del Altísimo y alaben vuestras conquistas. No os olvideis nunca de la piadosa Sevilla, ni de esta Santa Comunidad à cuyo frente sin merecerlo me veo. Volved pronto. Nuestros brazos os recibiràn con amor y nuestros corazones con entusiasmo. Id. con Dios, hijos mios.»

II.

Al acabar estas tiernas palabras, la nao

rompió, viento en popa, su magestuosa carrera. Los marcantes y sus gefe bajando y subiendo las manos y las cabezas se despedian afectuosamente de todos, mientras que miles pañuelos de varios colores, agitados por los aires, les daban el último *adios*.

A los pocos años, en la misma iglesia del convento de la Victoria de Triana, levantàbase un modesto túmulo con la leyenda siguiente, escrita en su frontis:

Á Fernando de Magallanes,
Insigne navegante:
Valeroso descubridor del estrecho
Que lleva su nombre
Muerto en una isla desconocida.
La Comunidad de Mínimos de Nuestra Señora
de la Victoria, de Triana,
Llora su mala suerte:
Pide á Dios por su descanso
Y le erige este sencillo monumento.

Durante la misa de Requiem las campanas plañian, los religiosos cantaban en el coro, y el inmenso gentío que llenaba el templo dirigía sus preces al Eterno por el alma del ilustrado Fernando de Magallanes, malogrado en medio de sus gloriosos triunfos nàuticos.

LA CASA DE LA CANTIMPLORA.

I.

Sevilla es una rica leyenda. Los siglos, las razas han ido dejando en ella marcadas señales, manifiestas semblanzas, claros monumentos de sus ciencias, de sus artes, de sus leyes, de sus costumbres y de sus creencias religiosas. Sevilla fenicia: Sevilla griega: Sevilla cartaginesa: Sevilla latina: Sevilla goda: Sevilla sarracena y últimamente Sevilla cristiana: presentando á la vez los varios tipos y los encontrados gustos de estos pueblos famosos, es; vuelvo á repetir, una palpitante y continuada leyenda.

Cuando á los conquistadores, bien por la feracidad del suelo, la dulzura del clima, ó la mansa índole de los habitantes, les agradan los territorios, que somenten al dominio de sus espadas, van poco á poco, asimilándose con sus costumbres, con sus apetitos y con sus necesidades, de tal manera, que llegan con el tiempo á confundirse, formando una sola familia con ellos. Vencedores y vencidos son ya todos unos. Ya no hay diferencias, ya no hay privilegios, todos son iguales. Verdad muchas veces testificada por la historia de las edades, por la crónica de los descubrimientos y de las conquistas.

En la collacion de la iglesia parroquial de Santa Cruz, de Sevilla, demolida por los franceses en 1810, bajo la direccion del famoso aniquilador Mr. Mayer, de execrable memoria, cercana à la misma hay una solitaria plaza, llamada de los Refinadores, donde el corazon menos lastimado por los infortunios, entrégase involuntariamente á la tristeza y à la melancolía. Las hortigas, las malvas y los jaramagos crecen en su suelo. Defiéndenla por Oriente antiguas robustas murallas, erigidas por los romanos, y restauradas por los sarracenos durante sus largas dominaciones. Humildes casas la ce c n por l s otros lados.

Como embutida en un rincon de esta plazuela mírase una casa (la del núm. 7 moderno), ya olvidada de todos por el ligero paso de los siglos. Ni portadas, ni columnas, ni pilastras, ni blasones la embellecen. En ella no lucen la arquitectura, ni la heráldica sus bellas galas. Solamente de un balcon y del pretil de la azotea, ambos encima de la puerta, compónese su pequeña fachada.

Esta casa, como otras muchas que Sevilla todavía conserva salpicadas aquí y allí, es una curiosa antigualla. Pertenese à las que Don Alonso el Sàbio, el 1.º de Mayo de 1291, repartió entre los doscientos caballeros campeopanes de la valiente mesnada que su Santo padre trajo á la conquista de Sevilla. En el siglo XVI y en el XVII le llamaba el vulgo «La Casa de la Cantimplora.» (1) En ella vivió hasta su muerte, ocurrida el dia 1.º de Setiembre de 1657, la hermosa jóven, la gentil señora doña Ana de Arguijo, la cual unía al lustre de su prosapia, unos talentos y unos estudios nada comunes. (2) Bajo los techos de su casa, co-

---

(1) No he podido averiguar el verdadero orígen de este estraño nombre, ni el año que comenzaron á dárselo.

(2) Parienta del gran «Cantor» del Guadalquivir,

mo en sábio Ateneo, congregàbase diariamente para tomar unos de otros luminosas enseñanzas y doctísimas reglas, todos los buenos prosistas, poetas y artífices que entonces florecian en Sevilla, á los cuales trataba doña Ana con el mas delicado cortesanismo.

Por las noches concurrian á su tertulia las mas nobles y elegantes damas de Sevilla. En ella, la gentil Sancha de Alba, la hermosa Inés de Armenta, la hechicera Blanca de Lara y la bella Leonor de Silva, lucían gallardas sus embelesadoras gracias, sus divinales atractivos. Pero entre todas sobresalía la lindísima doña Ana de Arguijo, la cual era la pintada rosa de los prados, el blanco lirio de la Osmosethania. Tan amable como ingénua, tan modesta como sábia, era la esperanza de sus déudos y el galadon mas rico de Sevilla. El poeta Diego Mexía, aficionado à Ovidio, la amaba secretamente, comparàndola à sus solas, con la graciosa Julia, cuyos fatales amores llevaron al Ponto, á aquel infortunado vate. Francisco de Rioja estaba en el secreto. A él úni-

---

Don Juan de Arguijo, Veinticuatro de Sevilla, marido de doña Sebastiana Perez de Guzman y Botti. Murió soltera. Fué sepultada al dia siguiente 2, en la bóveda de la Hermandad Sacramental de la dicha iglesia de Santa Cruz.

camente le hablaba Mexía de doña Ana refiriéndole y haciéndole patentes las vivas ánsias que sentía dentro de su corazon por poseer su mano.

II.

Era una hermosa noche del mes de abril. La luna reverberaba sobre la pintoresca Giralda. El Guadalquivir corría lentamente. El aire apenas mecía las flores de los campos, cuando el enamorado Diego Mexía, sentado en una desmochada robusta almena de aquellas murallas, las cuales tambien habian oido, en otros siglos, las quejas y los llantos de los poetas romanos y de los trovadores sarracenos, con desfallecida lira le dirije á la de Arguijo esta sentida plegaria.

Ana bella, linda vírgen:
Asómate à la ventana,
Que aquí te espero anheloso,
Llorando mi pena amarga.

Por Jesus, el Nazareno,
Concédeme ya esta gracia;
Pues sino ¡ay de mí! la muerte
Será mi única esperanza.

En el bosque y la pradera
Los sonidos de mi arpa
Jamás dejarán acordes,
De murmurar entre acásias.

En mis sonetos, tu gloria
Resonará: en mis octavas,
De la ilustre Ana de Arguijo,
Cantaré las prendas raras.

Yo llevaré tu belleza
A las mas opuestas playas;
Ni los hombres, ni los siglos,
Nunca podrán olvidarla.

Vuelve á cantar el poeta. La ventana de su Venus fuese abriendo poco à poco, sin hacer el mas leve ruido. Un pañuelo blanco agítase en los aires, llamándolo. Diego Mexia fuera de sí, no sabiendo lo que le pasaba en aquellos supremos instantes, vuela ciego, loco llega à los piés de la ventana, y ¡ay de él! escucha de los mismos lábios de doña Ana estas desengañadoras frases:

«En tus melífluas jàcaras. Mexia conócese

muy bien que manejas á Ovidio y á Petrarca con mucho provecho tuyo. Pero desengáñate. Yo no soy Julia, ni tampoco Láura. Por lo tanto suplícote, con todas las veras de mi corazon, que dejes esas alabanzas, que abandones esos elogios que tan inmerecidamente me haces, que tan injustamente me diriges. Por otra parte, Mexia, nunca podria corresponderte: porque mi mano tiene ya ofrecido futuro dueño en el nobilísimo señor de la Palma, Gelo, Puñada y Goyéra. Es vate como tú, galan y caballero, de la ilustre y preclara familia de los Alcázares. A tus deséos Mexia, quito el pávulo. Niégote toda esperanza. Yo lo siento. Pero no puedo tratarte sino como amigo, á menos de ser liviana. ¿Quieres tú que yo me manche con este negro borron? Tú no ignoras, ni ninguno de los nobles mancebos, que frecuentando mi casa, me honran con sus visitas, que con grande sentimiento mio, no escuché las blandas voces, llenas de tanto cariño, que taladraban mi pecho, ni los delicados y amorosos halagos de Murillo, de ese mozo de tanta fama, de ése jóven celestial que, ya pintando la beatitud del cielo ó ya diseñando la galanura de la tierra, tanto embeleza y estasía.»

Al acabar doña Ana estas últimas palabras

hincando Diego Mexia la rodilla en tierra le dijo:

«Yo, Señora, á pesar de todo lo que he oido de vuestros lábios, solo quiero, solo ansío vuestro sí.»

«Cálla, calla: levántate: mi corazon tiene ya dueño en el señor de la Palma.»

Entonces, Diego Mexía, con la vehemencia y el calor de un amante desengañado le dijo así;

«Adios, mujer hechicera, sé feliz con el señor de la Palma: mientras yó viviré lleno de amargura. Adios.»

Y lastimero y lloroso se alejó para siempre de aquellos lugares melancólicos.

II.

Era una sala bastante esparcida y bien amueblada. Veíanse en sus paredes colgados los estimables retratos de los mejores prosistas y poetas sevillanos. Cuatro grandes estantes, con puertas alambradas, guardaban cuidadosamente las obras clàsicas de la antigüe-

dad, de la edad media, de la restauracion y de los tiempos contemporáneos. Sobre una ancha y rica mesa, de herraje, un lindísimo crucifijo de Torrigiano, varios mosáicos de Itàlica, de Emérita Augusta, de Caura Bética y de Carissa Aurelia, unos pedazos de alerce de la Aljama de Sevilla y algunos otros objetos curiosos la avaloraban sobremanera. Uga magnífica arpa, descansaba reclinada en un rincon de la sala. En su testero miràbase un limpio lecho con preciosas mantas y almohadas de Marruecos y sàbanas de rico y blanco lino de Holanda. En él estaba sentado, reclinando su cabeza y sus espaldas, contra las almohadas, un infortunado jóven. un mancebo infeliz el cual sufria el amargo tormento de amar sin correspondencia, ni esperanza. Pálido el rostro, hundidas las sienes, ronca la voz, enjuto el cuello, flacas las manos, triste los ojos y desmelenado los cabellos, no parecía sino un pavoroso espectro de los sepulcros.

A la cabeza del lecho, sentado en un sitial, veíase otro jóven, de agradable figura, sumido en un silencio profundísimo. Tenía la mamo derecha puesta en la mejilla y la vista clavada en el suelo. El enfermo mirándole atentamente con ecos desfallecidos esclamó asi:

«¡Ay de mí, Rioja; que desgraciado fué mi amor! Pero ya no tengo remedio.

Bien sé, querido Rioja, que ella jamás murmurará entre sus lábios mi nombre, ni à mi memoria consagrará un recuerdo siquiera, mientras yo.....»

«Mexía, olvida, olvida ya ese amor terreno.»

«Sí, olvidarlo, Rioja, es ya preciso: es ya forzoso. Lo creo. Ya para mí no hay amor mas dulce ni mas seguro que el del Altísimo; que el amor de Dios. En este mundo buscamos, ciegos, lo inútil, lo temporal, que pasa como el relámpago, sin acordarnos de lo provechoso y de lo eterno que nunca muere.»

«Es mi consejo, le interrumpió Francisco de Rioja. Que si ya caminas á morir, si vas con ligeros pasos à hundirte para siempre en el sepulcro, implores humillado y contrito, los eficaces auxilios del cielo. El que busca á Dios siempre lo encuentra.»

«Ya los imploro, Rioja. Pero esta penosísima opresion, este respirar fatigoso, este profundo decaimiento, este incesante hervidero en el pecho. ¡Ay desfallezco! Ya es un martirio para mí la vida. Solo en tí espero (mirando al crucifijo de Torrigiano de la mesa inmediata) Santo Dios de mis padres. Buen Jesus.

Rioja, toca mi mano, toca mi frente: están ardiendo. Mi vida termina de un momento á otro. «Adios Rioja; hasta la eternidad.»

Un sudor crítico y milagroso bañó de repente el rostro del agonizante Diego Mexía. Poco à poco la mano de Dios lo llevó á la salud. A las cuatro semanas, desengañado de amores y fuera del lecho del dolor pasaba las horas enteras con Rioja y otros amigos leyendo, tocando el arpa ó en otros dulces entretenimientos. A los dos meses, restablecido completamente de sus dolencias, olvidando para siempre á doña Ana de Arguijo, la cual rotas las relaciones con el señor de la Palma, vivía retirada de todos los negocios mundanos en su casa de la «Cantimplora,» volviendo á pulsar su lira épica, ganaba frescos laureles en los alegres y amenos campos de la literatura sevillana.

Notas.

En la página 133 de «Los Comendadores:» donde dice Juan de Emina, léase: Juan de la Encina.

—En la segunda de «La mesa del Rey» donde dice del Robledo, léase: del Robredo.

LA PELEA.

I.

Era una clara noche de luna de fines de Enero de 1616. Hondísimo silencio reinaba en los alrededores de la iglesia parroquial de San Márcos. El reloj de su morisca torre, acababa de dar las doce. Cuatro embozadoa hablando bajo, salian de la calle del Conde de Castellar. Eran el almirante Gaspar de Vargas y su padrino el general Juan de Flores Rabanales, el almirante Miguel Ruiz de Vidacabal

y el suyo el general Fernando de Souza, los cuales iban á batirse en desafío.

Parados en la plaza de Santa Isabel, á espaldas de San Màrcos, dijo Rabanales:

—Souza: aquí venimos, para cumplir como caballaros, sin olvidar que somos cristianos. Este es el sitio designado. Ya puede comenzar la pelea.

—Sí, Rabanales, como caballeros y cristianos nos portaremos. Pero doloroso es que por una ligera disputa sobre maniobras en Lepanto vayan á derramar su sangre ó quizàs à matarse, dos Almirantes, tan esclarecidos como estos, antes quienes han tembado las mas soberbias Armadas del mundo.

—Es antigua ley de caballeros y de hijosdalgos.

Contestó secamente Rabanales.

No bien hubo Rabanales pronunciado estas cortas enérgicas palabras, cuando el rechinamiento de los sables indicó que habia comenzado el duelo.

—Herido estoy, Vidacabal.

—Yo tambien lo estoy, Vargas.

—Pues entonces, dijeron los padrinos, está concluido el lance.

—Claramente han patentizado continuo

Souza, el valor y la hidalguía de los Almirantes españoles.

II.

A las ocho de la mañana siguiente, veíanse en la iglesia del convento de monjas mínimas de Nuestra Señora de Consolacion, vulgo las «Tollas,» parroquia del Salvador, à los piés del altar de la Virgen Santísima cuatro varones, en traje de penitencia, hincados de rodillas; regando el suelo con sus làgrimas. Los ayes y los sollozos ahogaban sus gargantas. Dos de ellos tenian vendadas las cabezas. Nuestra Señora de Consolacion los miraba con ojos cariñosos, como diciéndoles:

—Refrenad vuestro altivo orgullo: he perdido á mi hijo por vosotros. Id en paz: estais perdonados.

Los dos Almirantes y los dos Generales, llenos de consuelo, salieron de la iglesia, con semblantes tranquilos y amorosos. Habian lavado sus feas manchas en los limpios hermosos raudales del mas firme arrepentimiento ¡Religion augusta y venerable, cuànto es tu poder! Sin tí, ¡qué sería de los pobres pecadores!

Leonor de Valdelvira.

I.

Era una oscura noche de invierno. Toda la creacion dormia en sepulcral silencio. Sevilla, entre negras sombras descansaba en regalado sueño. Solamente escuchàbanse de tiempo en tiempo los tañidos melancólicos de los campanarios, llamando á coro á las monjas y á los frailes. Un gallardo mancebo, al pié de los altos miradores, con cuatro ventanas, sin rejas, de una casa plazuela del *Tardon*, paseaba lentamente. (1) Sombrero negro á la chamberga, con plumas rizadas, ferreruelo, guarnecido con

(1) Es la del número 25 moderno. La plazuela del «Tardon» siempre ha pertenecido á la parroquia de San Ildefonso. Por la nueva nomenclatura forma parte de la calle de los Boteros.

preciosas bordaduras de seda, calzones de delicado paño, altas botas de piel de caballo, con borlas de hilillo de plata y espada de ebúrneo puño prendida de un fuerte cordon, formado de graciosas argollitas de oro, salpicadas de gruesos brillantes de la India, indicaban á cualquiera su rica y noble alcurnia. Al verlo el hombre mas sencillo conocería al momento que aquel ilustre jóven estaba aguardando la ocasion mas favorable y oportuna para entrar en algun lance amoroso.

A la escasa luz de un apagadizo farolillo que iluminaba el pequeño retablo de un *Señor del Silencio*, sacaba de cuando en cuando su aóreo relój ginebrino, y cabiloso é intranquilo elevábalo para ver la hora con mas claridad y fijeza. En algunos momentos, puesta su mano en la frente y clavando sus ojos en los altos miradores de la casa, con bajos ecos esclamaba así:

«¡Ay! ya no sale la reina de mis amores, la mas perfumada flor de Sevilla, la diosa de la hermosura: ya no sale, pues ha pasado la hora de nuestra cita. Ella me dijo, con aquellos lábios de corales y de ambrosía, «á la una,» y acaban de dar las dos en la Giralda. Tal vez... yo creo... sí... sí... de seguro algun traidor me rodea. Ahora mismo voy à esconderme de-

tras de aquel monton de escombros. Pero sería baldon afrentoso. Echaría sobre mis claros y limpios blasones una negra mancha: si tal cosa hiciera. Un amante caballero no debe ocultarse jamàs; sino cara á cara y frente á frente impávido esperar á su contrario. Si huyera de aquí, ¡con qué cobardía tan grande, con qué feo borron ennegrecería mi blanca prosapia! No: mil veces no: antes morir, que ser cobarde. Esta fué la noble divisa, el orgulloso lema de mis mayores luchando contra la feroz morisca. Con ellos lucieron su valor y su bizarría en las sangrientas batallas contra los soberbios secuaces de la media luna.»

Al decir esto, apareció en la calle de los Boteros, una sombra algo retirada, la cual disipose, como ligero vapor, confundiéndose en la honda tenebrosidad de la noche.

Creyendo, pues, el gallardo mancebo que soñaba, que la sombra que había visto cruzar era una vana ilusion, quedó inmóvil y tranquilo, en la misma actitud que tenía: pero bien pronto salió de su triste engaño. La sombra volvió á presentarse mas cercana y perceptible que antes, y con rapidísimo tránsito paróse junto al postigo falso de la dicha casa. (1)

(1) Véase en un rincon solitario de la referida plazuela del «Tardon.»

Entonces el valiente jóven desenvainando su espada con mucha ligereza y denuedo, le pregunta:

«¿Quien eres sombra altanera?»

«No soy sombra; le contesta una fuerte voz varonil; soy galan, que esta noche tengo una cita amorosa con la lindísima Leonor de Valdelvira, y estoy esperando que dé el relój.»

«¡Bravo! Yo tambien tengo otra con la misma dama.»

«Pues en ruda lucha la tajante espada decidirá nuestra suerte. ¡Guai de tí!»

«Bah, bah: no me acobardan tus amenazadoras palabras, ni tus feroces anatemas. Pero, sí... sí... conozco tu voz.»

«Yo tambien la tuya. Poetas somos los dos.»

«Venga esa mano, Alcázar.»

«Tómala, Arguijo; tómala gran «Cantor del Guadalquivir.» El amor que nació en nuestra infancia, el cariño que meció nuestras vecinas cunas, nunca romperàn nuestra sólida amistad. Los que como tú y yó, pertenecen á una misma jerarquía, nacen y viven en una misma poblacion, en una misma manzana y tienen un mismo gusto literario, no pueden, por mas que hagan, romper jamas los dulces lazos de una leal correspondencia y de un trato delicio-

so. Por estos motivos prudentísimos entre nosotros no debe correr la sangre; sino si estuviéramos en otro lugar y á otra hora, el licor balsámico que apuraban los dioses del paganismo cuando en sus gloriosas sambras bebian en aquellos auríferos jarrones, en aquellas magnificas anforas, de las cuales nos hablan con tanto entusiasmo los historiadores y los poetas griegos y latinos.

No bien hubo Baltasar del Alcàzar acabado de decir estas cariñosas y elocuentes frases, cuando los dos amigos sintieron pasos muy cercanos.

¿Quién va allá? pregunta Arguijo, con firme y robusto tono.

«Nadie:» contesta una voz dulce y melodiosa.

«Es un varon que viene á hablar cuatro palabras con la hechicera Leonor de Valdelvira.»

Muy fogoso é inspirado Arguijo, esclamó entonces de esta manera:

¡Con Leonor de Valdelvira!
¿Será verdad? ¡voto á brios!
Que esta dama es un tesoro,
Sin llave ni cerrador.
Mas ha citado esta noche
Que hasta Mayorca llevó

En su valiente mesnada,
Don Jaime el Conquistador.

Adelantándose Baltasar del Alcázar, con espada en mano, para reconocer al recien venido, encontróse con que este era D. Juan de Jáuregui, antiguo amigo y condiscípulo de entrambos.

II.

Los tres vates amigos quedaron burlados. La casa de la dama yacía tranquila: todas sus ventanas y sus puertas estaban cerradas. Nada interrumpía el frio silencio de aquella mansion de la hermosura. La linda Leonor de Vacelvira no se asomó por ninguna parte. Tristemente engañó á los tres humanistas! Tambien á los sábios se engaña.

Entonces Arguijo con desenfado les habló así:

«Ya pronto, Señores, el claro sol, con sus alegres luces, va á alumbrar las torcidas calles de Sevilla. Ya es hora de irnos al lecho. ¡Bueno ha estado el chasco! pero otr-

mas grandes suceden en la tierra.»

No bien D. Juan de Arguijo hubo acabado de pronunciar estas palabras, cuando Baltasar del Alcázar, con su acreditada gracia y ligereza, improvisó las dos jocosas redondillas siguientes:

Si es burla de su cosecha
¡Vive Dios! que no lo sé;
Pero truanesca fué
Desde la Cruz á la fechá.

Hablando sin rabia ni ira,
En lacónico lenguaje:
Es loca de alto linage
La dama de Valdelvira.

¡Bien, bien! esclamaron Jáuregui y Arguijo. «Viva el cantor de Inés. Viva el poeta de las gracias.»

Ya estaban los tres amigos para separarse: ya iban á despedirse, cuando el sesudo don Juan de Jáuregui habló á Alcàzar y á Arguijo de esta manera:

«Esta noche, Señores, ha sido para nosotros amarga y fatalíma. En ella hemos visto á nuestro pesar, hemos conocido palpablem ente la ligera veleidad de nuestras damas, á las cuales de graves que eran, las han vuel-

to locas y estravagantes esas costumbres germano-gálicas que por desgracia van arraigándose entre nosotros.

Una señora española de este incalificable siglo en nada se asemeja, nada tiene de comun con la de del de los Juanes y de los Enriques, venturosos reinados, de delicadeza cortesana. Por esto carecemos ahora de poetas como los Menas, los Padrones, los Macías y los Santillanas que las ensalcen y las inmortalicen. Solamente ¡parece mentira! el grave Fernando de Herrera, el ingénuo Juan de la Cueva y el noble Gerónimo de los Cobos, tienen hoy el incomprensible gusto, el incalificable humor de cantar en nuestra Sevilla con vigorosas trompas, à la esquiva Eliodora, à la ingrata Felicia y á la dura Aminta. (1)

III.

Reunidos aquella misma noche los tres

(1) Poco despues de esta ocurrencia contrajo matrimonio D. Juan de Arguijo con la ilustre señora sevillana doña Perez de Guzman y Botti.

amigos de la tertulia literaria de la casa del docto Hernando de Leon (2) situada en la calle del Cristo de San Martin, hoy parte de la de Lepanto, la cual era un numeroso Ateneo de los muchos prosistas y poetas que en aquella feliz época florecian en Sevilla, supieron por los mismos làbios de Mateo de Aleman la historia del chasco que la noche anterior habia recibido de la bellísima Leonor de Valdelvira, cuya historia, yendo de paseo al Humilladero, (la Cruz del Campo) se la habia contado aquella misma tarde Pedro de Medina Menidilla.

Leonor de Valdelvira llamada á Indias, por un tio suyo, hermano de su viuda madre, que era Presidente de una de nuestras mas ilustres é importantes Audiencias territoriales de aquellos riquísimos y ya perdidos dominios, viendose pretendida, á un mismo tiempo por los referidos tres jóvenes aristócratas y grandes poetas, discurrió, el dia antes de su salida de Sevilla para Cádiz, el chasco que les habia de

---

(2) Este insigne clérigo presbítero, agregado á la iglesia parroquial de San Martin, era íntimo amigo del sapientísimo maestro Diego de Giron, y uno de sus albaceas testamentarios.

dar. Citó à los tres, para aquella noche entre la «una y las dos.» Ya no estaba en Sevilla. Había salido por la mañana à las ocho con su madre para Cádiz, en una silla de posta, para embarcarse en este puerto, dejando su casa vacía y cerrada. Leonor de Valdelvira al despedirse de Sevilla su patria, quiso chasquear á las letras, como ya había muchas veces chasqueado à las armas: ¿á quien no chasquea la hermosura?

Llegada con su madre á Indias, fué recibida por su insigne tio y por toda su familia con las señales mas marcadas de amoroso cariño. Leonor de Valdelvira, como había sido en su pátria, fué en Indias, la virgen de la hermosura, la diosa de la belleza. Tuvo varios poderosos aspirantes á su mano, entre ellos un Virey de Méjico, y un acaudalado marqués de la provincia de Buenos-Aires: pero Leonor de Valdelvira, conociendo que la belleza se marchita con los años, como las flores con los vientos, tomó por el triste velo del siglo, el alegre velo del claustro, en un áustero convento de monjas del reino del Perú, donde siendo vivo ejemplo de virtudes y de penitencias, murió víctima de su ardiente caridad, asistíendo à sus hermanas, ata-

cadas de una horrible mortífera epidemia.

Leonor de Valdelvira no morirá jamás en la memoria de los amantes de la virtud cristiana, ni en la de los admiradores de la belleza.

BIBLIOTECA

DE

EL INDEPENDIENTE.

MARCHENA PINTORESCA.

por

D. Antonio Gomez Azeves,

Individuo de Número de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.



SEVILLA.—1867.

Imp. y Lit. de El Independiente,
Escobas 44.

MARCHENA PINTORESCA. (1)

CARTAS.

PRIMERA.

MARCHENA 22 DE ABRIL DE 1852.

Mi estimado amigo: desde la antigua Marcia tomo la pluma para dar á conocer á V. las bellezas de las artes que encierra en su recinto esta ilustre Colonia de la Señora del mun-

(1) Marchena segun Rodrigo Caro es la Colonia «Martia:» segun otros la «Castra Gémina,» que Plinio menciona entre las poblaciones estipendiarias del convento jurídico de Écija. Unos dicen que la fundó Marco Cláudio Marcio, y otros que Lucio Marcio, con el nombre de «Marcia,» cuya opinion creemos la mas verídica.

do. Cuento con su indulgencia, y solamente así podria pasar adelante.

Ayer, recien llegado, visité la parroquia de San Juan Bautista, fundada poco tiempo despues de la conquista de esta villa, acaecida en 1240. Tiene cinco naves y tres puertas, una de estas á los piés del Templo, conocida por la del «Perdon,» y dos colaterales. La capilla mayor y las dos de los costados son de gusto gótico. Un sencillo, pero gracioso artesonado adorna los techos de la nave principal ó cuerpo de la iglesia. El coro es de Pedro Duque Cornejo, nieto dignísimo del severo Pedro Roldan. La parte esterior es muy linda por sus bien entendidos adornos platerescos.

El altar mayor es una obra primorosísima del arte. Está ejecutado por la misma mano maestra que hizo el del monasterio de San Gerónimo de Buenavista de Sevilla. Forma tres cuerpos. En el primero se ven unos regulares altos relieves en cinco cazetones que representan pasages de la vida de Vírgen. En el segundo y tercero, ocho preciosos cuadros de estilo flamenco que figuran tambien pasages de la misma vida, y uno el bautismo de Cristo. En medio del segundo cuerpo hay una razonable estátua de San Juan. Mas abajo de esta escultura, en una palangana, la cabeza del Santo

trabajada en màrmol y traida de Roma, obra de un mérito sobresaliente. Es la de mas efecto que he visto en su género. Tiene toda la amargura de la muerte, con toda la paz de la santidad. En esta lindísima cabeza se une dulcemente la arrogancia gentílica con la mansedumbre cristiana. Enmedio del tercero se vé, por último, un alto relieve que representa la «Asuncion,» de escaso mérito, pero no lo bastante para desentonar en lo mas mínimo este valentisimo retablo. (1)

En el testero de la primera nave del Evangelio, hay un altar donde se venera á un Señor Cansado, cuya posicion original le comunica grande efecto y mérito. No parece sino que el Salvador va á espirar con el peso inaguantable de la cruz. En el de la segunda, otro altar del mismo artífice del mayor, donde está el «Sagrario.» En él se halla representada la Cena en altos relieves. Bajo de ella, se mira un precioso boceto de la escuela flamenca que figura la «Asuncion,» obra bellísima del arte. La Señora va rodeada de una guirnalda de flo-

(1) En este altar y en el del Sagrario trabajó e memorable sevillano Juan Bautista Vazquez, último escultor que en 1564, acabó el Altar Mayor de la Catedral, dorado por el famoso Alejo Fernandez é hizo algunas estátuas de su bellísimo tenebrario.

res tan verdes y vivaces, que no parece sino que estàn acabadas de sacar de los vergeles.

En la primera nave de la Epístola, hay un altar con una espresiva «Dolorosa» de medio cuerpo, escultura de mucho efecto. En el testero de la segunda de este lado, una estátua del Señor San José con el niño Jesus de la mano. El santo es un trabajo muy concienzudo del inmortal sevillano Juan Martinez Montañés. En el mismo altar y cercana al niño, una linda «Concepcion,» de la bella y espresiva escuela de aquel artífice eminentísimo.

La custodia de plata sobredorada es una creacion bellísima del inolvidable Francisco de Alfaro. Tiene tres cuerpos, en los que el artífice lució con gusto delicado todos los primores de la arquitectura. Al pié de las ocho columnas del primer cuerpo, se miran unas estàtuas pequeñitas muy bien ejecutadas que figuran algunos de los Apóstoles. Sobre estas columnas, al principio del segundo, ocho Patriarcas sentados con libros en las manos. Dentro de este cuerpo la «Degollacion del Bautista,» con tres figuritas mas, estàtuas, como las anteriores, de mucho gusto. El tercer cuerpo concluye con una escultura del Bautista. Esta primorosa custodia fué labrada cuando el gusto plateresco estaba en su verda-

dero apogeo y los artífices estudiaban mas que los del dia. Es, últimamente, esta custodia una obra que la parroquia de San Juan Bautista de Marchena debe guardar orgullosa para manifestársela à los hombres de saber y de talento.

Entre las alhajas que conserva esta Iglesia se cuentan un rico Cáliz de oro y dos riquísimos atriles para los misales. En ellos, el delicado autor llevó à la posteridad su esquisita manera. En el uno está representado el ejército de Faraon pasando el mar Rojo, y en el otro un suceso de la vida de San Juan Bautista.

Entre las campanas de la torre hay una calada cuyos meláncolicos tañidos levantan en la mente humana las altas ideas de la eternidad. No toca sino en las grandes solemnidades eclesiásticas.

Estas son, pues, las cosas mas notables que he visto en la parroquia de San Juan Bautista. Todo lo que en las demás Iglesias ó en cualquier otro punto vaya encontrando en lo sucesivo se lo escribiré al momento.

Dios guarde á V. muchos años, como deseo.

SEGUNDA.

Marchena 24 de Abril de 1852.

Mi estimado amigo: en estos dos dias que han pasado desde que escribí á V. mi primera carta, he visto algunas bellezas artísticas, muy dignas ciertamente de figurar en los primeros museos del mundo. Las Iglesias que he visitado son las siguientes: San Sebastian y San Miguel el nuevo, ayudas parroquiales de S. Juan, Capuchinos y las Beatas de Sta. Isabel, Reina de Hungría, antigüo colegio de Jesuitas.

En San Sebastian, situada en la plaza de su nombre, poquísimo tiene que ver el amigo de las artes. A unas manos y una cabeza de la escuela valenciana, que representan la Vírgen de los «Desamparados;» á una estátua de vestir, como la anterior, que figura un San Ignacio de Loyola, obra de los severos cinceles de Pedro Roldan el viejo, y á un púlpito de finísimas piedras, labrado con sencilléz y gusto, está reducido todo. En esta iglesia se bautizó á mediados del último siglo el famoso

Padre maestro Alvarado, autor de las «Cartas del filósofo rancio.» (1)

Tan pobre como la Iglesia anterior es la de San Miguel el nuevo, llamada así por haberse, desde 1840, establecido esta ayuda de Parroquia en el ex-convento de S. Agustin. El templo tiene alguna valentía, y muy singularmente el coro. En todas las columnas, en la cúpula y en la linterna, se ven adornos platerescos, pero no aquellos que deleitan y que encantan. Era propiedad de los Ponces de Leon, antiguos señores de Marchena. Las cenizas de Don Manuel Ponce de Leon, Duque de Arcos, descansan en modesto sepulcro, embutido en uno de los muros del bresbiterio.

Ni la pintura ni la escultura tienen en esta iglesia cosas digna de grande atencion. Un

(1) En el libro 23 de bautismos al fólio 53 hay esta partida:

—«En la villa de March.ª en veinte y sinco del mes de Abrill de mill setecientos sinquta. y seis as. Yo Dn. Lorenzo Jph Buzon, Cura de las Ygs. de esta Villa es la del Sr. Sn. Sebastian de ella. Baptizé á Franco. Jph Marchos hijo de Jph Albarado y de su legitima muger D.ª Manuela Tellez fueron Pnos. Dn. Franco. Asevedo y su muger D.ª M.ª de Carmona, á quienes adverti la Cogn. Spual. y Oblign. de enseñar la Docta. Xptiana, nació oi dia de la fha. y lo firme.=Dn. Lorenzo Jph Buzon.»

cuadro de «San Agustin,» de la escuela sevillana y otro de un San José de la misma, son obras de regular mérito. El primero de estos santos está hincado de rodillas con la cabeza vuelta mirando al cielo con ojos tan serenos y penetrantes que en ellos revela la virtud y el talento del célebre Obispo de Hipona. El otro es de la manera de Alonso Cano.

Pero si las Iglesias anteriores no encierran grandes obras, la de Capuchinos, situada sobre el mismo suelo que ocupó el Anfiteatro Romano, (1) guarda cuidadosa dos, de lo mas brillante que puede producir la inteligencia humana. La primera es una estátua arrogantísima del inolvidable escultor sevillano Juan Martinez Montañés. Figura un San Francisco en penitencia, con las disciplinas y el crucifijo en las manos. Tiene toda la autoridad de un cenobita con toda la dulzura de un santo. ¡Qué actitud, qué ropage. qué heridad! No parece sino que el Montañés se trasportó al cielo para ejecutarla. La segunda es un precioso boceto

(1) En las cercanías de la «Fuente del Lavadero» hánse descubierto en varias ocasiones, grandes subterráneos romanos, en los cuales había caballitos de metal, pendiente de cadenillas de la misma materia, platos y tazas de barro, pinzas y otras muchas curiosidades.

en tabla, grande y bellísima pintura que representa una «Piedad,» obra inapreciable del celebérrimo Leonardo de Vinci, gran maestro y fundador de la verdadera Escuela Lombarda. Esta creacion embelesadora fué regalada por el Rey D. Càrlos II, à los Duques de Arcos. Vinculáda entre los bienes de estos señores, era un objeto de cuidado y predileccion. En 1835, para librarla del secuestro general, la escondieron en una casa de Marchena, donde con el deseo de quitarle algunas manchas, la lavaron con legía y jabon, y la echaron en parte á perder. El niño parece que rie de alborozo. Por fortuna se conserva en buen estado. La cabeza y las manos de la Señora, tambien se conservan; pero el vestido y el campo desaparecieron à los rudos ataques de la ignorancia y de la barbàrie. ¡Qué lástima de pintura! Valuóse malamente en Madrid en quinientos doblones.

Algunas otras obras de segundo órden posee esta iglesia, con especialidad un excelente crucifijo de marfil, de una espresion ternísima, la cual indica con mucha filosofía el amor que nos tuvo el Salvador, cuando por nosotros y para nosotros espiró en el leño santo de la Cruz.

El Padre Teudomiro de Carmona, su cape-

llan, sugeto apacible y cariñoso, el cual me distinguió sobremanera, tiene en las habitaciones, de su propiedad particular, dos apreciables bocetitos de la escuela sevillana, pintados con mucha maestría.

Poco ó nada hay en las beatas que merezca citarse como cosa de alto mérito, á no ser el templo, que es el mejor de Marchena, por su severo gusto jónico y la bellísima disposicion de todas sus partes. Bien se conoce que fué labrado por los sàbios hijos de San Ignacio de Loyola.

Tal es, aunque ligera, la descripcion de las cuatro Iglesias, que he visitado en estos dos dias. Dios me guarde á V. muchos años, como deseo.

TERCERA.

Marchena 26 de Abril de 1852.

Mi estimado amigo: la Iglesia de Santa Maria de la Mota, fundada en los primeros dias despues de la conquista y llamada así por ha-

llarse dentro de los muros del célebre castillo *de la Mota*, poquísimo bueno encierra.

Solamente, al lado del Evangelio, una estátua de la escuela romana, figurando á la «Concepcion,» y al de la Epístola, otra, de vestir, que representa un Santo, obra de los severos cinceles de Pedro Roldan, son las dos creaciones artísticas que escitan la curiosidad del viajero. Aquella graciosa efigie tiene buena cabeza, mejores manos, pero cuello duro no de Vírgen. El ropage tampoco sería malo si no lo hubieran abigarrado tanto con un colorido pésimo y repugnante.

El aspecto de esta Iglesia la más antigua de Marchena, recuerda la valerosa y caballeresca conquista. Bajo sus techos nuestra mente alborotada con altos pensamientos recorre los siglos y las generaciones y se precipita y se pierde en el inmenso caos de la eternidod, como las turbulentas ondas del Niágara van á hundirse en el abismo.

La torre de tres cuerpos con azulejos, algo parecida á las agujas árabes, es la mejor y la mas alta de Marchena. Subí á ella para recrear la vista. A bastante distancia se levantan las sierras de las empinadas Algámitas, de las olivifera Moron y de la saludable Ronda, desafiando con sus árboles y sus verdores á las

mas celebradas montañas de la antigüa Grecia. Aquí terrenos quebrados, allí tendidas llanuras, dan à aquellas lejanías ese bello ideal, ese encanto sublime de las sâbias obras de la Providencia; tan superiores á las canciones del poeta como á las tablas del paisagista.

En el Hospital de la Santa Caridad, fundado por Francisco Lopez García y Pedro de Benjumea Lebron y unido al de Sevilla, hay en la sala de Juntas un cuadro grande de medio punto, que representa la «Caridad,» de la manera de Roelas, canónigo de Olivares y dignísimo maestro de Zurbaràn. En él se hallan diseñadas perfectamente la lividez del cadáver de Jesucristo, la amargura de María y la afliccion de San Juan y de la Magdalena. A un lado de esta pintura se mira el retrato de Mañara, con todo el estilo y colorido de su íntimo amigo Bartolomé Estéban Murillo.

La víspera del Domingo de Ramos salian los hermanos de la Canta Caridad á recoger, por los campos del término de Marchena, los huesos insepultos de los infelices que al morir no tuvieron mas lecho que la dura tierra, mas asistencia que la soledad, ni mas mortaja que sus pobres harapos.

El convento de San Pedro Martir, vulgarmente Santo Domingo, fundado en 1520 por

el presbítero Bartolomé Sanchez y D. Rodrigo Ponce de Leon, primer duque de Arcos, ha sido el último albergue de varios personages de la familia de los Ponce de Leon. En el presbiterio se ven dos sepulcros de jaspe, de órden dórico, que encierra las cenizas de algunos descendientes de esta valerosa y nobilísima estirpe. (1) Cuatro grandes cuadros apaisa-

(1) En los sepulcros de este Presbiterio yacen, olvidados del mundo, muchos personages ilustres, por sus virtudes, por sus heroismos, por sus larguezas y por sus altos ejemplos.

Aquí están las cenizas del valiente y magnífico caballero D. Rodrigo Ponce de Leon, primer Duque de Arcos de la Frontera, muerto en 1530, y las de sus tres mugeres.

En 1573, las del bravo D. Luis Cristóbal Ponce de Leon, Duque de Arcos de la Frontera.

En 1605, bajo las gradas del Altar Mayor, las del espléndido D. Luis Ponce de Leon, hijo de D. Rodrigo, tercer Duque de Arcos y de D.ª Victoria de Toledo, su muger.

En 1615 las del estudioso Fray Pedro Ponce de Leon, Fraile dominico, Obispo de Ciudad Rodrigo y de Zamora, hijo de D. Luis Cristóbal Ponce de Leon, segundo Duque de Arcos.

Las del estimable Maestro Fray Félix Ponce de Leon, tambien dominico, Prior de este convento, hijo del poderoso D. Rodrigo, primer Duque de Arcos, su segundo fundador.

dos de la vida de «San Pedro Mártir,» en la capilla mayor, y una «Asuncion,» en la nuestra Señora del Rosario, todos de la escuela sevillana, son las únicas obras que en pintura se pueden estimar en esta Iglesia. En la sacristía hay una razonable estátua de «Santo Domingo» en penitencia, digna por cierto de ocupar otro sitio de menos soledad y abandono.

Felizmente llegué á las Religiosas de la Concepcion, postrera visita de estos dos dias. El templo es pequeño, pero alegre y gracioso. Tiene cinco altares de Pedro Duque Cornejo, enriquecidos con una porcion de estátuas de las que solía trabajar el aplicado sobrino de la famosa Roldana. En esta Iglesia situada, como la de Santa María, dentro del castillo de la Mota, existen algunas creaciones del gusto de Pedro Delgado y de Juan Martinez Montañés. La dignísima Madre Vicaria Soro Pastora Gonzalez, con la blandura y la amabilidad de las esposas de Jesucristo, me enseñó en el coro bajo, estando yo por fuera, arrimado á su reja,

---

En 1630, las de D. Rodrigo Ponce de Leon, tercer Duque de Arcos y las de D.ª Victoria de Toledo, su muger.

El panteon y los sepulcros acabáronse de labra en 1638.

dos preciosas esculturitas. La una de la escuela romana, representa á «Santa Catalina,» y la otra de la sevillana, à «San Antonio.» La primera tiene todas las buenas cualidades que deben concurrir en este género de trabajos artísticos. Anatomía, ropage, contornos, todo está ejecutado con talento y sencilléz. La segunda es tambien una obrita, si no tan linda, al menos de regular estimacion, singularmente la cabeza y el ropage.

Entre las pinturas que hay en el coro, sobresale el verdadero retrato de la Madre Antigua, fundadora de este convénto, muger heróica y sábia literata que logró escribir con pureza y correccion el habla castellana. Este apreciable retrato es del estilo del entendido amigo de Arias Marmolejo. Tal vez sea de su misma mano.

En la capilla de la cárcel hay un lienzo del estilo del dicho Pedro Villejas Marmolejo, severo y erudito pintor, que representa la salida de Cristo del sepulcro, acompañada de Angeles mancebos. Es una razonable pintura. Mucho mejor parecería, si estuviera colocada en otra mansion menos triste y dolorosa. En las cárceles públicas las buenas obras de Rafael y de Ticiano, de Velazquez y de Murillo pierden gran parte de su mérito.

El arco árabe de la «Rosa,» es un monumento tan bien conservado, que no parece sino que acaba de salir de las hàbiles manos del alarife que lo levantó para ser formidable defensa del fuerte castillo de la «Mota.»

No faltan en las casas particulares de Marchena, algunas buenas esculturas y pinturas.

Una «Concepcion» y un «Señor en la Cruz,» entrambas esculturitas de lo mas delicado de Juan Martinez Montañés.

Una tabla que representa un «Señor,» de medio cuerpo, «atado á la Columna,» obra arrogantísima, debida à las deliciosas inspiraciones del divino Luis de Morales. La cabeza, el pecho, las espaldas, los brazos, las manos, tienen ese grande idealismo, esa pomposa dignidad del que murió en la Cruz para redimir al género humano. ¡Qué rostro tan espresivo, insinuante y celestial, qué carnes, qué columna, qué soga! ¡Divino Morales, honra y prez de Extremadura; tu memoria será eterna, mientras entre los hombres no se extinga del todo el sentimiento dulcísimo del buen gusto!

Estas son, pues, las obras de mas mérito que hay en las casas particulares de Marchena. He estado en todas ellas y visto en algu-

nas lindísimas producciones de los aventajados discípulos de Murillo, singularmente de Alonso Miguel de Tovar, pintor de Càmara del Rey D. Cárlos II, de Juan Gomez de Granada, conocido por «Mulato,» y de Andrés Perez Murillo. Hasta otra que será la última.

Dios me guarde à V. muchos años, como deseo.

CUARTA.

Marchena 28 de Abril de 1852.

Mi estimado amigo: ayer por la mañana visité el celebérrimo «Castillo de la Mota,» donde los esforzados hijos de Jesus, lucieron en tiempos de la conquista su denuedo y bizarría. Lleno de entusiasmo atravesé sus pàtios; subí á sus torreones y entré en el «Salon de Audiencia,» dentro del cual en los oscuros tiempos del feudalismo los «Señores» de Marche-

na administraban justicia á sus vasallos. (1) Los recuerdos de la grandeza árabe mezclados, por decirlo así, con los de la gravedad castellana, levantaron en mi pecho fuertes y dulcísimas emociones.

En los jardines consulté muchos valientes bustos de mármol, de héroes y emperadores romanos, entre los que sobresalía «Galba» padre adoptivo de nuestro compatriota el gran «Trajano,» «César,» «Mario» y algunos otros. Estas preciosas esculturas, traidas de Italia por uno de los Sres. Duques de Arcos, están empotradas en los muros con almenas que rodean los jardines. Son, sin disputa alguna, obras muy arrogantes y dignas de estar enriqueciendo al famoso «Castillo de la Mota.»

Tambien ví lleno de cívico placer «el portillo,» por donde tres denodados campeones al frente de cien lanzas, penetraron en el Castillo, y arroiaron de él para siempre á la feróz morisma, que orgullosa los desafiaba. (2)

(1) Hasta 1740 hubo en Marchena una Audiencia con tres Oidores nombrados y pagados por los Ponce de Leon: para despachar y sentenciar los pleitos, que pertenecian á sus Estados señoriales.

(2) Estos tres valientes caudillos fueron D. Pedro Ponce de Leon, D. Suero de Marchena y su hijo D. Bartolomé Suarez.

Este portillo está al oriente. El sol fué testigo de tan brillante hecho de armas. Mientras alumbre estará pregonando las glorias de aquellos ilustres vencedores.

Aquí, decía yo subido sobre una de sus derrumbadas torres, los soberbios secuaces del falso Profeta, rindieron sus cimitarras á las lanzas de los humildes creyentes del Salvador del mundo. En este mismo sitio, ahora tan solitario y silencioso se oian los acordes ecos de las músicas marciales, ó las destempladas voces de los guerreros. Todo pasó ya como el humo. De aquellas grandezas solamente han quedado escombros y ruinas, que están atestiguando la vanidad de las cosas humanas.

Entre las antigüedades que ví en este Castillo, llamaron mucho mi atencion la «portada» y una «máquina de guerra,» en forma de cañon rayado con dos grandes argollones. La visita à este glorioso monumento será eterna en mi memoria.

Antes de concluir esta carta, última de mi viage, quiero hablar á Vd., aunque ligeramente de la mas rara, graciosa y pintoresca costumbre de las hijas de Marchena; costumbre que, en mi opinion, se remonta nada menos que á los tiempos de la conquista, y que con-

siste en los famosos «mantos,» con los cuales atraen las miradas del curioso forastero. ¡Con cuánto donaire los manejan las jóvenes hermosas! ¡Cuàntos atractivos y embelesos cobran sus rostros medio tapados con ellos! El alma se quiere salir del pecho, cuando, con delicada galiardía, entregan á los aires sus cortos estremos. Esta es una bellísima antigüalla que no deben nunca abandonar las señoras de Marchena, si quieren continuar gozando, como hasta aquí, de su gran fama y justa nombradía.

Bastante me he alegrado, amigo mio, de visitar à la antigua é ilustre «Colonia Marcia,» la cual tiene grandes recuerdos históricos, artísticos y literarios. Dentro de pocos dias nos abrazaremos en esa regalada Sevilla. Dios me guarde á V. muchos años, como deseo.

QUINTA.

Marchena 20 de Noviembre de 1865.

Mi estimado amigo: el cólera ó azote de Dios, castigando á Sevilla, mi patria, me hizo

abandonarla, refugiándome con mi esposa en esta alegre villa, insigne, como V. sabe, en todas épocas, principalmente en la de la morisma.

Esta carta puede servir de apéndice á las cuatro que en 1852, cuando estaba la primera vez en Marchena, le escribí.

Me es doloroso dejar ahora en frio olvido á varias escelentes obras artísticas, que, por falta de tiempo, no ví entonces, ni á algunos memorables recuerdos históricos de los que no tuve, la mas leve noticia.

En la capilla del Sagrario de la Iglesia de San Juan Bautista, hay una escelente pintura de escuela sevillana, representando á las Santas hermanas mártires Justa y Rufina. Parece de mano maestra á pesar del abandono y de la altura en que se encuentra.

En la misma nave junto al trascoro vese una tabla apaisada de gran tamaño, figurando la «Anunciacion,» que recuerdo á uno de los mejores discípulos del insigne Luis de Vargas. Está firmada así:

Vascus Pereira Elborensis Lucitanus faciebat Cal M. D. L. XXUI. ¡Lástima es, que no la cuiden con el esmero que merece!

En la Sacristía, en fin, lucen dos valientes lienzos de Francisco de Zurbarán.

En la Iglesia parroquial de San Sebastian, Patrono de esta religiosa villa, existe, en el Altar mayor, una valentísima estátua que figura al Santo en el martirio, debida á los gloriosos cinceles de Gerónimo Hernandez, fundador de la buena escuela sevillana. Parece por la lindeza de los escorzos, la blandura de los contornos, la arrogancia de la cabeza y la verdad de la posicion una escultura griega. Es, sin duda alguna, la obra maestra, la gloria artística de Marchena.

Encima de la puerta de la Sacristía luce una Vírgen de los Reyes, de escuela flamenca. La Señora está rodeada de coros de ángeles, pintados con mucho gusto.

El Dulce Nombre de Jesus, que se venera en su altar y al que toda Marchena, tiene fervorosísima devocion, es una preciosa escultura romana.

La vista del sencillo y elegante púlpito labrado de primorosos mármoles, perteneciente al antigüo colegio de Jesuitas, càusa làstima, por haberlo embutido torpemente, en un pilar de ladrillo, quitándole su galana forma.

En la Iglesia parroquial de San Miguel, conocido por el Viejo, hoy capilla de Jesus Nazareno, hay en su retablo mayor una buena estátua que representa la Concepcion, de la

manera de J. Martinez Montañés. En otros tiempos enriqueció á esta apreciable creacion preciosa corona de plata cincelada, la cual recordaba el esplendor del arte y la gloria de sus cultivadores en Córdoba y Sevilla.

La Iglesia del convento de monjas de San Andrés, mercenarias descalzas, fundado en 1637 por el piadoso licenciado Gonzalo Ximenez de Benjumea, forma una pequeña nave de graciosa arquitectura. La estatura del Santo apóstol, en el martirio, que está en el segundo cuerpo del Altar mayor, es obra del inteligente sevillano Bernardo de Gixon, uno de los últimos estimables escultores de la escuela hispalense, muerto en 1720 y sepultado, en la parroquia de Santa Marina, de su pátria.

En Santa Maria de la Mota que está dentro de los muros del Castillo hoy Palacio de los Duques de Arcos, hay en la capilla de la Soledad una linda estátua, bastante descuidada, figurando la Concepcion, del famoso Pedro Delgado, que conocía el diseño griego. Este delicado escultor sevillano fué uno de los artífices mas eminentes de su época, cuyas obras, aunque pocas, forman hoy el estudio y la delicia de los inteligentes.

Tambien luce en este templo un San Francisco de Borja, estátua de vestir, de lo mas

valiente y acabado de Pedro Roldan.

Junto á las puertas de esta Capilla luce, clavado en la pared, un cuadro antigüo, de tamaño regular, que representa á Jesus crucificado y al pié San Juan y la Magdalena de la manera de D. Juan Valdés Leal. El tono, la espresion y el ropage tienen bastante mérito.

Dentro de este mismo Palacio se levanta el Convento de franciscas descalzas de la Purísima Concepcion fundado en 1638 por los religiosos duques D. Rodrigo Ponce de Leon y su muger doña Ana de Aragon y Sandoval.

La Abadesa guarda el *anillo nupcial*, con que se desposan los duques de Arcos, que pertenecía á Nuestra Señora de Guadalupe. fué permutado por un costosísimo cetro de oro, que los Duques regalaron á aquella ilustre y celebrada Madre de las Misericordias.

Tambien existe en este Palacio ducal un retrato, de medio cuerpo, de Tomás Moro, Canciller de Inglaterra, famosísimo escritor, sacrificado en Lóndres en 1535. Esta bella obra por su buen dibujo y colorido, revela haber sido ejecutada por una mano maestra. Tomás Moro, vestido de Toga, adornado de un collar del que pende una rosa, tiene una carta en la mano y sobre una mesa se vé un libro reclinado, cuyos cantos dicen: «Tomás

Mori Opera.» Al pié de este retrato. «Vera Thomœ Mori Effigs. Obiit martirio corontus. Londni. 4 Jullii anno 1535.»

Por último, posee esta casa memorable un lienzo de «San Francisco,» al natural, que recuerda, por su buen dibujo y valiente entonacion las célebres escuelas de Frustet y Campaña glorias de la artística Flandes.

El hospital de la Misericordia, Patronazgo de los Sres. Duques de Arcos, del abandono mas completo ha venido al mas esquisito cuidado. Hoy al cargo de las hermanas de San Vicente de Paul, de esas mugeres heróicas que, para cuidar à la humanidad enferma, recorren diligentes é incansables los mas apartados y escondidos rincones del mundo, goza de grandes y visibles mejoras. Los enfermos son tratados con la ardiente caridad, que saben encender en sus amorosos corazones las columbinas hijas de San Vicente.

Estas buenas reformas son debidas á los piadosos esfuerzos de la Junta Directiva, compuesta de personas estimables. No desanimen, sigan adelante con su generosa hidalga obra. Miren en cada paciente de su hospital à Jesucristo y escuchen de mi boca estas máximas consoladoras:

El que funda un hospital
Gana la dicha eterna!.

Dàle casa al enfermo en este suelo,
Que el Justo Dios te la darà en el Cielo.

En la pequeña Iglesia de este benéfico establecimiento hay varias razonables pinturas las cuales, aunque bastante deterioradas, son dignas del estudio de los aficionados.

En la sala de Juntas vense un «Niño Jesus,» bella estátua de Juan Deza ó Reto, y una «Pura y Limpia,» de doña Luisa Ignacia Roldan, conocida por la «Roldana,» escultora de Cámara del Rey D. Cárlos II, obras de mucho mérito artístico.

No hace muchos dias que, bien temprano, recorrí la melancólica «Cañada de la Higuera,» á un cuarto de legua de esta villa, donde, bajo el furor de las cuchillas romanas, por confesar á Jesucristo, entregaron gustosos y alegres sus preciosas vidas los benditos mártires de Marchena Filemon, Eugenio y Apolonio. (1) Está formada de varios altos cerros

---

(1) El dia 23 de Julio del año 105 de la Era cristiana, reinando en Roma, el Emperador Trajano.

casi todos circumbalados del «Arroyo de la Higuera,» el cual no corre sino en tiempos de lluvias. El Sol derramando sus hermosos resplandores, las dolientes canciones de los pajarillos, los tristes balidos de las ovejas que pastaban en las tierras del inmediato cortijo de la Atalaya y el murmullo poético del aire que mecía las frondosas ramas de los olivos, no parecía sino que estaban llorando las horribles muertes de aquellas gloriosísimas criaturas.

Ya que tengo la pluma en la mano, no la pondré en el tintero sin dar á usted noticia de una larga visita, que, ahora cuatro dias, hice à las tristes desconsoladoras ruinas del convento franciscano de «Santa Eulalia,» á media legua de esta villa.

El convento de Santa Eulalia, fundado en 1386 por el conde de Arcos don Juan, ha sido en todos tiempos, el mas delicioso plantel de virtudes y de las ciencias. Su rica selecta librería, despilfarrada por la revolucion, sus cuadros, sus estátuas, sus columnas, su templo, sus capillas, atestigüaban la inteligencia de sus moradores.

Combatido diariamente, por la feróz morisma, fué el salvador asilo de todos los campesinos de aquellas feraces comarcas. Dentro

de sus santos muros encontraron siempre una blanda amorosa hospitalidad, los que huyendo de los rabiosos moros de Ronda y de «Apazizuelo,» maldito renegado de Marchena, abandonaban sus ganados y sus hatos, sus rebaños y sus apriscos.

En los tiempos posteriores fué una olorosa floresta de sábios y santos religiosos. Los trastornos políticos con sus rudas y afiladas piquetas vinieron á derribarlo. Hoy en medio de los campos y de las soledades despedazados por completo, hace gemir à los caminantes.

Caidas sus paredes, rotos sus altares, yermos sus cláustros, vacías sus celdas, el gimiente buho y la repugnante culebra, tomando atrevida posesion de sus ruinas, han desalojado á los recoletos hijos de San Francisco.

Yó, tapándome los ojos con mi pañuelo, para no ver tantos horrores, andaba largo rato, tropezando y cayendo, por medio de aquellos fatídicos montones de escombros.

Allí, en fin, entre el blando poético murmurar de los airecillos, oí claramente los hondos gemidos, los ayes agudos del «Génio» de nuestra españa, llorando su mala suerte.

UNA HORA EN CAPUCHINOS.

En la Iglesia del convento de Padres capuchinos, fundado en 1650 por el piadoso y magnífico caballero D. Rodrigo Ponce de Leon, duque de Arcos, lucen dos grandes esculturas del artífice sevillano, Juan Martinez Montañés. La una representa á San Francisco en penitencia, y la otra à San Antonio, con el Niño Dios en los brazos. Entrambas son dignas de los delicadísimos cinceles de aquel memorable maestro.

Ahora doce dias, por la mañana temprano, visité este solitario y antigüo albergue del saber, de la virtud y de la penitencia.

El hermano José de Mallen, natural de Aragon, último de sus conventuales, que hoy vive sobre la tierra é ilustre adalid de la guerra napoleónica, me recibió á sus puertas, con la mas esquisita amabilidad.

Habiéndole dicho, estando en la Iglesia, que deseaba ver el panteon de la Comunidad, me contestó:

—Señor: vamos á él.

Entónces el hermano Mallen, haciendo esfuerzos hercúleos, muy impropios de sus ochenta años, levantó el pesado tablon, que estaba cercano al lugar donde nos encontràbamos, diciéndome con voz dulce y cariñosa:

—Entremos yá, caballero.

Una escalera de ocho pasos nos condujo al pánteon, que figura un siete ó martillo. Recibe la luz de una pequeña ventana que cae à la huerta del Parque, la cual forma parte del palacio de la Mota, propios de los duques de Arcos y de Osuna, antigüos Sres. de Marchena. Este funeral asilo, rodeado de sepulcros, sin leyendas, hechos en las gruesas paredes, presenta una vista bastante elegiaca.

El hermano Mayen, vestido con su penitente sayal, que no abandona, y puesto en medio del cementerio, me pareció el severo Juez de de los jueces, que llegaba de lo alto á resucitar y á pedir estrecha cuenta de sus pensamientos y de sus obras á todos los difuntos que nos circuian.

El profundo silencio de tan lóbrega morada, la tibia luz que, perezosa, entraba ya por la ventanilla, y sobre todo la nó aprendida música de las aves, saludando al Dios de los desiertos, me enternecieron sobremanera y le-

vantaron en mi abatido espíritu las valientes y grandes ideas de la eternidad.

El hermano Mallen, tomándome de la mano, me condujo á uno de los sepulcros y paràndose delante, me dijo con piadosa vehemencia:

—Aquí descansa, señor, de los duros trabajos de la vida, el Padre Felipe de la Higuera, gloria de este Convento, varon tan docto, como humilde. Predicando, sabía derramar en los corazones de los fieles, el saludable bálsamo de la caridad y de la misericordia. Quien lo oía una vez siquiera, temía á Dios, perdonaba á su enemigo y no volvía à entrar nunca jamás en los oscuros lamentables caminos del pecado. Entregó su alma al Criador rodeado de sus amorosos hermanos, con la envidiable muerte de los justos. Yo lo ví espirar entre los himnos gloriosos de los ángeles del Cielo.

—En este, aguarda la Resureccion de la carne, el Padre José de Olvera, insigne predicador apostólico, de costumbres purísimas, de sencilléz seráfica y uno de los hombres que mas enaltecieron su austera regla. Falleció tambien, en medio de nuestras lágrimas y las de toda Marchena.

—En ese, yace el Padre Teodomiro de Car-

mona, último Guardian de esta Santa Casa, llamado en el siglo D. Agustin Anuncio, á quien me acaba usted de decir que conoció y trató cuando en 1852, estuvo la primera vez en Marchena.

Su agradable presencia, su génio humilde, sus sencillos modales y su conversacion modesta y recreativa, recomendándolo en estremo lo hacian amable á la vista de todos los hombres.

Yó, señor, pobre y humilde Donado de este Convento, lo ayudé à bien morir. Escuchó de mis groseros é incompetente lábios, ¡gracias á la Divina Providencia! con tanto provecho de su alma, los salmos del Rey David y los trinos de Jeremías, como si se los hubieran recitado las elocuentes autorizadas bocas de San Pablo ó de San Agustin, hecho infausto, que quiera el Cielo, no esté apuntado con letras de sangre en el gran libro de los castigos y de las espiaciones, murió.

—En ese sepulcro en fin, yace un humilde hijo del grande é ilustre Obispo de Hipona, llamado el Padre Romero, capellan de esta Iglesia, el cual falleció ahora dos años. Marchena lloró desconsolado la infausta pérdida de este varon de virtudes, de este ángel de los agonizantes, à cuyas cabeceras, como valien-

campeon de Jesucristo, encontrábase, clavado, noche y dia para abrirles los alegres caminos de la Gloria.

Pocos años despues de la desatinada supresion de las órdenes religiosas en España, *hecho infausto, que quiera el Cielo, no esté apuntado con letras de sangre, en el gran libro de los castigos y de las espiaciones, murió* (1) en Marchena, con la paciencia, la alegría y el aroma de los justos, el Padre José del Fregenal, una de las últimas joyas de la familia Capuchina andaluza.

No está señór, aquí entre sus hermanos como de justicia debiera. La ignorancia, la tivieza ó la indolencia, lo llevaron al cementerio público de esta villa, donde todavía yacen sus despojos mortales. Hijo de nobles padres, siguió la carrera militar. Desengañado, en ella, de los falsos oropeles mundanos, abandonando ricos mayorazgos, tomó el hábito Capuchino y olvidando por completo, los negocios terrenales, se dedicó esclusivamente á ganar almas á Dios, destino mucho mas útil, sublime y santo, que el que había tenido

(1) Las palabras que van de cursiva, estampáronse equivocadamente en la página 36 y por eso se repiten aquí, en su debido lugar.

en los campos de batalla, peleando con bizarría contra los enemigos de su patria y de sus Reyes. Religioso penitente, confesor incansable, sàbio predicador de S. M. Católica y distinguido erudito, disfrutó durante su preciosa vida, de justa fama y de bien merecida celebridad. Cuando acabó estas palabras, clavando sus ojos en el suelo esclamó con eco dolorido:

—¡Salgamos ya, señor, de este hondo subterráneo, mansion de lágrimas, lugar de tristes recuerdos!

Habiendo subido la escalinata nos volvimos á encontrar en medio de la Iglesia.

El hermano Mallen al tiempo de despedirme, en las despobladas puertas del Convento, con tono blando y cariñoso me dijo.

—Caballero: conserve el Cielo dilatados años, nuestra estimable vida: para seguirla empleando, en estas hidalgas y laudables tareas.

Yo salí, complacido del hermano José de Mallen, contento de mi visita.

Dios guarde á usted muchos años, como deseo.

Antonio Gomez Aceves.

ALGUNOS
hijos ilustres de Marchena en santidad, armas y letras.

Don Pedro Ponce de Leon, bravísimo batallador. Conquistó á Marchena, doce años antes que San Fernando.

Don Suero de Marchena, su compañero en la esforzada conquista.

Don Bartolomé Suarez, hijo del anterior, tambien conquistador de Marchena.

Estos tres caballeros al frente de cien lanzas, entraron por el portillo de la Mota, arrojando à la feroz morisma que orgullosa los desafiaba.

———

Don Fernando Ponce de Leon, primer Señor de Marchena, por donacion en 1309, de Don Fernando IV, el *Emplazado*. Guerreó con valor y sin descanso contra los aborrecibles moros de la Serranía de Ronda, destrozándolos en muchos sanguinarios combates. Murió coronado de laureles y sentido de todos los amantes de la bizarría española.

———

Don Pedro Ponce de Leon, marqués de Zàhara, duque de Cádiz, valeroso é incansable campeador. Nació en Marchena, por los años de 1476.

———

D.ª Ana Ponce de Leon.

Nació en Marchena, en el famoso palacio de

la *Mota*, el viernes 3 de mayo de 1527. Fueron sus padres los magníficos duques de Arcos de la Frontera, D. Rodrigo Ponce de Leon y D.ª María Giron, hija del conde de Ureña. Casó con el conde de Feria. Ya viuda, en los últimos dias de junio de 1553, tomó el hàbito de religiosa en el convento de Santa Clara de Montilla, donde falleció, llena de santos merecimientos.

El Padre Terzo Gonzalez, tercer General de la invencible Compañía de Jesus. Sàbio teólogo y concienzudo escritor. Nació en Marchena, de noble y piadoso linage.

La Madre Cazorla.

Nació en Marchena, de noble linaje. Tomó el hábito de religiosa en el convento de Santa María de su patria: donde floreció en todo género de virtudes. Llorada de sus hermanas las vírgenes del Señor y de todos sus paisanos, murio á mediados del segundo tercio del

presente siglo; dejando una santa dulcísima memoria.

VARONES SÁBIOS
que han vivido en Marchena.

D. Juan García Carnero.

Nació en la villa de Osuna, médico celebérrimo, autor de Tratado de calenturas, otro del *Pulso* y otro de *Lapis ·idus*. Estudió en la Universidad literaria de su patria, entonces la escuela de medicina de España. Estuvo muchos años ejerciendo en Marchena su noble profesion. Cuéntanse de él asombrosas curaciones. Su estendido crédito lo llevó, muchas veces, en apelacion á Sevilla, Córdoba, Granada, Càdiz, Madrid y otras varias ciudades. Tenía lo que vulgarmente se llama «ojo médico,» casi infalible. Murió bastante anciano, en su patria, sentido de todos los amigos de la humanidad doliente.

D. Jose García Lopez.

Nació en Sevilla, el dia 29 de Enero de

1730, en la calle de las Palmas, hoy de los Leoncillos, collacion de la Iglesia de Santiago, el viejo. Estudió medicina en la Universidad literaria de su pátria. Dedicado al noble arte de curar, estuvo muchos años en Marchena, ejerciendo su difícil profesion. Era erudito y muy aficionado à la poesía, que cultivaba en sus ratos de ócio. Como médico tenía t l v limiento y reputacion, que el mismo don Juan García Caruero, parco en los elogios, decía à menudo estas notables palabras;

—*Donde está García Lopez, no hago yo falta.*

Murió en Marchena, en 1809. Està sepultado, por una gracia especial, en el panteon de Padres capuchinos, de cuya Santa Comunidad era médico.

D. José Gózeme,

Individuo de número de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Escribió un tratado de «Numismática,» q ı ha visto la luz pública y muchos artículos ı

queológicos. Este insigne anticuario era muy aficionado á la literatura antigua, principalmente á la del Lacio.

EL DOCTOR

D. ANTONIO GARCIA Y GARCIA,

Catedrático de Filosofía de la Universidad Literaria de Osuna.

Nació en dicha villa famoso médico, inclinadísimo á las curaciones hidroteràpicas, que ensayaba con sumo provecho de sus enfermos. Fué diputado á Córtes, por Osuna, en las legislaturas de 1821 à 1823. Huyendo en 1824 en las enconadas persecuciones políticas, que en nuestros amargos dias, tanta sangre y lágrimas han derramado, vino á la generosa Marchena, donde encontró segura pacífica hospitalidad, para él y toda su familia. Murió en 1844, en la calle de Santa Clara, collacion de la parroquia de San Sebastian. Está sepultado en el cementerio público de San Roque. Dejó preciosos manuscritos, sobre varios ramos del

saber humano, los cuales todavía permanecen inéditos.

EL DOCTOR

D. Atonio M. Garcia Blanco.

Natural de Osuna, Pro., hijo del anterior, sábio hebreista, catedràdito de este idioma en la Universidad literaria de Sevilla, y despues en la de Madrid, autor de varios doctisimos trabajos, entre ellos un «Análisis filosófico de la escritura y lengua hebrea,» en tres tomos. Ha publicado tambien algunos selectos artículos en acreditados periódicos. Entre sus obras inéditas sobresale una clàsica version al castellano de los sentidisimos, conmovedores salmos del rey David. El sàbio García Blanco ha restaurado en España los buenos estudios de la literatura hebraica. Tiene algunos discípulos que lo honran. Yo quisiera no dejar á ninguno en el olvido, pero siendo esto imposible me contentaré con citar á D. José Maria Torrejon, catedrático de la Universida de Sevilla.

El señor García Blanco se ocupa ahora en escribir, pensionado por el Gobierno Supre-

mo, en su casa de campo, término de Marchena, un rico Diccionario del idioma hebraico.

HIJOS ILUSTRES DE MARCHENA. (1)

EL REBERENDISIMO PADRE MAESTRO

FRAY FRANCISCO ALVARADO,

(del órden de Predicadores.)

Nació en Marchena el dia 25 de abril de 1756, en la collacion de la parroquia de San Sebastian, y allí fué bautizado. Profesó en el convento de San Pab'o de Sevilla, donde estudió filosofía. Enseñó teología en el colegio de Santo Tomás de la misma ciudad. Durante la bárbara infausta dominacion napoleónica, cuando las córtes generales, reunidas en la plaza de Cádiz, comenzaron con sus decretos á trastornar las mismas cosas que los siglos habian aplaudido, este docto sacerdote escribió un libro intitulado: «Cartas críticas, ó sea el Filósofo Rancio.» El tiempo ha venido à probar hasta la evidencia, varias de las

(1) Por no hab rlos puesto en su lugar correspondiente los estampamos aquí.

grandes verdades que el Padre Alvarado decía en su obra. Pasó muchas amarguras por las contrariedades y persecuciones de sus enemigos. Humilde y lleno de méritos falleció en 1814, en el Real Convento de San Pablo de Sevilla, hoy parroquia de Santa María Magdalena, pasando de esta vida á la eterna, llorado de todos los amigos del trono y del altar.

EL PADRE MAESTRO GIMENEZ,

Religioso de Santo Domingo.

Nació en Marchena, en la calle de Orgáz, collacion de San Sebastian, donde fué bautizado. Predicó sermones elocuentísimos en la capilla del Palacio Real de Madrid, con grande apláuso del Señor Don Fernando VII y de todos los más sábios personajes de la Córte. Murió en su convento de Marchena, donde fué sepultado. La buena memoria de este insigne Religioso no morirà jamàs en las crónicas de su órden, ni de su pátria.

Fin de Marchena Pintoresca.

Notas.

Yo he sido el primero que ha estudiado y descrito las obras artísticas que guarda en sus templos, la noble y antigüa Marchena. Nadie las habia visitado. De todos eran desconocidas. ¡Quiera el cielo que otra pluma mas digna que la mia, las eternize, en el gran libro de los siglos y de las generaciones!

—En la página 19 donde dice el Pro. Bartolomé Sanchez, léase el Reverendo Señor Bartolomé Sanchez Bonilla.

—Conté á Tovar entre los discípulos de Murillo, porque siguió su gloriosa escuela.

OLIVARES ARTÍSTICA.

Á

D. JOSE MARIA ROMERO PEREZ,

INSIGNE PINTOR SEVILLANO.

Salteras 18 *de Agosto de* 1866.

Mi estimado amigo: Todavía no hace una hora completa que por entre el espeso polvo y el ardiente calor de estos caminos, he llegado de la cercana villa de Olivares; cuando, á considerar el grande y loable amor que tiene V. à todas las buenas creaciones del ingenio andalúz le escribo esta pobre carta. En ella

verá aunque ligeramente, la historia de tan alegre poblacion, las bellezas de las artes que encierra su extinguida iglesia colegial, hoy parroquia de Santa Maria de las Nieves y la hermosura de sus campos.

La poética villa de Olivares es cabeza de los Estados de un ilustre título de Castilla, el cual lo han poseido algunos varones famosos. Sobresalen entre estos don D. Enrique de Guzman, embajador de la córte de Roma del rey D. Felipe II en 1590 y D. Gaspar de Guzman, tercer conde de Olivares y primer duque de Sanlúcar la Mayor, ministro del despacho universal del Rey poeta Felipe IV (1). El insigne sevillano Francisco de Rioja, recibió á manos llenas de los dos últimos, muchas y señaladas mercedes. El «Cantor de las flores» vióse halagado hasta lo sumo, por aquellos dos grandes personages, de los que fué íntimo amigo y bibliotecario.

---

(1) Don Gonzalo de Céspedes y Meneses en el libro primero de la historia de Felipe IV, fólio 35 vuelto dice hablando del duque de Sanlúcar la Mayor, estas palabras: «D. Gaspar de Guzman, conde de Olivares y Gentil-hombre de Cámara, era (aunque mozo) de alto juicio, grave, estudioso y que mostraba ser bien atento á lo marcial, activo y pronto en las materias: ejecutivo y resoluto.»

El palacio de los condes de Olivares, sus antiguos señores, hoy los duques de Alba, vése levantado en la plaza Mayor, frontero à la parroquia de Santa María de las Nieves. Tiene una fachada bastante pintoresca. Dos grandes portadas y algunas graciosas torrecillas, con almenas, atestiguan claramente y traen à la memoria la severidad de los Ricos-hombres castellanos y la grandeza de aquellos lejanos y dichosos siglos, cuyos recuerdos gloriosísimos en vano se empeñan oscurecer algunos escritores modernos. Es un frontis muy gracioso. Sin adornos de gran valía agrada sobremanera, teniendo un no se qué de atractivo para los ojos de los aficionados, que llena el corazon y satisface el alma.

El caràcter de los vecinos de Olivares es noble y franco. Las puertas de sus casas están siempre abiertas para la horfandad y para el infortunio. La riquesa de esta risueña villa es puramente agrícola. Sus campos se hallan cultivados con inteligencia. Sus cereales, con especialidad sus trigos, tienen justa nombradía. Véuse en su territorio algunos grandes trozos del famoso acueducto romano de Tejada à Itálica, la Fuete de la Corriana, el antiquísimo pozo de Airon y los ricos cortijos de Soberbina, Bonal y Bartola.

Este país está muy poblado y floreciente. Sus pueblecitos salpicados aquí y allí parecen grandes y pintorescas alquerías. Los olivares, las arboledas de frutales, los viñedos y algunos pinarillos que se encuentran de cuando en cuando lo embellecen hasta el estremo. Los romanos y los sarracenos le dieron mucha importancia agrícola. Los primeros cultivaron en él excelentes pagos de olivos y los segundos frondosos higuerales. Los azucarados higos del «País de las flores,» tuvieron mucho nombre entre los Estados agarenos del Mediodía de España. Eran muy apetecidos y se consumian con mucha profusion en las ricas mesas de los Califas, de los Reyes y de los Walies de Córdoba, Sevilla y Niebla.

En medio del triste y general atraso de nuestra agricultura en estas poblaciones, se benefician los campos con saber y con esmero. Estos humildes labriegos que jamás oyeron los nombres de Plinio, de Columela, de Virgilio, de Abú-Zacarías ni de nuestro Herrera, saben abonar sus tierras, sembrarlas y recoger sus frutos mejor que si hubieran estudiado seis cursos de la ciencia rural. ¡Tanto vale la experiencia cuando va acompañada del talento y de reflexion!

En algunas casas particulares existen pin-

turas y estátuas de los primeros maestros de las escuelas de Sevilla. Este pueblecito tiene tan buenas obras artísticas por haber estado en él establecida la colegial mas de tres siglos. Todas ellas pertenecieron á los capitulares ó subalternos de su insigne Santa Iglesia. Allí, donde ha estado el clero, ha sido siempre el mas munífico protector de las bellas artes. Allí, donde ha estado el clero, vénse todavía, á pesar de las revueltas, de los amaños y de las rapiñas de estos últimos tiempos, libros, pinturas, estátuas, grabados y dibujos. Pero donde el clero ha faltado, no se encuentra sino rudeza y barbárie.

PARROQUIA

DE

Sta. María de las Nieves,

Ó

Mayor.

Esta diáfana y hermosa Iglesia, antigüa colegial, tiene tres naves y tres puertas. Una de estas á los pies del templo y las otras dos fronteras, una al lado del Evangelio y la otra al lado de la Epístola. Cualquiera persona ilustrada al traspasar sus umbrales siente dentro de su alma un no se qué de respeto, de veneracion y de grandeza que le hace adivinar su antigüo destino.

Bellezas artísticas.

En el altar mayor, de mal gusto, venérase á «Nuestra Señora de las Nieves,» estátua, sentada y sostenida por ángeles niños, teniendo en sus brazos al de Jesus, obra razonable de Pablo Legot. (1) Cuatro esculturas de los discípulos de Martinez Montañés, y últimamente sobre la urna sacramental un gallardo «Crucifijo» de Pedro Delgado, regalo del Sr. D. Ramon de Urrutia, dignísimo canónigo que fué de esta insigne colegial de Olivares.

En el Coro, donde se halla sepultado el famoso maestro de Francisco de Zurbarán Salazar, el discípulo de Ticiano Juan de las Roelas, canónigo de esta santa iglesia, hay un «Señor amarrado à la columna» y una «Dolorosa,» pinturas de mérito por su dibujo, colorido y entonacion.

(1) Vulgarmente conocido por Pablo Legote, hábil pintor y estatuario, el cuál vivió en Sevilla, calle del Oro, collacion de la parroquia de San Ildefonso.

Nave del Evangelio.—La capilla del Relicario que está en la Mayor, mírase enriquecida con un sin número de huesos de Màrtires y de Santos. Este es uno de los primeros Relicarios del Cristianismo. En el año de 1590, con licencia del Sumo Pontífice Gregorio XIV, lo donó a esta Colegial el referido Sr. D. Enrique de Guzman, conde de Olivares, siendo Embajador del Rey D. Felipe II, en la Corte romana. Están sacados los huesos de varios cementerios é iglesias de aquella santa Metrópoli del mundo católico.

En este famoso Relicario, hànse felizmente reunido grandes recuerdos de las Vírgenes, de los Santos, de los Màrtires y del pobre y débil niño, que naciendo en el tosco pesebre de Belen, donde rodó su humilde cuna, sostiene al mundo sobre la palma de su mano y á una mirada suya saltan los montes y los mares.

«Nuestra Señora del Álamo,» que está en su altar, es una pequeña razonable escultura, anterior, en nuestro juicio, à los tiempos de Gerónimo Hernandez. Pero lo que mas avalora á este retablo es otra tambien pequeña que representa un «Ecce Homo,» debida á los delicados cinceles de D.ª Luisa Ignacia Roldan, conocida entre sus aficionados por la Roldana.

A los piés de este altar, grabada en una

grande losa de mármol blanco, se lee la siguiente inscripcion sepulcral latina, dirigida á perpetuar la memoria de los dos sábios hermanos D. José y D. Ramon Hernandez Gomez Araujo, canónigos que fueron de esta Santa Colegial, los cuales redactaron sus concienzudos y bien escritos Estatutos. Eran ambos tan doctos como piadosos:

D. O. M. S.

Olim apud Abulenses Academicos ordines
Divi Æmilliani Colegii Alumni:
D. D. Josephus et Raimundus Hernandez
Gomez Arauxo: Duo Fratres arctissime
charitatis vinculo copulati: Hic Primicerii Mesochori Dignitate: Ille Dignitate Sacristæ in hac Insigne Colegiali Ecclesia ornati: Indices Cruciatæ integerrimi: Quorum nobilitatem petra fixa. Rectitudinem vitæ.
Murum candorem Pietatem sapientiam
Olivares omnesque ad unum mirifice testantua: Coniunctim ita duo hic vixere
utin ævum tendentes corporibus exuti uno sub hoc lapide
tegantur.

R. I. P. A.

En el altar de la «Virgen del Cármen,» la

caritativa «Señora» está sacando las ánimas del Purgatorio. Es una escultura de no escaso mérito, así como tambien las ánimas benditas de medio cuerpo.

En la capilla del «Nacimiento» existe un hermoso cuadro que lo representa, debido á los valientes pinceles del discípulo de Ticiano del memorable Juan de las Roelas. Al pié de de este altar en una losa de mármol blanco hállase la leyenda latina del sepulcro del insigne Abad D. Antonio Poblaciones Dávalos, tan erudito como virtuoso Prelado. La leyenda dice así;

D. O. M.

Hic Jacet.

Illm.s et RR.s D. D. Bernardus
Antonius Poblaciones Dávalos.
Insignis Collegiatæ Olivarensis Abbas.
A consillis Regis.
Sacrosanctæ Theologiæ Doctor.
Regii. Collegii. Mayoris.
Illiberitani.
Sanctæ Crucis. Fidei. Togatus. Meritir.
en Occidentalibus. Americæ.
Oris
Sancti Martini. Bonorum aerum
Ecclesiae Episcopus electus.
Qui
Omnium. Litterarum genere apprime.
Eruditus.
Vitæ moribus: Probatissimus et virtutibus.
Ornatus.
Terrena respuens: et aspiciens Coelestia
Desiit vivere.
XI. Kal. Februar. anno M.D.CCC.XVII.
Meritum viguit. Permanet sola virtus.
R. I. A.

«Nuestro padre Jesus Nazareno,» que se venera en su altar es una buena escultura de Montañés.

«El Niño perdido,» que se venera en suyo, es una estátua de regular mérito. Encima hay un lienzo que figura à «Nuestra Señora del Álamo,» de la escuela de Frutet. En el banco de este retablo yacen olvidadas de los hombres, las estimables cenizas del tan sábio como religioso D. José Ponz, canónigo que fué de esta ilustre iglesia.

En otro altar inmediato vése una escultura figurando un «San Benito,» patrono de la vecina y derribada villa de Heliche, en cuya iglesia parroquial tenia retablo. Es una obra antigua, tal vez del Maese Pedro de Campaña, no despojada de valor artístico.

Nave de la Epístola.—Junto á la puerta de la sacristía existen dos «Sin pecados» con dos vírgenes del «Rosario,» pinturas muy agradables de la Escuela Sevillana.

El «San Francisco que está en su altar y la «Pastora» que està en el suyo, son dos buenas creaciones: el primero de Pedro Delgado y la segunda de Bernardo de Gixon. Tanto una como otra obra estàn ejecutadas con la conciencia y correccion propias de sus famosos autores.

La capilla del Santísimo tiene dos altares. En el Mayor ó del Sacramento hay las siguientes grandes bellezas. Un «San José» con el

Niño Dios de la mano, trabajo graciosísimo del inolvidable escultor del cielo Juan Martinez Montañés y un precioso «Niño Jesus» del mismo artífice. ¡Qué niño tan galano! No le falta mas que habiar. La candidez, el contento y la risa rebozan en su tierno y sacratísimo rostro. En el otro altar «Nuestra Señora de las Nieves,» y frontera colgada en la pared, una «Anunciacion,» de la manera de Francisco de Zurbarán Salazar.

En la capilla contigüa hay una insinuante «Dolorosa,» estátua de vestir de gran mérito. El dolor tiene traspasado su pecho, saliendo claramente á su rostro la amargura en que está ahogada. No sin justicia le tienen tanta devocion los vecinos de la piadosa Olivares. En esta capilla vénse algunos razonables frescos. Entre ella y la última de esta nave que es la de San Sebastian hay clavado en la pared, un cuadro representando à «San Blas,» de cuerpo entero, de la manera de Roelas. En el retablo de «San Sebastian,» si mal no recuerdo, nada vi digno de mencion.

En la sacristía luce un retrato de medio cuerpo, del papa Urbano VIII, atribuido á los valentísimos pinceles del inmortal Ticiano. Hizo este buen regalo á la colegial el mencionado Sr. D. Gaspar de Guzman, conde de Oli-

vares y duque de Sanlúcar la Mayor. Tuve el disgusto de no ver, por estar guardado con llave en la taca de un banco, en esta misma sacristía, cuatro bellísimos lienzos, de los mejores tiempos de Juan de las Roelas, los cuales representan los «Desposorios, la Anunciacion, la Adoracion de los Reyes y el Tránsito de San José.» Estàn allí depositados por un no concluido litigio del ilustre Cabildo eclesiástico de esta suprimida colegial.

Hállase enriquecida la sala capitular contigüa á la sacristía, con varios retratos de los señores Abades de esta insigne iglesia, entre aquellos, algunos de no escaso mérito; con una cabeza de San Juan Bautista de Zurbaràn, con un «Ecce Homo» y una «Dolorosa» de Roelas, y últimamente un «Crucifijo» de marfil trabajado con inteligencia y gusto.

En la pila de esta santa Iglesia recibió las saludables aguas del bautismo doña Salvadora Freyria Monge de Leon, madre del señor don Francisco de Paula Lopez de Castro, uno de los mas estimables poetas de la moderna escuela sevillana, compañero y amigo de Reinoso, Arjona, Lista, Blanco, Roldan, Diaz y Marmol, algunos de cuyos trabajos poéticos insertó el señor Quintana al final del tomo cuarto de su aventajada coleccion. Su retrato,

gracias á mi solicitud, está en la biblioteca Colombina, entre otros muchos de los mejores ingenios sevillanos, que allí va reuniendo con loable celo su digno bibliotecario don José Fernandez Velazco.

SEPULCROS.

Sepultura del licenciado Juan de las Roelas.

A la entrada del coro se vé la losa sepulcral que cubre lás cenizas respetables de este pintor famoso. Está con el contínuo pisoteo tan gastada y bórrosa que ni una letra siquiera se distingue ñi se puede leer en ella.

Noticias biográficas.

Nació en Sevilla, en 1560, siendo hijo d Almirante Pedro de las Roelas. (1) Jóven mar

(1) En 1523 e a Alonso de las Roelas, su abuelo paterno, Veinticuatro de Sevilla.

chó à italia, para asistir como discípulo al concurrido taller del célebre Ticiano Vicelli. Este gran maestro del arte de la pintura lo estimó sobremanera por su talento y su aplicacion. Vuelto á Sevilla fué en ella el oràculo de su tiempo. Entre sus buenos alumnos sobresalió el valiente Francisco de Zurbarán Salazar, natural de la villa de Fuentes de Cantos, en Extremadura. (1) Nombrado canónigo de la Colegial de Olivares fué en aquella villa un modelo de virtudes cristrianas. La vista de aquellos bellísimos campos, de aquellos paisages pintorescos inflamaban su fantasía algo apagada por los años y por las amarguras. Sentido de la villa de Olivares, de Sevilla y de toda España murió en 1625, dejando al mundo artístico una gloriosa memoria. Todavía se vé en el corto camino de Olivares à la demolida villa de Heliche, un cercado de seis à ocho fanegas de cabida, tierra calma ó de pan sembrar, con el nombre de «cercado

---

(1) En el libro segundo de difuntos de la parroquia de Santa Maria Magdalena, de Sevilla, fólio 102 hay la siguiente partida: «En este dia (28 de Mayo de 1639), doña Beatriz de Morales, muger de Francisco de Zurbarrán, pintor.»

de Roelas,» cuya heredad perteneció à este ilustre artífice.

Ya conoce V. á Olivares.

Voy ahora antes de acabar esta carta à decirle cuatro palabras de la próxima villa de Albaida y de sus alrededores los cuales visité ayer tarde.

ALBAIDA.

La villa de Albaida la «Lelia» de los romanos, célebre municipio de Itálica reedificada por los moros, los cuales le dieron el nombre que hoy tiene: es una poblacion pobre y reducida. En el dia solamente cuenta dos plazuelas, cinco calles y ochenta y dos casas, la mayor parte ruinosas.

Nada de lo que actualmente se vé en ella recuerda la cultura latina, ni la delicadeza sarracena.

En tiempo del Rey Don Juan II, fué cedida Albaida ó «Solucar la Menor» al cabildo de la

catedral de Sevilla. Por su término corren los dos arroyos de Baldarrago y Valdegallinas, los cuales desagua en el rio Guadiamar ó de Sanlúcar la Mayor.

Las inmediaciones de Albaida tienen un aire de tristeza el cuál llena el corazon de amarga melancolía. En sus montecillos y en sus quebradas encuéntranse de trecho en trecho algunos vestigios de la risueña «Lelia.» Ya todo està mudo: todo está desierto. Ni se oyen los melodiosos cantos de sus hermosas matronas: ni se ven correr los ligeros corceles de sus bizarros Centuriones. El buho, puesto sobre sus demoronadas murallas, derrama, con sus endechas funerales, el luto y el desconsuelo por todas aquellas cercanías. La albagüeña «Lelia» y su dulce nombre murieron para siempre. Las edades, las conquistas, las guerras y las revoluciones los han arrancado de las gloriosas páginas de la historia.

La fuente de Archena, la torre de don Fadrique ó «mocha» y algunos leves restos de edificios latinos y sarracenos, tales como murallas, calzadas, puentes y alcantarillas, es lo único que encontré digno de la consideracion y del estudio de los amigos de las antigüedades.

El sol iba con su gallarda pompa despidiéndose de los alegres campos de la antigüa Bética, cuando llegué á la fuente de Archena. Un baquero estaba sacando agua con una cubeta de madera y echándola en un largo pilar, para dar refrigerio à su piara. Roguéle que sacara una para mí. Con el frio pero cordial agrado de los hombres rústicos me la presentó al instante llena de agua. Entonces, acordándome vivamente del Pueblo Rey, de la Señora de las naciones, de la Augusta Roma que llevó con soberana magestad sus elegantes águilas y sus airosas cohortes, à los mas lejanos y ocultos confines del mundo; puesto de bruzes sobre el brocal de aquel pozo olvidado, satisfice en aquella tosca cubeta mi ardiente sed, mucho mejor que si hubiera bebido en la memorable fuente de Aganipe con los vasos auríferos de Lucúlo ó con las alabastrinas ànforas de Creso.

La torre de don Fadrique ó «mocha» mírase en la esplanada de un cerrillo, cercano á la iglesia parroquial y al cementerio de Albaida, al principio de la bajada de la cuesta, sobre mano izquierda. Tiene la siguiente leyenda: «El Infante don Fadrique mandó facer esta torre. Las in-

jurias de los siglos y de los hombres la han ido rebajando de manera, que ya no parece una torre sino un murallon arruinado. Por este motivo las gentes de Albaida y los pueblos comarcanos le llaman la «Torre mocha:» no conociéndola por otro nombre.

Apeándome del caballo que montaba y yendo à sentarme en un banco de tierra cerca de la torre me entregué á dolorosas contemplaciones. Los reptiles asustados por el ruido de mis pasos, huyendo por entre los espesos matorrales que me circuian, eran los únicos vivientes de aquellos recintos silenciosos. Yo no escuché allí los suaves trinos de los gilguerillos, ni los melífluos jorgeos de los ruiseñores, derramando torrentes de armonía con sus deliciosos harpegios; sino los ásperos «gris gris» de las cigarras, pulverizando las secas ramas de los cardos. El viento que se estrellaba contra los muros del viejo torreon, parecía que estaba gimiendo por la pérdida de tantas grandezas y por la muerte de tantas hermosuras.

Ya oscurecido, lleno mi pecho de congoja y mi cabeza ocupada en meditaciones sobre el alzamiento y la caida de los Impe-

rios de la tierra, volviendo á montar en en mi caballo me retiré de aquellos lugares melancólicos.

Ciertamente estrañará V. que nada le diga de bellas artes. En Albaida no las hay: por esto no lo hago. Las altas creaciones del génio y del buen gusto huyeron espantadas de aquellas tristes soledades. Ya no crece allí la purpúrea rosa, ni la blanca azucena para perfumar los aires, con sus gratos olores: sino el pardo beleño y el amarillo xaramago para dar sombras fatídicas à las carcomidas piedras de los sepulcros.

Esto es lo que ha quedado de la alegre «Lelia.» La higuera silvestre nace entre las hondas grietas de los derribados edificios y el vil lagarto se pasea por entre escombros solitarios.

Ahi tiene V. ya esos débiles juicios y esos descoloridos paisages. Ruégole que los reciba con el grado del artífice y la indulgencia del amigo.

Pocas cosas van quedando de la escuela del famoso Murillo, que V. sigue con tanta honra. ¡Qué lástima! Hasta los sillares de la Lonja de Mercaderes no han querido conservar de su Academia sino los tres siguientes victores:

EL EX.º SR. CONDE DE ARENALES, PROTEC.R DE LA ACADEMIA DE LA P.ª DE ESTA C.D

VICTOR.

FRANCISCO DEL CASTILLO.

VICTOR.

VICTOR.

D. SEBASTIAN DE LLANOS Y BALDES PRESIDENTE DE LA ACADEMIA DE LA PINTVRA.

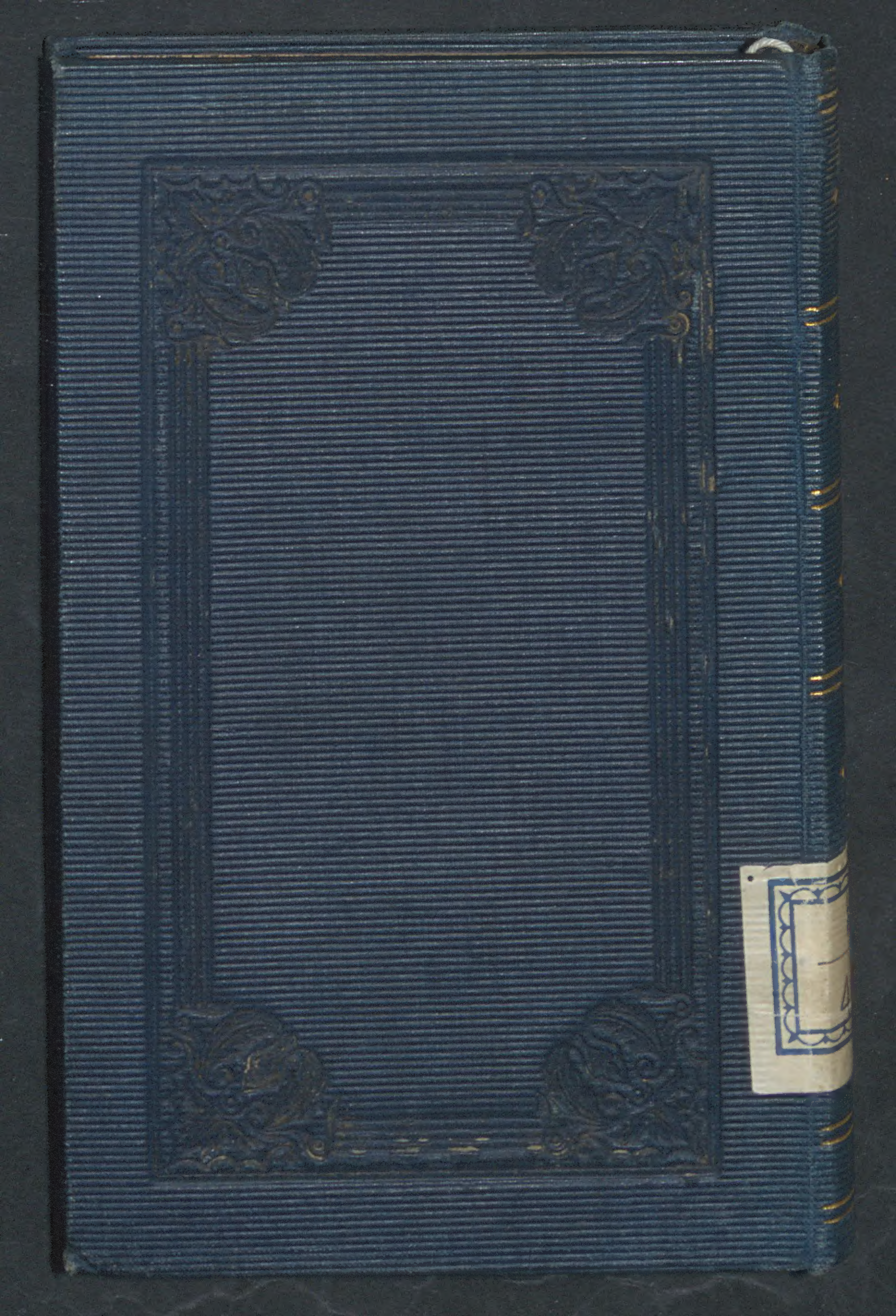
1.666.

Dios me guarde á V. muchos años como deseo.

ANTONIO GOMEZ AZÉVES.








H.a
463

colorchecker CLASSIC

mm

calibrite